

"Sin proponérselo, Artola se duerme de veras. La culpa es del madrugón y del soporífero almuerzo. Sueña alegremente bajo la eufórica influencia de la botellita de vino. Ve en cuadros color de oro la jarana de las cuatro pasajeras. Son cuatro diosas. La rubia se le arrima con mimos felinos y lo acaricia con suavidad de pétalos de rosa. Lo hechiza la voz de la morocha. Es una voz fina y musical como un jarrito de plata, lleno de agua limpia, al rozar en el mármol de una fuente."
De la novela corta de ambiente nacional
BOLETOS, PASES Y ABONOS
De
RODOLFO RODRIGUEZ GUICHOU
20 centavos en toda la República
Mundo Argentino
En este número:
¿Cuál será el próximo presidente de los Estados Unidos
Hoover o Roosevelt

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO

El BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

(1) La llegada "providencial" del acridio ha ensanchado la sonrisa del doctor de Tomaso, actual ministro de Agricultura, que no sabía qué hacer con los postulantes de su ministerio. **Hoy es casi seguro que la Defensa Agrícola se robustecerá con nuevos empleados. La nube de langosta ha pasado. Y, naturalmente, después de la nube brillará el sol.**

(2) **Procedente de Europa, otro pesado fardo quiere unirse al que ya soporta el pueblo de los Estados Unidos.** Se trata de la cancelación de las deudas de guerra que tanto ha dado que hacer y que decir a las naciones interesadas. ¿Podrá con la carga el pueblo de la Unión?...

(3) Desde su residencia de Doorn, el ex kaiser cree sentir la voz del pueblo alemán que lo llama. Pero sólo se trata de un espejismo. La voz del pueblo alemán no puede ser esa. **Es, únicamente, la voz del militarismo que pretende resurgir en el antiguo poderoso imperio de los Hohenzollern.**

(4) **La falta de inteligencia entre Irlanda y Gran Bretaña se ha acentuado en los últimos días.** De ello parece resentirse, en primer lugar, el propio Estado Libre sobre el cual van a parar, a la postre, todos los tiros del líder De Valera.

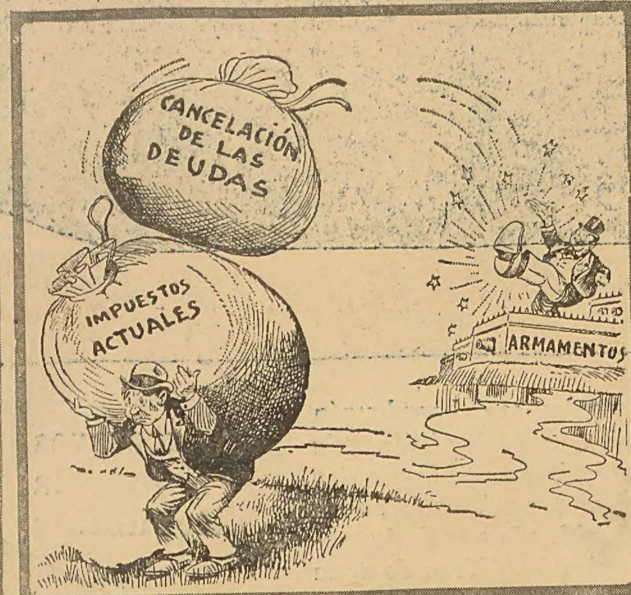
(5) Una insinuación de alza de los valores mundiales ha bastado para que el pueblo se sienta optimista y crea oír en ello el canto del gallo que anuncia el amanecer de la reacción económica. **¿Se confirmará esa impresión?...**

(6) **Mac Donald comprende que la situación europea es de aquellas que no tienen cura, y echa mano del último recurso para ver de evitar la catástrofe final. ¿Logrará su propósito el gran político británico?...** Europa tiene la palabra.



REPUBLICA ARGENTINA

1 Ante la nube que, amenazadora, se acaba de cernir sobre la Capital Federal, el ministro de Agricultura ve una brillante oportunidad de satisfacer ciertas aspiraciones electoralistas.



ESTADOS UNIDOS

2 ¡Otro fardito más para el contribuyente norteamericano!

(De "Tribune", Estados Unidos)



ALEMANIA

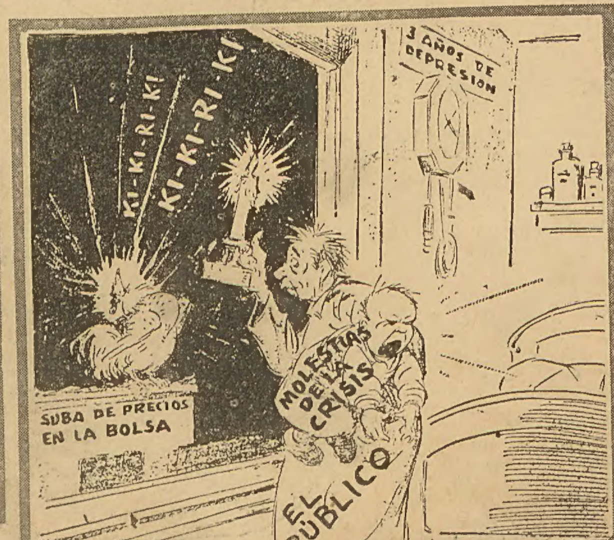
3 ¡La voz del pueblo!



LA CUESTION IRLANDESA

4 El perro perdiguero de de Valera. — ¡Parece que yo soy la única cosa a que es capaz de acertar!

(De "Punch", Londres)



LA REACCION ECONOMICA MUNDIAL

5 El público. — ¡Ya amanece!...

(De "Tribune", Chicago)



HACIA GINEBRA

6 Mac Donald.—Ya que usted ha hecho "hazañas" con el "Egipto", venga al lago de Ginebra y vea si le es posible salvar algo del "Europa".


Mundo Argentino
SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES
EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029
FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES


AÑO XXII — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 2 DE 1932 — NÚM. 1137

EL MOMENTO

EMISIONISMO ANTIPATRIOTICO

La creación de una junta consultiva encargada de asesorar al gobierno nacional en cuestiones financieras, estudiar la situación económica del país y proyectar medidas conducentes a paliar los efectos de la crisis, es una medida tan acertada como digna de elogio. Dada la indiscutible autoridad de las personas designadas y su notoria desvinculación de las actividades políticas, los frutos de su acción serán tan provechosos como de inmediato resultado.

Ante todo, la junta deberá afrontar el estudio del proyecto de emisión y otros que vienen proponiéndose con insistente empeño como panaceas de los males que aquejan al país.

Toda emisión que no responda a exigencias imperiosas del comercio de las naciones se traduce en perjucios de incalculable alcance. Sólo resulta aceptable tal recurso cuando lo justifica un exceso de movimiento de la producción. En tal caso la moneda emitida se halla respaldada y garantizada por determinado volumen, que siempre debe ser crecido, de riqueza nacional a la cual sirve de inmediato medio de colocación, pero jamás debe pensarse en emisiones como expediente disimulador de déficit en el capital de trabajo, puesto que en tal caso los valores lanzados a circulación carecen de garantía y producen un efecto contrario al que se busca, determinando una inflación artificial. En otros términos, la emisión sin garantías importa la baja de la moneda y determina el "empapelamiento". Por eso es inaceptable.

Una vez lanzados por el camino escabroso del emisionismo nada podría ponerle dique y la desvalorización de la moneda traería aparejado un estado de indigencia y pauperismo realmente peligroso.

Alemania y sus aliados recurrieron a la emisión en vasta escala después de la guerra mundial y debido a ello sus pueblos llegaron a sentir el duro acicate del hambre. Sólo a fuerza de ímprobo trabajo e inquebrantable resolución consiguieron salir de tan lastimoso estado. Esa fué la última gran aventura emisionista que se conozca y es antipatriótico y absurdo pretender que nuestro país, rico en medio de la crisis general, imite ejemplos tan nefarios como dolorosos.

PROCACIDAD RADIOTELEFONICA

Desde que las broadcastings de esta capital resolvieron hacer de las transmisiones radiotelefónicas un espectáculo teatral, los radioescuchas del país están expuestos a muy desagradables sorpresas. La grosería estúpida y la burda expresión pornográfica van y vienen ahora por todas partes en la vasta extensión de la república, sin que nadie parezca preocuparse de lo que acontece. La Dirección General de Correos y Telégrafos, que tan celosamente cuida en las audiciones la más ligera alusión a la política nacional o el más leve exceso en el número de palabras de que debe estar compuesto cada aviso, hace oídos de mercader para la procacidad que impera en el mundo de la radiotelefonía criolla. Hemos llegado en tal sentido a lo más bajo, a lo más abyecto. Los cómicos nacionales, cuyo único talento se cifra en el mal gusto de cierto público y en su reconocida falta de vergüenza, no tienen empacho en regar a todos los vientos los chistes más escandalosos y las porquerías menos ingeniosas, sin que se les importe un comino la idea de que, acaso, en esos momentos, están oyéndolos, en el seno de su hogar, las familias argentinas que tienen en la radio un inapreciable medio de esparcimiento.

En esto, precisamente, estriba el mal, que las autoridades están en la perentoria obligación de reprimir con la mayor energía. La radio es algo intrínsecamente hogareño. Un niño, una joven, una dama, encienden en cualquier momento el aparato y hacen jugar los diales. ¿Puede tolerarse que lo primero que oigan sean una indecencia o una idiotez dicha por alguno de esos "actores", cuya única gracia es una falta de pudor absoluta y un total desprecio por el público?

De ninguna manera. Y en tal sentido empeñamos nuestra más íntima protesta. La Dirección General de Correos y Telégrafos está obligada a poner coto a semejante estado de cosas. Lo requiere así la moral pública, que es algo mucho más importante — aunque los funcionarios no lo crean así, — que la conveniencia política o el interés comercial a que parece haberse concretado su misión fiscalizadora.

UNA PROFECIA DE "MUNDO ARGENTINO"

¿Cómo será la guerra entre Bolivia y Paraguay en el Chaco Boreal?, se preguntaban todos, allá por los meses de julio y agosto, cuando ambos países iniciaron sus aprestos guerreros y concentraciones de tropas en el actual teatro de la lucha.

La opinión de los peritos aficionados al arte bélico era casi unánime: Bolivia triunfaría sobre Paraguay. De esto pocos dudaban. Las razones eran de una claridad meridiana: un ejército varias veces superior en número, organización técnica, elementos ofensivos y defensivos y medios económicos, tendrían lógicamente, fatalmente, que aniquilar a un ejército sin preparación militar, desprovisto de una brillante oficialidad iniciada en todos los secretos de la estrategia moderna por generales europeos, carente de esas poderosas máquinas de guerra — último modelo — que todo lo arrasan y destruyen: hombres, fortalezas, ciudades, selvas.

Se reconocía unánimemente el arrojo temerario de los paraguayos. ¿Pero eso qué significa en la guerra moderna? ¡Casi nada! El valor personal, como factor decisivo en las batallas, había pasado a la historia. Ametralladoras, tanques, grandes cañones del 42 y 75, minas, granadas, alambrados electrizados: el hombre mueve todo eso, oculto, sin necesitar valor personal. De todos esos elementos destructores estaba bien abastecida Bolivia. Ante ellos oponía Paraguay su pecho desnudo y, detrás, un gran corazón. Su martirio, su aniquilamiento eran irremediables.

Tal vez la única publicación de América que anticipó con profética exactitud los sorprendentes acontecimientos que ahora se desarrollan en el Chaco, fué "MUNDO ARGENTINO". En un reportaje hecho por nuestro colaborador Joaquín Linares al viejo guerrero del Paraguay coronel Enrique Conde, publicado en nuestra edición del 24 de agosto del corriente año, se vaticinó en forma objetiva, documentada e imparcial, todo lo que está aconteciendo en el Chaco, y que tanto asombro causa.

Las experiencias guerreras del coronel Conde coincidieron con la visión profética de "MUNDO ARGENTINO" en los siguientes puntos: 1º La guerra en el Chaco no sería un paseo militar para Bolivia, como todos pensaban. 2º La superioridad numérica del ejército boliviano no significaba nada, pues la victoria en el Chaco la decidirían factores de otra índole, completamente ajenos a la preparación militar de ambos países. Estos factores resultarían de capital importancia en el caso a que nos referimos, como se verá en seguida: 3º La superioridad númerica y de elementos bélicos del ejército boliviano estaba contrarrestada por los siguientes factores: terreno borrascoso y pantanoso que conocían y dominaban palmo a palmo los paraguayos, imposibilidad de operar con grandes masas de ejércitos y de utilizar eficazmente la artillería pesada, las fiebres, las epidemias, la sed. 4º La lucha en el Chaco se concretaría a guerrillas, emboscadas y sorpresas, viéndose el ejército boliviano diezmado por enemigos invisibles, como está sucediendo exactamente.

Por último, "MUNDO ARGENTINO" vaticinaba *grandes sorpresas* en el Chaco.

NUEVA SERIE DE AVENTURAS DEL GRAN CAZADOR FRANK BUCK

CARGAMENTO DE FIERAS

El CASUARIO *que* MATÓ *a un* MALAYO



LOS habitantes de Asia tienen, por cierto, una forma, o mejor dicho, varias formas muy raras y muy interesantes de vivir. En mis expediciones hechas en las selvas de aquel país obtuve algunas fotografías que ya de por sí solas dan una idea de la variedad de medios que emplea esta gente para su mantenimiento. Por supuesto, al lograr estas fotos pude constatar personalmente la veracidad de ciertos detalles con los que he ido enriqueciendo mis conocimientos sobre este tema. Acaso la alimentación de los habitantes sea uno de los puntos de mayor interés con este respecto. Quiero referirme hoy a uno de esos animales con cuya carne ellos se alimentan; voy, pues, a hablar del casuario, ave esta perteneciente a la familia de las corredoras, y que acaso el lector no conozca muy a fondo.

Su carne constituye para ellos una comida corriente, lo mismo que sus huevos, cada uno de los cuales equivale en tamaño y en valor nutritivo a media docena de los de gallina. Voy a hacer a continuación, para que el lector cobre una idea aproximada de la clase de animal que es el casuario; tiene gran talla y todo él da la impresión, muy justificada prácticamente, de fortaleza; sus alas son rudimentarias, su cabeza tiene una protuberancia córnea con un pico fortísimo, un poco largo y con la punta corva, y los pies cortos y robustos. Su piel, una vez que ha sido totalmente librada de las plumas resulta un excelente cuero, con el que los salvajes acostumbraban a forrar sus escudos de guerra. La larga y poderosa garra que forma el dedo central de cada una de sus patas (un arma tan formidable como la zarpa de un tigre) es acaso su mejor medio de defensa. Y digo, acaso, porque respeto la potencialidad de su pico, cuya efectividad pasaré de inmediato a relatar en un episodio del que fuí espectador y del que estuve a punto de salir no del todo bien parado.

Hace algunos años me hallaba en Ambonia, un puerto de Ceram, isla esta perteneciente al distrito Papúa. Regresaba de las costas de Nueva Guinea, donde había estado cazando algunas aves del paraíso. Necesitaba ahora apresar varios casuarios. Busqué y encontré los informes que necesitaba en la persona de un muchacho malayo papúa, quien me comunicó que aquel era, en efecto el sitio donde podría encontrar la variedad o tipo de casuario que yo buscaba. Fué entonces que le encargué a él, que conocía aquel distrito como la palma de su mano, que me localizara un par de esos animales. No lo hice yo personalmente por cuanto ello probablemente me habría ocupado más tiempo del que yo disponía, ya que solamente podía permanecer en Ambonia un día. El buque que me llevaría vendría al día siguiente. Si perdía ése no tenía otro hasta dentro de quince días.

Bien; el muchacho, en cuestión, aceptó de buen grado el ofrecimiento, inducido sobre todo por el dinero que le prometí. Todo resultó muy bien. Dos horas más tarde el casuario, en cuestión, estaba en mi poder. Era un macho. Y como bien dicen que "la ambición humana no tiene límites", no me conformé con obtener ese ejemplar; quise buscar una hembra y transportar a ambos a mi patria, donde por ser muy raros, serían seguramente bien recibidos por algún zoológico.

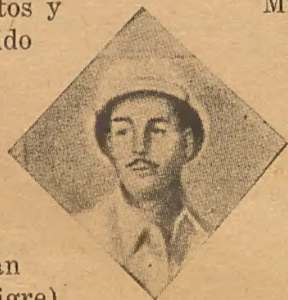
Mi ayudante malayo me aseguró entonces que una persona a quien él conocía poseía lo que yo pretendía.

—¡Es un animal muy grande! —me dijo. —¡Lo malo es que tal vez mi amigo pida mucho por él!

—¿Cuánto crees que me pedirá? —inquirí.

—¡Ah, no sé! ¡De todos modos, lo mejor será que vaya usted personalmente a negociar con él!

Decidí seguir el consejo. De todos modos nada perdería con intentar la obtención de aquel casuario.



El casuario es un ave aparentemente inofensiva. Sólo sus patas, en las que en cada una hay una garra acaso tan poderosa como la de un tigre, dan la sensación de fortaleza. Muy parecido al avestruz, el casuario pertenece a la familia de las corredoras. En el presente artículo nárrase una aventura vivida por el conocido cazador Frank Buck, frente a uno de estos animales que, de improviso, hace frente a los que lo persiguen, provocando con sus garras la muerte de un muchacho malayo a quien asesta un feroz golpe. No conforme con esto, el enfurecido animal intenta atacar al propio Frank Buck, que se ve acorralado en una empalizada y obligado a enfrentar a aquel animal ávido ya de aniquilar a quienes pretenden encerrarlo. Corta es la lucha que se entabla entonces entre el ave y Frank Buck, que no esperaba tal reacción y menos tal furia en el casuario perseguido.

Pronto llegamos a la casa del aquel nativo. Cuando lo hube enterado del motivo de mi visita me condujo de inmediato a una especie de empalizada en la que el ave estaba encerrada. Era, en efecto, un magnífico ejemplar de casuario. Debía pesar poco menos de cien kilos, y parecía hallarse en excelentes condiciones. Traté el precio. Confieso que creía fijaría una cifra más alta de la que fijó. Con todo, rebajé un poco. No aceptó. Hubo un pequeño cambio de palabras, hasta que al fin nos arreglamos. Entramos en la empalizada y colocamos allí una especie de jaula hecha de bambú que habíamos llevado expresamente para transportarlo. El dueño, incapaz de hacerlo entrar por sus propios medios, nos pidió ayuda. Y comenzó entonces una persecución que habría resultado cómica a no ser por el trágico fin que tuvo, y que paso a relatar.

Colocamos la jaula en un rincón de la empalizada y tratamos de acorralar al casuario en aquel sitio. Cualquier persona que haya tratado alguna vez de hacer tomar a un simple pavo una dirección dada, comprenderá la calidad del trabajo a que nos abocamos. La empalizada aquella debía tener unos doce metros cuadrados, más o menos, y ello dificultaba aún más la tarea. Si alguna firme intención tenía en aquellos momentos el casuario, era precisamente la de no querer entrar en la jaula. De vez en cuando se cansaba de ser perseguido, y nos hacía frente, erizando sus plumas y demostrando bien a las claras con su actitud que aquel jueguito no era por cierto muy de su agrado. Yo, por las dudas, tenía conmigo un grueso palo de bambú que de buena gana lo habría sacudido en su cabeza. De vez en cuando lo agitaba, pero esto no hacía más que enardecerlo y escarpar aun con mayores bríos.

Al fin, tras veinte minutos de incesante correría, logramos colocarlo, no en la jaula, sino más o menos frente a ella, es decir, arrinconarlo un poco. Fué en una de esas cuando el muchacho que me localizara el primer ejemplar, deseando, sin duda, terminar cuanto antes su trabajo para cobrar lo prometido, se acercó demasiado a él agitando sus brazos, tratando de hacer que retrocediera. Y entonces sucedió algo espantoso.

El fuerte animal levantó de improviso una de sus poderosas patas, y con una rapidez asombrosa la hundió en el estómago del infeliz malayo, rasgando cuanto pudo en su carne y dejando, tal era la potencia de su golpe, una amplia herida.

Imaginará el lector que todo esto sucedió en un segundo y que ni yo ni el otro tuvimos tiempo de iniciar el menor intento de defensa por la víctima. Pero no paró aquí la acción del casuario. Sin duda, al verme a mí con el

palo en la mano, supuso que era yo quien más daño podría hacerle y se preparó para atacarme. Me apercibí inmediatamente del ataque.

—¡Llévate al muchacho! — grité, y retrocedí algunos pasos para dejar compo libre al otro. Fuertemente apreté el grueso palo. Si podía asestar a aquella fiera (porque tal era en aquellos momentos) un buen golpe en la cabeza de seguro que gran parte del peligro desaparecería.

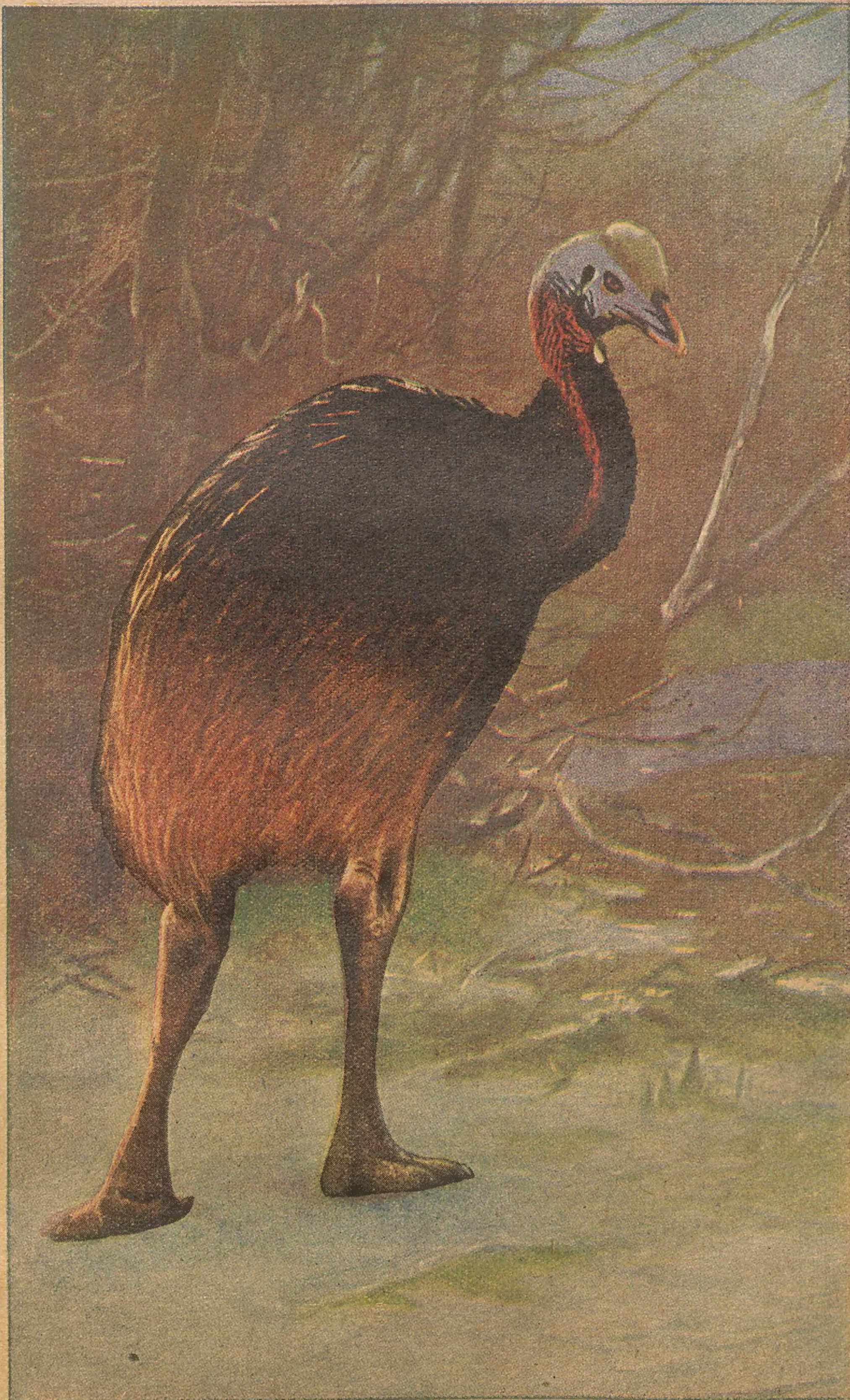
El casuario, con sus plumas erizadas, me miraba. Era realmente imponente su aspecto. Además, el hecho de haber aniquilado a uno parecía darle ánimo para tratar de hacer lo propio conmigo. Recordé que sólo en un sitio determinado podría pegarle si quería salvarme yo y no perderlo a él; debajo de las alas. Intenté entonces asestar mi golpe allí, aun corriendo el peligro de que si fallaba, una de sus garras me haría correr el mismo destino que al malayo.

Todos estos pensamientos acudieron a mi mente en aquellos críticos instantes. No pensé más y decidí ser yo quien atacara. Levanté el palo y, pesadamente, lo dejé caer sobre su cuerpo. Tuve suerte. El casuario, fuertemente golpeado, cayó cuan largo era. Me resultó entonces fácil hacerlo entrar en la jaula. Lo hice apresuradamente, fijo entonces mi pensamiento en el desdichado malayo tan malamente herido.

El infeliz no pudo vivir ni el tiempo necesario para que se le proporcionara ayuda médica. Lo único que pude hacer fué pagar su funeral. El malayo, a quien yo había comprado aquel fiero casuario, se hizo cargo de la víctima. Me alejé de aquel sitio al día siguiente. Fué esta la aventura de la que peores recuerdos tengo en mis intentos por obtener aves.

El recuerdo de aquel malayo, que por ganarse unos centavos había perdido su vida, me persiguió por espacio de varios meses. Luego, otras aventuras y otros sucesos de tanta trascendencia como los que he relatado en esta misma revista en capítulos anteriores, hicieron que aquel recuerdo no fuera tan persistente. Empero, no olvidaré jamás aquel episodio.

Ya comprenderá, pues, el lector, el grado de ferocidad que un ave, tras de escapar a nuestra persecución durante varios minutos, puede desarrollar. Dije en un principio, refiriéndome a su pico, que éste constituye también para el casuario un arma formidable, y así es. Se tienen registrados casos de personas o animales que han sido muertas a picotazos. La gran velocidad que este animal posee (a veces corre más que un avestruz, cuya semejanza con él puede apreciarse en la ilustración que acompaña el presente artículo), hace que sea muy difícil cazarlo. Además, tiene una gran habilidad para esconderse. Es, pues, un animal bastante raro y fácil de domesticar, aunque esta última aseveración se halle en contraposición con el episodio narrado.



El casuario tiene un aspecto que halaga la vista. Reciedumbre y vistosidad se advierten en su figura casi totalmente cubierta de bonito plumaje.

Decididamente, la furia del casuario fué fugaz. Atacó al malayo, harto ya de ser perseguido, y esto lo envalentonó. Con todo, puedo asegurar a mis lectores que de no tener yo aquel fuerte palo de bambú en mis manos, lo más probable es que en aquella aventura habrían tenido que lamentarse dos muertes en lugar de una.

Siempre he tratado, durante mis andanzas en procura de animales vivos que luego irían a parar en su mayor parte a los circos o zoológicos, de seleccionar a las personas que me acompañaban. Pero en circunstancias como la presente poco pude hacer. Quien me acompañó era un nativo, un muchacho que, ansioso por ganar algún dinero llevó su audacia demasiado lejos. Lo mismo confieso que en aquellos momentos también perdí un poco el control de mis acciones, como lo prueba la seguridad de que, de no haber tenido aquel grueso palo en mis manos me habría visto comprometido en una situación harto difícil, tanto que poco faltó para que corriese la misma suerte que el compañero. Esto da, pues, una idea de la ferocidad de aquel casuario, que harto ya de ser perseguido en su encierro, nos hizo frente decidido a librarse de nosotros. Ninguno había sospechado en él tal grado de ferocidad. Su aspecto, tal cual pueden apreciar los lectores por el grabado que se ve a la izquierda, no es de los que atemoricen mucho; antes bien, por su vistosidad y su colorido causa la sensación de un animal manso. En las selvas donde habita resulta sumamente dificultoso darle caza, ya por la rapidez con que corre o por la extremada habilidad que posee para ocultarse. Por ello el casuario resulta un ejemplar tan difícil de ser obtenido.

Como dije anteriormente, conservé de aquella aventura un recuerdo, por cierto, bastante ingrato. La muerte de aquel infeliz nativo me pareció ser el verdadero y único precio pagado en realidad por aquel plumífero. No han sido escasas las veces que he preferido emprender solo una recorrida por las selvas en lugar de hacerlo con nativos, indudablemente, expertos, pero que, en su audacia se tornan imprudentes, ya que no tienen verdadero instinto de cazadores, lo que hace que de continuo expongan tontamente sus vidas en procura de la presa que huye. El casuario a que me refiero en el presente artículo, se halla hoy en exhibición en uno de los principales zoos de EE. UU.

ANGELICA BALABANOFF, una joven HERE

Una nota sobre la iniciación del Duce

HACE veinte años, en una sórdida habitación de Milán, trabajaba una pareja de personas que, por cierto, se complementaban bien mal. Una joven pálida corregía pruebas, inclinándose mucho sobre ellas, como si su vista le fallara y no alcanzara a percibir bien las letras. En frente de ella, mesa por medio, estaba sentado un hombre moreno, de ceño duro y aspecto imponente. Vestía con elegancia. También corregía pruebas. Era el director de un diario socialista: "¡Avanti!" La mujer era su ayudante. De rato en rato cambiaban algunas palabras y entonces la diferencia entre ambos parecía acentuarse en extraño contraste.

La voz de la joven anémica era vibrante y enérgica; la del hombre, vacilante e insegura. Nadie lo habría reconocido por sus modalidades como al futuro dictador de Italia ¡Benito Mussolini!

Ella se llamaba Angélica Balabanoff, y lo mecía a él en la cuna del socialismo. Sus padres eran poderosamente ricos, de rango su familia, pero ella había roto voluntariamente esos vínculos para dedicarse a la obra de la redención social.

Todos los días Angélica llegaba temprano a la redacción, y hacia las diez de la mañana, terminada su tarea, estaba lista para marcharse a su casa. Benito Mussolini, en cambio, siempre aparecía tarde y sin tener en cuenta para nada el cansancio de la mujer, la invitaba con frecuencia a acompañarlo hasta su casa.

—Usted tiene miedo.

¿Por qué? ¿De quién?... —le preguntó una vez la joven moscovita.

—De mí mismo; de las sombras de los árboles. Nadie sabe nunca lo que se oculta detrás de sus troncos en las noches sin luna y sin estrellas.

MUSSOLINI FUE SIEMPRE UN EGOISTA

Lo dijo con tristeza, con amargura. Era un poseso; sus nervios, excitados violentamente, lo dominaban... A veces amanecía antes de que él terminara. Las calles estaban frías y desiertas... Y aquella joven menuda se apresuraba al lado del hombre grande y moreno.



Benito Mussolini, el dictador de Italia, pronunciando una de sus fogosas arengas.

Cuando llegaban a la puerta de la casa de Benito, se detenían y se despedían. El, sin una palabra de agradecimiento o una pregunta de simple cumplido sobre la salud de la muy abnegada, subía a sus habitaciones, mientras ella volvía a trotar por las calles desoladas.

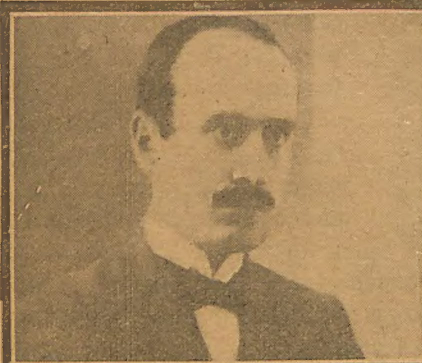
Ella no esperaba ternura de parte de él, como tampoco la esperaba de ningún hombre, porque creía sinceramente en la igualdad de los sexos, y los consideraba como a camaradas. A pesar de todo, esta anémica hija de Rusia era un ser humano y un poco de reconcimiento de su labor como ayudante le habría resultado grato. Pero fué siempre, ¡bien le constaba a ella!, egoísta, ególatra.

Era débil de carácter Benito, vacilante, poco seguro de sí mismo, vengativo y exageradamente ambicioso. Rehuía toda responsabilidad, dejándole siempre a ella la carga de cualquier resolución. El reconocía el talento superior de su compañera.

Fué en Lausana que Angélica Balabanoff encontró por vez primera al hombre que se había de convertir en dictador de Italia. Entonces era sórdidamente pobre, y aun entre los expatriados se le consideraba "un insignificante".

Todos los italianos de Lausana eran pobres. La mayoría pertenecían al socialismo, asistían fielmente a todas las conferencias y trabajaban fuertemente por el partido. Una noche en que Angélica — desterrada de su patria por el zarismo — pronunciaba una conferencia sobre la Comuna de París, le llamó la atención una cara nueva, un rostro casi deformado por la excesiva nerviosidad y... por el hambre.

Los ojos inquietos, la mirada inestable del fugitivo, las manos en perpetuo movimiento, las ropas miserables, todo, todo producía la impresión de un hombre que huyera no sólo de la justicia, sino también de la vida misma.



Benito, cuando conoció a Angélica en Lausanna.



Mussolini, cabo de "bersaglieri" en 1915, pocos días antes de partir para el frente.



Con el casco y el traje de campaña que usó en el frente.



El Duce es un gran deportista, y con frecuencia realiza grandes excursiones en motocicleta.

LA POBREZA DE MUSSOLINI

Instantáneamente su corazón instintivamente bondadoso se sintió conmovido ante la tragedia que revelaba el aspecto de aquel

DERA RUSA, *hizo* SOCIALISTA *a* MUSSOLINI

en el socialismo, de JUANA LADOUX

hombre. Fuera quien fuera o lo que fuera, necesitaba ayuda. Cuando terminó la conferencia le preguntó a uno de sus compañeros quién era aquel forastero.

—Es un pobre infeliz—le respondieron. —Un tal Mussolini. No sabe hacer ninguna clase de trabajo manual, y tuvo que renunciar a seguir siendo preceptor de instrucción primaria por razones de salud y por algún otro lío en su tierra del cual poco sé. Sea como sea, lo compadezco y hago todo lo que puedo por ayudarlo.

—¿Cómo puede vivir si no trabaja?—preguntó Angélica.

El informante, un joven albañil, se encogió de hombros, y respondió:

—En la mejor forma posible. Uno le proporciona un poco de pan; otro, alojamiento. A veces algún socio de la Unión de Constructores le permite dormir en su cama mientras él trabaja de noche. Mi mujer le confeccionó una camisa y ropa interior con unas sábanas viejas. Otro compañero le proporciona una comida por día.

Sin esperar a ser presentada, Angélica se acercó al joven solitario, le tomó la mano y le dijo que deseaba ayudarlo.

—¿Ayuda?—dijo en tono de voz tímido y semisalvaje.—¿Ayudarme a mí? Imposible. Ya estoy al margen de toda ayuda. Tengo que morir. ¿Qué quiere usted que haga con un padre enfermo y alcoholista? No soy capaz de realizar labor manual alguna y no encuentro ni siquiera en qué ganarme un miserable mendrugo de pan.

—¡No importa!—dijo ella, tratando de reconfortarlo.—No hay que desesperar. Mire en derredor suyo; todos han tenido que luchar por el pan y por un lugar en la vida. El socialismo los ha redimido de la desesperanza absoluta, los ha elevado. Usted no debe entregarse así.

—Estoy completamente desanimado. He perdido la confianza en mí mismo. El grupo socialista de Milán me ofreció cincuenta francos por traducir un artículo de Kautsky. Esos cincuenta francos habrían sido mi salvación, pero no puedo hacer la traducción porque recién empiezo a aprender alemán y no conozco los términos marxianos.

—Eso no es nada. Le ayudaré a traducir el artículo, si quiere, y usted puede guardarse los cincuenta francos.

Angélica explicó que como socialista consideraba su deber ponerse a la disposición de todos aquellos que necesitaran su ayuda.

Desde entonces se vieron con frecuencia aquellos dos jóvenes. Angélica sentía una gran compasión por Benito, y trataba de compensarle las injusticias sociales que lo habían oprimido desde su juventud, a consecuencia de las cuales había perdido toda voluntad para luchar por la existencia. Lo vestía y alimentaba con parte de las rentas que recibía de Rusia. No cabe dudar de que ella ayudó a convertirlo al socialismo.



Angélica Balabanoff, la joven rusa que protegió a Mussolini.

ERA DEBIL DE CARACTER

Día a día, semana a semana, lo vió crecer intelectualmente, aunque su carácter y resolución permanecían siendo débiles.

"Sería estúpido pretender que en su debilidad hubiera podido descubrirse el germen de la atroz traición que, con el transcurso de los años, y el ambiente específico de la guerra, había de madurar en él"... Así escribía años después Angélica Balabanoff en su "Diario".

"No poseyó nunca una mentalidad brillante—agregaba.—Sencillamente ha podido tomar las ideas de otros, transformarlas en cierto modo y utilizarlas como propias. Jamás tuvo una idea original en su vida. Benito fué siempre vengativo, y desde que se encargó de la dirección del "¡Avanti!" vi desarrollarse en él una ambición malsana, aunque fué recién entonces que me percaté que aspiraba a ser algo más que un buen hombre. Cuando se convirtió en poderoso, encontró el medio de desembarazarse de todo el que obstaculizaba sus planes de engrandecimiento. Sin embargo, cuando lo vestían, alimentaban y cobijaban bajo sus techos obreros italianos que poco tenían para sí mismos, era un buen socialista, y yo, con cientos de personas más, creía en él.

"Sólo cuando trabajamos juntos en el "¡Avanti!" empecé a comprender que era un cobarde, que en un momento dado se volvería contra los que le habían dado vida."

Una de las costumbres más curiosas de Mussolini en aquellos lejanos días fué la de coleccionar documentos perjudiciales tanto para enemigos como para amigos.

"Estoy formando un archivo de documentos comprometedores", acostumbraba a decir.

El distanciamiento entre ambos, Angélica y Benito se produjo inmediatamente antes de

(Continúa en la página 55)



Así se presentó el dictador italiano en la revista de quince mil niños fascistas, durante la fiesta del Trabajo Italiano en 1929.



La "Marcha sobre Roma", se titula esta escultura que fué presentada al Salón de Venecia en 1928. En el mármol se ve al primer ministro de Italia avanzar implacablemente.



Mussolini es un gran violinista, y entretiene sus momentos de ocio con la ejecución de trozos selectos.



El Duce acaricia a su leona "Italia", que le fué regalada hace algunos años, siendo cachorrita, por el Jardín Zoológico de Roma.

"Boletos, pases y

NO le queda otro recurso. Entre el intendente y el comisario pueden sacarlo del apuro. El intendente es el caudillo oficialista de Las Mulitas. Y el comisario hace lo que el caudillo manda. En esa extralegal subordinación hay una lógica férrea: la del estómago. Para eso, para que le obedezca, el caudillo hizo nombrar al comisario. Hecho corriente que sólo extraña a los doctos en filosofía política. La maraña de las teorías les impide obtener el secreto del éxito electoral. Y se explica que el tal secreto sea inasequible para los filósofos: el éxito electoral es, casi siempre, lo contrario del triunfo cívico.

Digresiones científicas aparte, volvamos a Artola, nuestro personaje. Su situación es difícil. En el magín busca y rebusca soluciones que no aparejen ayuda extraña. Las que le convienen no son viables. Y las viables no le convienen. No le queda, en ese momento, otro recurso. Al intendente y al comisario los conoce desde que llegó al pueblo, la semana anterior. Para ambos trajo cartas de recomendación de uno de los ayudantes segundos del secretario privado del subsecretario del Ministerio de Gobierno de la provincia. Tal firma sería, por sí sola, completamente inútil. Pero las cartas están escritas a máquina, en papel de hilo, con el escudo argentino en relieve y con este membrete litografiado en fina letra inglesa: "Subsecretaría del Ministerio de Gobierno de la Provincia." Un ayudante segundo del secretario privado del subsecretario del Ministerio de Gobierno de la provincia debe ser, para los que desconocen el tinterillismo oficial, algo así como el caballo cadenero del carro del Estado. Miraje engañoso en cuanto a la fuerza del cadenero, pero exacto en lo que se refiere a la rodante imagen institucional. El carro del Estado es un armatoste refractario al progreso. La industria automotora no lo beneficia. En este siglo del automóvil todavía anda tirado por caballos.

La vida de los pueblos de tierra adentro se ve frecuentemente sorprendida por la presencia de esos audaces aventureros que, pretextando estar magníficamente relacionados en la capital con políticos y hombres de mundo, logran usufructuar para sus negocios dudosos, la influencia local de los caudillos y comisarios. Son las más de las veces truhanes y asaltantes, como el protagonista de este cuento de finísima observación, que se epiloga con la divertidísima tragedia matizada de curiosísimas escenas, que se interpone a aquél a través de un largo viaje en ferrocarril, sin dinero y con un pase falso. El desenlace sorprende de la manera más curiosa, con una situación de resaltante observación psicológica.

Le falla el cálculo a Artola. Agente viajero de un casi inédito "Boletín del Servicio Doméstico", no puede atrapar ni un solo incauto en Las Mulitas. Su demanda de subscripciones recibe una contestación casi uniforme:

—Aquí no nos interesan los avisos de amas de leche y de cocineras.

Tienen razón los mulitenses. La culpa es de Artola que se larga a la campaña confiado en dos apariencias: en la propaganda engañosa del casi inédito boletín y en la ilusoria fuerza de succión de una carta para el intentendente y otra carta para el comisario. Escamado por parecidas recomendaciones, el intendente se lo fleta al policiano. Y éste no tiene más remedio que apechugar con el fardo. La obsecuencia politiquera lo ha acostumbrado a ser cargoso. Días antes acompañó, con igual fin, al administrador de "La Renovación", periódico oficialista del lugar. Ladero lerdo y mañero, el comisario resulta completamente ineficaz a Artola. En el talonario impreso a dos tintas permanece virgen el recibo número 001.

Y este es el momento en que, solo en el cuarto del hotel, todo lo espera del comisario y del intendente. Todavía le queda mucha fe en sus desplantes de simulador y en el membrete litografiado en fina letra inglesa. Artola sabe que en Las Mulitas se le cree persona de importancia. Bien elaborado está ese espejismo. El agente viajero nombra familiarmente a los hombres que gobiernan el país. Y alardea ser uno de sus puntales en la letra impresa. Con mucho menos se puede adquirir falsa notoriedad en el tranquilo y confiado ambiente pueblerino. La pinta y la labia, lo que brilla y lo que suena, la bambolla y la alharaca: trampas recomendadas para cazar, como a pajaritos, a la sencilla gente de afuera. Pero trampas falibles: a veces el cazador queda atrapado.

A las nueve cae todas las noches al hotel "Moderno" el intendente de Las Mulitas, don Eusebio López. Hombre metódico en la ingurgitación y en el ejercicio mental, toma un café "bien negro" — así se expresa al pedirlo — y juega al tute hasta que viene a buscarlo el comisario. La personificación de la fuerza pública llega una hora más tarde. Se acerca a la mesa, hace al munícipe máximo una venia de sainete y espera que los jugadores se trencen por las diez de últimas del "bueno". Después acompaña a don Eusebio hasta su casa. Artola ya conoce esa costumbre mulitense. Parado junto al mostrador se aburre. Se aburre, pero lo disimula. Su mejor deseo del instante sería hipnotizar a los jugadores para que abandonen las barajas. Porque al quedar quieto el mazo empieza el inevitable epílogo: la crítica del juego.



abonos

Novela corta de Rodolfo Rodríguez Guichou

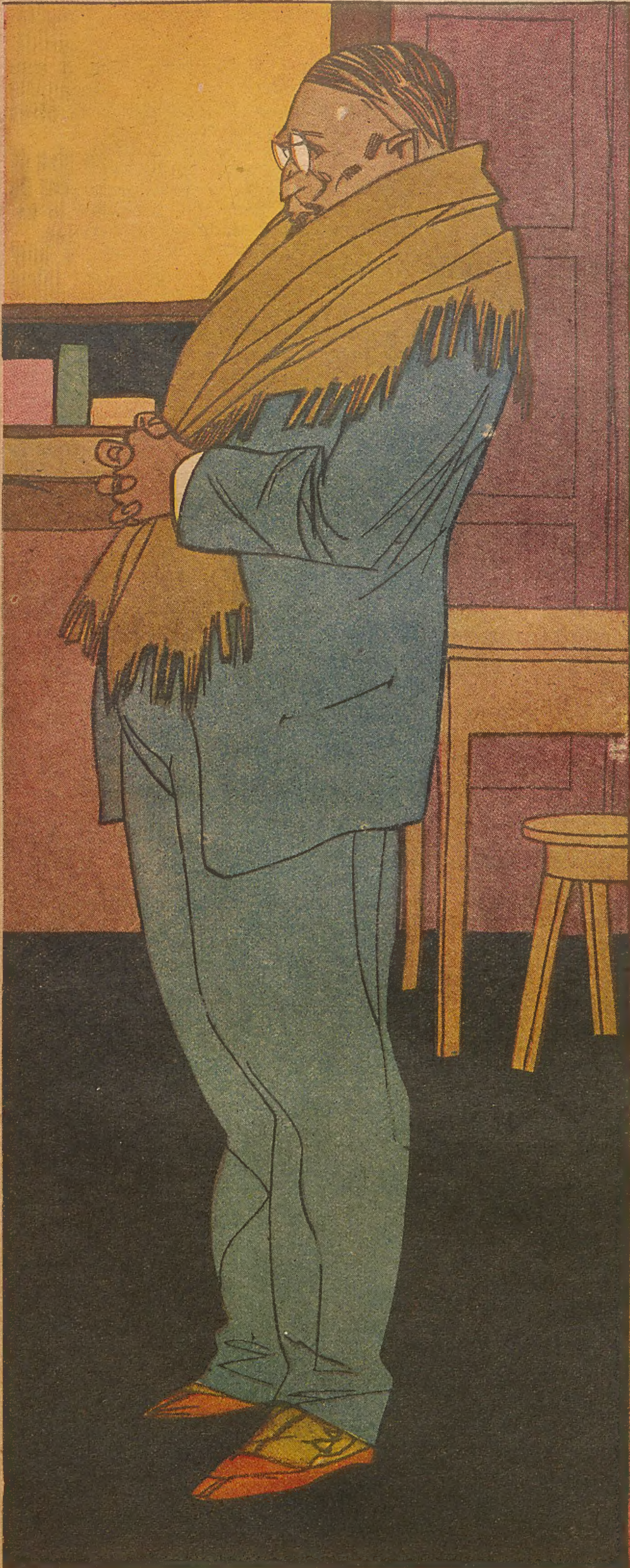
Siente, pues, un gran alivio cuando, cartas y porotos a un lado, el diálogo se anima:

—Si vos hubieras jugado primero una blanca de triunfo, yo hubiese matado y arrastrado de as.

—¿Cómo te iba a jugar triunfo si sabía que fallabas en bastos?

—¿Y si yo hubiera tenido otra negra?

—Bueno... ¡Pagá y callate!...



Artola conserva toda su prosopopeya. Se arrima a paso firme y palmea a don Eusebio al tiempo de saludarlo. El intendente no está acostumbrado a que lo traten de igual a igual. A Artola se lo tolera, un poco por temor y otro poco por cálculo. Este porteño audaz puede serle útil cuando lo asciendan al grado inmediato superior en el escalafón politiquero: de intendente a diputado. Todas las hebras son buenas para aumentar el ovillo cuando el hilo no ha de servir para nada. El caudillo mulitense carece de fe en el trabajo honrado. No le causa inquietud alguna la áspera vida rural a cuyo margen vegeta. Su existencia parasitaria tiene una sola finalidad: la logrería. Y así resulta, como todo politiquero, ingenuo y pícaro a la vez. Pícaro con los ingenuos. E ingenuo con los pícaros como Artola.

El agente viajero es, sin tecnicismo psicológico, un buen calador de tipos. Ya tiene bien catalogado al intendente. Le requiere como si fuera de obligatoria concesión lo que debiera pedirle por favor:

—Hágame dar un pasaje hasta Buenos Aires.

Difícil es el pedido. A la municipalidad de Las Mulitas no le abre cuenta el ferrocarril. Tampoco tiene partida para imputar gastos de pasajes. Entre muchos "¡caramba, amigo!", se lo explica a Artola, el intendente. Y para que no suponga mala voluntad le reitera su propósito de ayudarlo "en cualquier otra cosa". Mucho preocupa al edil la impresión que de él puede llevar el porteño:

El pajuerano cree que Artola es personaje de influencia. Y lo cierto es que el agente viajero no conoce ni de vista ni al ministro ni al gobernador.

—Cuando vaya a La Plata, dígale al ministro que aquí le hemos hecho todas las gauchadas que hemos podido. Y dígaselo también al gobernador.

El pajuerano cree que Artola es personaje de influencia. Y lo cierto es que el agente viajero no conoce ni de vista ni al ministro ni al gobernador. La virtud del membrete obra esos milagros de credulidad.

Artola es un pedigüeño crónico y hábil. Encuentra en seguida una combinación favorable a su pedido. Indica a don Eusebio que ordene al comisario la entrega de un pasaje:

—¡Claro, hombre!...

Jubilosa es la afirmación del intendente. Poder servir al porteño es para él un gran placer. Hace una seña y se acerca el policiano.

—Mirá, che... Hay que hacer un pasaje hasta Buenos Aires para este amigo.

—Es que...

—¿Que qué?...

—Usted sabe, don Eusebio, que ahora no se puede...

—¡Qué no se va a poder!... ¿Y los que me diste el día de la convención?...

—Acuérdese que el jefe me suspendió un mes.

La negativa enchirla algo que don Eusebio cuida mucho: la autoridad caudillesca. Tácticamente se lleva hasta el comedor al comisario. Allí podrá decirle lo que no conviene que la gente sepa. Con tono de enojo, insiste:

—Mirá, che... Vos hacés el pasaje. Y si el jefe te suspende, yo te hago levantar la suspensión. Para algo soy ahora candidato a diputado.

El policiano cavila. El miedo a una nueva suspensión ha trancado el resorte de su obediencia pasiva.

Autoritario y expeditivo, el intendente busca un final:

—Bueno... ¿Hacés o no hacés el pasaje?...

—Si yo pudiera...

Silencio a dúo. Mientras el candidato a diputado esboza un proyecto de hostilidades, el comisario capta una solución armonizante:

—Vea, don Eusebio...

—Hablá... Hablá...

—Podemos prestarle un pase semestral de la comisaría, que está vencido.

—Ajá...

—Venció el 30 de junio y no lo devolvimos...

—Ajá...

—A la madrugada llevo a ese mozo en auto hasta Trenque Lauquen para que alcance el tren diurno.

—Ajá...

—Si el guarda no se fija en la fecha, puede servirle hasta Pehuajó.

—Ajá...

—Y después de Pehuajó... ¡que se arregle!... El tipo es bastante caradura.

—¡Macanudo!...

Y vuelve a reinar la paz en el oficialismo mulitense.

Desde la puerta del comedor, el intendente habla con aire de triunfo a Artola:

—Ya está listo el asunto. Espérelo aquí al comisario.

Munícipe y policiano inician la acostumbrada recorrida nocturna. En el trayecto se ocupan del agente viajero. A don Eusebio López lo asalta un temor: que Artola se queje al ministro porque no ha conseguido en Las Mulitas ni una sola subscripción. El comisario lo tranquiliza y lo adula usando el falso plural:

(Continúa en la página 11)

Gran CONCURSO de RADIO

(Broadcasting EPSILON)

DESFILAN "SPEAKERS", CANCIONISTAS, DECLAMADORAS y GUITARREROS



El jurado de la broadcasting Epsilon toma examen a los aspirantes a "speaker", que son muchos. La tarea es ardua porque entre los candidatos pocos reúnen condiciones.

Por ***LORIBAN PETISEN***

AVISO

LLAMASE a concurso por el término de treinta días para proveer a las siguientes vacantes: *speaker, cancionista nacional, recitadora y dúo criollo.* Inútil presentarse sin recomendaciones. El jurado dictaminará en una sola reunión y el fallo es inapelable. Exceptúase el caso en que se declare desierto el concurso. Si ello ocurre, el director de la Epsilon resolverá lo que le dé la gana. Los que se sometan a estas y otras ocultas condiciones pueden presentarse los días hábiles de 12 a 12 y aguantar el turno, lo que sin duda harán, por ser costumbre de ellos y de las casas del ramo. *La Dirección."*

ACTA FUNDAMENTAL

"En la ciudad de Buenos Aires, a 29 de septiembre del año del sello, reunido el jury designado por la dirección de la Epsilon, cuyos nombres figuran al margen izquierdo, en el local de la misma, Blandengues 901, y previo un tenaz cambio de ideas (si así puede llamarse a la discusión acalorada del asunto), y después de someter a los candidatos a los interrogatorios de forma, acordaron declarar desierto el concurso para la provisión de los cargos, en virtud de las consideraciones que por escrito, y por unanimidad y por separado formulan, y que se consideran como parte integrante de esta acta. Y firmaron por ante el secretario "ad hoc" que suscribe, en la ciudad y fecha "ut supra". Gabriel Lotteriola (autor dramático). Augusto Pérez Escalera (periodista). Deolindo Grajeado (pedagogo). José Sal (escritor). — Ante mí: Obdulio Deogratias. Secretario."

a) SPEAKER

Señor Director:

El jury lamenta hacerle saber que, no obstante toda su buena voluntad, se ha visto en la obligación de rechazar las cinco candidaturas elegidas entre los cuarenta y ocho aspirantes al "difundido" cargo de anunciador o speaker.

He aquí los fundamentos:

1. — El señor Maximiliano Grigeroide, fino, elegante, de lentes y que ha cursado hasta tercer año, según lo acreditó con el diploma correspondiente, y al cual se inclinaba el jury antes de oírle, debió eliminarse en la primera rueda por ser ceceoso. (Dejamos constancia que este defectillo, si bien no impide llegar a la presidencia de la república, es obstáculo insalvable para los menesteres radiotelefónicos.)



2. — El señor Atencio Fuensálida y Orozco, hombre relativamente joven, buena modulación, con ligeros conocimientos de francés, de familia aristocrática (como se infiere de su doble y sonoro apellido), aunque promete conseguir avisos, tiene el grave defecto de ser autor de ocho volúmenes de "poesías", y se empeñará en radiarlas contra viento y marea. (Habría que "radiarlas" marineramente hablando.)



Es, como sus congéneres, de cuna humilde y honesta. Sus caballitos de batalla: "Amigaso" y "El aguacero".

3. — El señor Gotardo Sandovales es una bellísima persona. Su buena voluntad trasladaría una montaña de los Andes a Temperley. Voz de barítono y dicción clara. Gran conocedor de discos clásicos, realizaría comentos interesantes y de mucho matiz. Sabe de historia y literatura un poco más que los demás; pero pronuncia "mesié", "gurmornin" y "fúbol". Nada hecho.

4. — El señor Niponcio Palottis, griego, de exquisita cultura general, de la escuela de nuestro eminente helenista Naso Pradus, amenizaría las transmisiones con recitales de Sófocles, Eurípides y Esquilo. (Entre paréntesis: trajo y dijo un trozo de "Las Bacantes", creyendo que influiría en la obtención de ésta.) El señor Palottis domina nueve idiomas, pero como domador, los domina a latigazos. El único lenguaje rebelde para él es el español. Circunstancia insignificante en Londres, es grave entre nosotros. Le hemos recomendado trate de vencer esa valla última y vaya a una Berlitz argentina. Así lo prometió.

5. — Y por último, el joven Demetrio Sagastremelli, no obstante su edad, tiene vocación y la cultura necesaria para leer todo cuanto se le da por escrito. No arrastra los diptongos; no dice: "intérpretados", "carácteriza", etc.; no se come las "eses"; no se resfría con alta frecuencia, odia los vocablos "oyentes" y "radioescucha" y se compromete a tamizar con chistes idóneos la propaganda sin remuneración extra. Pero la voz, ¡la voz! es como la de aquel teniente Pitito, atiplado y afeminado, que ordenaba:

—¡Rompan filas! — con la dulzura de un "ora pro nobis".



Gloria María Lavalle, cuyo nombre de cartel es "Ruiseñora" se ha especializado en la música "folklórica".

Lamentando muy de veras el resultado y con la satisfacción del deber mal cumplido — pues sería bueno si algo hubiéramos sacado en limpio — ponemos nuestro ecuánime y fundado dictamen en las manos del señor Director.

b) CANCIONISTA NACIONAL

Del formidable lote examinado con ejemplar paciencia, creemos que sólo dos señoritas merecen nuestros auspicios. Recomendamos sus nombres para cuando no haya más remedio.

1. — La señorita Isolda Gómez (Paloma Torcaz) es, como sus congéneres, de cuna humilde y honesta. Ello sin significar un desmedro que nuestro ambiente liberal democrático repudia, apareja el acento conventillista, que si bien es alado adorno personal, conviene disimularlo, prohibiendo el autoanuncio del número, como se estila en otras estaciones.



No ha sido posible elegir ninguna recitadora, a pesar del número de inscripciones.

"Paloma Torcaz" se defiende bien de aquel "dejo", y en dos o tres años de contacto con personas selectas lo extirpará junto con sus guitarristas.

El repertorio, sin ser muy vasto — pues recién se inicia en el microfonismo — lo constituye una dosis de tangos para hombre, que interpreta con toda el alma. Sobresale en las milongas y recitados gauchescos cuyos protagonistas: la leyenda, el perro, el ombú, la traición y la daga siente a fondo y vuelca en forma estupenda.

Sus caballitos de batalla son "Amigaso" y "El aguacero". En la interpretación de este último llega a lo sublime cuando evoca aquel pasaje donde la pampa parece, según el autor, un lienzo de narices colgado de los alambres del cielo. Debimos suspender el examen, tal fué la emoción sobrecogiente.

En cuanto a las cualidades nasofaríngeas, la Gómez posee una timbrada voz de soplete; pero como canta de oído, no percibe las admirables desafinaciones en las notas agudas, lo que a nuestro juicio no la aminora, desde que sus colegas gozan de iguales prerrogativas.

Excusado es decir que "Paloma Torcaz" sometida a la mano férrea de un gran Lomuto o un Razzano — primus inter pares — puede llegar a estrella de su generación.

Es cosa de tiempo y constancia.

2. — La señorita Gloria María Labolle, cuyo nombre de cartel es conocida por "Ruiseñora", se ha especializado en la música realmente folklórica, y en particular en la tradición santiagueña y del altiplano nórdico de la república que todos conocemos de vista.

Ha sido alumna — poco tiempo por falta de recursos — del eminente profesor Chazarreta, y está llamada a voltear del trono a la insigne Patrocinio al menor descuido de ésta.

El notable maestro le ha inculcado el amor por las viejas cosas santiagueñas, enseñándole también el difícil arte de la quena, que ella hace sonar con unción misteriosa y subyugante.

Para dar una nota nueva, tan difícil en este medio, "Ruiseñora" aprendió quichua y sabe interpolar con pícaro gracejo una que otra expresión



(Continúa en la página 52)



RODOLFO RODRIGUEZ GUICHOU

Autor *de la* **NOVELA CORTA** *que se* **PUBLICA** *en este* **NUMERO**

BOLETOS, PASES Y ABONOS

hace para los lectores de "Mundo Argentino"

su AUTOBIOGRAFIA

Mi autobiografía es una página en blanco. Y al margen de esa página unos cuantos datos personales. Nací en La Plata. Soy soltero. Me ocupo en escribir. He publicado cuatro libros de cuentos y algunos opúsculos sobre cuestiones económicas y agrarias. Creo en el liberalismo democrático. Mi horóscopo indica buena suerte. La espero.

Señor director de MUNDO ARGENTINO:

Ya estoy autobiografiado. Permítame ahora suponer una crítica enemiga:

—¿Página en blanco?... ¡Negra!...

Boletos, pases y abonos

(Continuación de la página 9)

— Demasiado "hicimos" con acompañarlo. Y todavía "le damos" un pase.

———

Rumiando satisfacción espera Artola al comisario. Lo principal, el regreso a Buenos Aires, ya está arreglado: viajará sin pagar. La cuenta del hotelero también está resuelta: una promesa adobada con bastante labia. Para prometer se pinta solo el agente viajero del casi inédito boletín. Como todo simulador de periodista, tiene excelentes condiciones para politiquero. Es mentiroso y fanfarrón elevado al cubo.

Doce pesos y algunas monedas es todo su haber. Le alcanza para gastos en el tren, changador en Once y auto hasta su casa. Artola se convence una vez más que es todo un artista en el malabarismo financiero.

Vuelve el policiano y le facilita el pase semestral, vencido el 30 de junio. La realidad del favor oficial interrumpe el gozo de Artola. Se le escapa una mueca pesimista. El comisario trata de consolarlo con una explicación acomodaticia. Le demuestra que no hay inconveniente en lo que se refiere a la individualización. El pase es impersonal. Está otorgado a favor de "un empleado". Lo de la fecha vencida tiene poca importancia. Recalca esto el comisario y se extiende en otros detalles. Habla como el perfecto viajero defraudador:

— Estamos a principios del segundo semestre. En estos días los guardas hacen la vista gorda... No le van a decir nada.

Artola examina el pase. Mira con detenimiento ambas tapas: la que lleva, en letras grandes, las iniciales de la empresa — F. C. O. — y la que indica, en cifras también grandes, el año de emisión. Se conforma al pensar que peor es nada. Pero frunce de nuevo el ceño al leer esto: "Válido entre las estaciones Salliqueló y Pehuajó."

El comisario lo anima:

— A la madrugada lo llevaré en auto hasta Trenque Lauquen, para que alcance el diurno local.

— Sí, pero el pase sirve nada más que hasta Pehuajó.

Confianzuda y chabacanamente el policiano le toca el amor propio:

— Me extraña, viejo, me extraña... ¡Y con esa pinta!...

El agente viajero no oculta el agrado con que oye elogiar su pinta. El comisario machaca:

— Con esa parada puede llegar hasta Once sin que le pidan el pase.

—¿Y si me lo piden?

— Muéstrelo por las tapas nada más... ¡Vale mucho la pinta, vale mucho!...

Sensible a la adulación, Artola se enceguece. Y como nunca merma la fe en sí mismo, resuelve el viaje y agradece el pase.

———

Muy fría es esa madrugada de julio. Hace dos semanas que el sol viene disminuyendo su retardo. Pero apenas si se nota. Todavía no empieza a clarear cuando Artola sale a la calle por el zaguán del hotel. Casi todo el mundo duerme en Las Mulitas. El comedor y el bar del "Moderno" están cerrados. El cocinero ya ha prendido el fuego en la cocina. La noche anterior prometió a Artola hacerle un poco de café "para entonar el cuerpo".

La helada ha sido brava. No corre ni un chiquito de viento. El aire se ha afinado en puntas de alfileres. Mientras espera que el cocinero haga hervir el agua, Artola tranquea fuerte para calentarse. Pista: la acera de ladrillos. Los pasos dibujan hormas de zapatería en la humedad escarchada. Y el golpeteo de los tacos obtiene, por la

(Continúa en la página 13)

Las peripecias de PANCHO



EL BAÑO DEL BEBÉ

BOLETOS, PASES Y ABONOS

(Continuación de la página 11)

limpieza de la atmósfera, un claro eco en las casas de enfrente.

Tonificado con unos tragos de café, Artola vuelve a las zancadas en la acera. Anda atornillándose. Ha levantado hasta las orejas el cuello del sobretodo. Y lleva las manos bien estuchadas en los bolsillos. De vez en cuando las saca y se estira los guantes, como si así almacenaran más calor. Su impaciencia crece a cada minuto por que no llega el auto del comisario.

El ronquido de un Ford lo reanima. A esa hora y con el frío que hace no pueden andar muchos en la calle. Piensa que debe ser el auto del comisario. Y así es. Pero el comisario no viene. Manda a su chófer. Ausencia que, en vez de incomodarlo, alegra a Artola. Le evita retribuir atenciones con un engaño de circunstancias: recomendaciones ilusorias al jefe de policía, al ministro y al gobernador.

A las 6 y 40 sale a horario el tren local de Trenque Lauquen a Once. El agente viajero pasa al coche comedor. Antes de elegir asiento, pregunta al mozo:

—¿De qué lado habrá sol?

— A la derecha, hasta Bragado, pero muy poco.

—¿Y después?

— Después... a la izquierda, pero también muy poco.

Se acomoda en la primera mesa de la izquierda. ¿Para qué quiere el sol de la mañana si en el coche comedor hay calefacción?

Viajan pocos pasajeros. Artola pide el desayuno. Y al pedirlo da importancia a pequeños detalles reveladores de familiaridad. Todo personaje de restaurante hace siempre indicaciones superfluas. Hasta cuando, como Artola esa mañana, pide un "completo".

— Que el pan no esté muy tostado, que la manteca sea fresca, que la leche tenga gordura y que el café esté bien caliente.

El mozo le demuestra que se singulariza al servirlo. Y el pan, la manteca, la leche y el café que pone en la mesa de Artola no se diferencian en nada del pan, de la manteca, de la leche y del café que sirve a los demás.

Saboreando el desayuno está cuando aparece el guarda por la otra punta del coche. El agente viajero se propone afrontarlo con tranquilidad. Adopta un aire grave, como si fuera por lo menos diputado. Y cuando el revisor se acerca, saca del bolsillo izquierdo alto del chaleco, el pase que le facilitó el comisario. Rápidamente lo muestra por las tapas.

— Pase — dice con displicencia. Y lo mete otra vez en el chaleco.

Y en seguida, para distraer al guarda, lo interroga:

— ¿Llegaremos sin atraso a Once?

— Este tren siempre llega a horario.

Algo se serena Artola. Bien clara es la indirecta notificación que ha hecho: él viaja hasta Once. Supone que el guarda no volverá a pedirle el pase hasta la terminal. Al rato, sin embargo, se preocupa. Piensa en la posible presencia de un inspector. Pero ahuyenta la inquietud contemplando por la ventanilla opuesta cómo desde el ras del suelo se levanta el sol. Todo es chato, monótono, aburrido. Una calle, un alambrado, una chacra, unos cuantos animales. Y el film vuelve a pasar desenrollado por la otra punta: unos cuantos animales, una chacra, un alambrado, una calle. De rato en rato se ven lagunas. Maquillan con lunares plateados la cara sin arrugas de la pampa.

No hubo cambio de guarda en Pehuajó. Tampoco subió allí inspector alguno. Artola puede viajar hasta Bragado sin que lo molesten. El pago del paisano Laguna es el paso más difícil. Bragado es estación de empalmes. El contralor allí es severo, tanto a la llegada como a la salida. Lo malo es que si lo hacen bajar en Bragado o en Alberti, que es la parada siguiente, se encontrará en completo desamparo. ¡Si tuviera las cartas de recomendación!...

La mañana se le va oyendo temas de ganadería a un estanciero que baja en Nueve de Julio. Entre Nueve de Julio y Bragado nadie interrumpe sus meditaciones sobre la gratuidad ferroviaria. Se anota para el segundo turno del almuerzo. Si en Bragado sube un inspector lo encontrará comiendo. Así le será más fácil aparecer como distraído.

....

Al salir de Bragado empieza a almorzar el segundo turno. Artola hace destapar un botellita de vino. Y con buen apetito engulle el inevitable fiambre de mortadela y salame, con ensalada de papas. Medio se atraganta cuando oye, a boca de jarro, una voz gruesa:

— Boletos, pases y abonos...

Es un inspector. Ha entrado al coche por el extremo en que está sentado Artola. Los compañeros de mesa entregan sus boletos. Mientras craquea la perforadora, Artola exhibe rápidamente el inservible par de tapas impresas.

El revisor termina con los demás de la mesa. Y como Artola sigue comiendo, lo encara:

—¿Su boleto, señor?...

Una mirada dura, un gesto de impaciencia y pocas palabras:

— Pase... Ya se lo mostré.

Titubea el inspector. Pero resuelve la duda a favor del pasajero. Y continúa calando pedacitos de cartón. Este inspector debe tener, metempsicosicamente, el alma del creador de aquel viejo aforismo jurídico: "in dubio pro reo".

Artola queda intranquilo. Hasta Once habrá varias revisiones. ¿Qué hará si el inspector vuelve y le pide el pase? ¿ Y si en Suipacha, en Mercedes o en Haedo sube otro inspector? Si se lo exigen después de Mercedes puede arreglar bien las cosas: bajarse en Haedo y tomar el tren siguiente. Para un boleto desde allí le alcanza el resto del dinero.

En Chivilcoy suben cuatro mujeres jóvenes y lindas. Se ubican en la mesa contigua a la de Artola. En algo les llama la atención el tipo. Lo miran con insistencia. Son inexpertas en el arte de alacranear: no ocultan que se ocupan de él, aunque parlotean en voz baja y ríen con exquisita suavidad. El bisbiseo es una algarabía de pájaros al sol de una mañana de septiembre. El agente viajero se fastidia. Pero olvida el fastidio cuando piensa en la posible reclamación del pase. Simula engolfarse en la lectura de los diarios que compró en Bragado. Abandona en seguida, por muy conocido, ese recurso de viajero defraudador. Hacerse el dormido es lo mejor. A nadie extrañará una siesta después del almuerzo. Y menos a las catecúmenas del alacraneo, cuya presencia encanta ahora a Artola, a pesar de las tijeras.

En eso aparece por segunda vez el inspector. Entra por el otro extremo del coche. De modo que al avanzar lo ve de frente. Artola abre un poco los ojos y se asusta: el inspector está mi-

(Continúa en la página 39)

Una nota

TAN pronto como se despertó, Luisa, inconscientemente, se puso a pensar en que Ricardo — como le decía en el telegrama — volvía ese día y que deseaba verla urgentemente, para lo que le pedía que fuera a las ocho al Plaza Hotel.

Y se pasó más de una hora pensando, antes de llamar a Ernesto. Por fin se decidió, y le dijo por teléfono:

— Ricardo vuelve inesperadamente — dejando que él adivinara lo demás; pero Ernesto, con su habitual desinterés, le contestó:

—Y ¿para qué?

A lo que Luisa le repuso:

— Porque necesita verme urgentemente.

Se recostó sobre la cama, deseando tomar el desayuno y rabiando ante la idea de tener que hacérselo ella misma. Nuevamente pensó por qué había tardado tanto en decidirse a casarse con Ricardo. Es cierto que ya existía Ernesto, que había llenado de emociones su vida solitaria. Luisa tenía cerca de treinta años; su renta era escasa. Tenía que andar entre gente empingorotada, y esto le obligaba a hacer maravillas con el dinero. Poca gente conocía su verdadera situación. Sólo Ricardo sabía lo pobre que era.

Al principio de su amistad con él, chocó la diferencia de edades: Ricardo tenía cerca de sesenta años, lo que hacía que Luisa lo mirara más bien como a un abuelo, y no como un posible esposo. Le había permitido hasta que le pagara una cuenta de trajes y le había aceptado un regalo de un tapado de marta para su santo. A veces era algo cargoso, pero sumamente bueno.

Dos días antes de irse de viaje, Ricardo le confesó su amor, y ella le pidió que esperara hasta su vuelta para que le contestara. Ricardo aceptó gustoso. Durante los dos últimos meses, mientras Ricardo continuaba ausente, Luisa tuvo deseos de casarse con Ernesto, pero éste no daba muestras de ser partidario del matrimonio. La amaba ardientemente, y nada más. Por su parte, Luisa, si bien sentía hacia Ernesto un gran amor, no lo consideraba tan envidiable para esposo, por su carácter. Ella ambicionaba, ante todo, la tranquilidad y el confort en el matrimonio, y nada mejor para ello que casarse con Ricardo...

Sin embargo, jamás se le ocurrió a Luisa que entre ella y Ernesto pudiera haber algo, una vez que se hubiera casado con Ricardo. Todo esto lo pensó al recibir el telegrama de Ricardo y después de haber telefoneado a Ernesto.

A las diez de la mañana volvió a llamar a Ernesto para invitarlo a tomar el té esa tarde.

— Tengo algo muy importante que contarte, querido — le había dicho; a lo que él contestó:

— Muy bien; iré a eso de las "cuatro".

Por fin, se decidió a encaminarse a la cocina, a poner una pavita. Fué como un consuelo para ella pensar que cuando se casara con Ricardo le llevarían el desayuno a la cama. ¡Qué delicia no tener que quemarse los dedos para encender el fuego ni comer huevos fritos diariamente!

Ricardo era rico y le había dicho que cuando se casara con ella compraría una casa en un barrio distinguido.

Mientras hacía el té pensó en la figura elegante de Ricardo; en su cabello gris y en sus ojos afectuosos. No había nada en Ricardo que denotara su vejez; estaba muy, pero muy apegada a Ricardo, y si no hubiera sido por Ernesto...

Cerró los ojos y sintió cómo su corazón le palpitaba al solo recuerdo de Ernesto. Era una pena casi física. ¡Ernesto!... Sus ojos perezosos, su modo de acariciar, sus besos; todo volvía a su imaginación...

A veces pensaba Luisa que Ernesto lamentaba amarla, y hasta más de una vez le parecía que tenía miedo de dar demasiado de sí mismo.

Luisa hizo el té y lo llevó a su dormitorio. Después de tomarlo empezó a fumar un cigarrillo tras otro. No tenía por qué apurarse; se vestiría e iría a almorzar a cualquier restaurante de barrio, lo que no le costaría mucho... Trataría de no olvidarse de comprar esos pancitos que tanto le gustaban a Ernesto con el té. Ella sabía que los sentimientos de Ernesto habían de sentirse heridos cuando, al llegar, le dijera:



La mano de Luisa comenzó a temblar tanto que casi no podía tomar el té.

—¿Sabes una cosa? Ricardo vuelve para pedirme que me case con él. Recordarás que me dijo que me amaba, antes de irse de viaje. Lo he decidido; voy a casarme con él.

Sí; tendría que conservar toda su calma; estaba segura de que Ernesto no le haría ninguna clase de escenas; no era hombre de dar espectáculos; tampoco se dejaría vender por sus ojos, ¡pero

social

Un cuento por
BARBARA HEDWARTH

El corazón unas veces nos engaña y otras veces se equivoca, haciéndonos rechazar lo cierto por lo dudoso. Esto es lo que le ocurre a la protagonista de este cuento sentimental, a quien la casualidad salva de sacrificar un amor para rendirse a los azares de otro, que no le ofrecerá ciertamente ninguna felicidad.

su boca!... Parecíale verlo con un gesto de sufrimiento en ella. ¡Oh! Tenía que armarse de toda su calma y toda su serenidad para no caer en la tentación de besar esos labios que sufrirían hasta que no recobraran su sonrisa algo cínica. Tendría, además, que recordar todos los defectos de Ernesto, para no caer en tal tentación. No había nada de amoroso en Ernesto. Su descuido, que era casi falta de educación, era extremo: hasta pecaba al contestar sus cartas o al hablarle por teléfono. Casi siempre sus despedidas eran más o menos así:

—¿Te volveré a ver pronto, querido?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿La semana que viene?...

—Tal vez. Yo te llamaré.

Pero jamás lo hacía. Era siempre Luisa quien rompía el silencio, diciéndole: "¿Por qué no vienes esta noche, Ernesto?", o bien: "Tengo dos entradas para el teatro. ¿Quieres acompañarme?" Esto demostraba cómo tomaba Ernesto su amistad con Luisa. Era fácil recordar las pocas atenciones que tenía para con ella.

Luisa llevó la taza a la cocina y se dirigió al baño. "Ahora — se dijo — tengo que comenzar a pensar en Ricardo. Ernesto se acabó, o se acabará esta tarde. ¡Querido Ricardo!, ¡Ricardo querido! — empezó a decir para ir acostumbrándose; y sintió que sería una gran ventura para ella el casarse con aquel hombre.



Ernesto llegó poco antes de las cuatro. Besó a Luisa.

—¡Qué temprano has llegado! — le dijo ella. — ¡No te esperaba todavía!

Y lo dejó en la salita, mientras se disponía a hacer el té. Se daba buena cuenta de que le sería difícil hablarle y renunciar a sus besos, decirle adiós para siempre, una hora antes de vestirse para ir al encuentro de Ricardo. Y también se le antojaba cosa difícil poder decirle a Ricardo, sonriéndole feliz y satisfecha:

—¡Si vieras! ¡Estoy encantada de casarme contigo!...

Cuando volvió con el té le dijo a Ernesto, alegremente:

—Te he comprado los pancitos que tanto te gustan, querido.

—Ya veo; pero están un poco duros, mi ángel; pero no importa, no tengo apetito. Quiero hablar contigo.

La mano de Luisa comenzó a temblar tanto que casi no podía tomar el té.

—Puedes empezar — le dijo. — Supongo que será acerca de Ricardo.

—No; acerca de nosotros. De ti y de mí. Me casaré contigo, querida, tan pronto como consiga la licencia.

Luisa contestó rápidamente:

—Voy a casarme con Ricardo, Ernesto. ¿Por qué no me lo dijiste antes?...

Ernesto dejó su taza, apagó su cigarrillo, y abriendo los brazos, le dijo:

—¡Ven aquí, Luisa! — Ella se acercó. Levantóle él la cabeza para poder tocarle su cara. — Tú me quieres, me necesitas y te vas a casar conmigo. Así que déjate de decir tonterías de novela barata, y de pensar en casarte con un hombre que puede ser tu padre...

Ella empezó a llorar.

—Vas a cenar conmigo esta noche. Anda al teléfono y ordena que le envíen un telegrama a Ricardo, diciéndole que no puedes ir. Dile, además, que tu novio te espera esta noche. Hazlo inmediatamente.

Esperó a que ella fuera al dormitorio donde estaba el teléfono, y sacando un diario del bolsillo suspiró hondamente. Más tarde lo sabría Luisa, sin duda, pero ya no le importaría. Estaba contento de haberla hecho hablar antes de que leyera los diarios de la noche.

¡Qué canalla debía ser el tal Ricardo Páez! Ernesto quería mucho a Luisa, más de lo que él mismo se hubiera imaginado.

Encendió otro cigarrillo. Su gesto cínico había desaparecido. Podía él ser descuidado en todas sus cosas, pero no podía permitir que rebajaran a una pobre mujer, sobre todo cuando esa mujer era amada como él amaba a Luisa. Tomó el diario que yacía sobre sus rodillas, y leyó esto:

"El señor Ricardo Páez regresa hoy. Su esposa, que se ha quedado en su villa en Mar del Plata, vendrá dentro de uno o dos días. Es en realidad una buena noticia la de saber que su salud ha mejorado en forma definitiva."

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LA LECHE HERVIDA

Están equivocados los que afirman que la leche hervida se digiere con menos facilidad que la cruda por aquello de que no está en su forma natural.

Experiencias realizadas en los laboratorios, han demostrado que no es así; los niños que se crían con ella acabaron por confirmarlo. De modo, pues, que puede usted, seguir dando a su nene leche hervida, que, al mismo tiempo que es de fácil digestión y alimenticia, está exenta de los graves peligros de la leche cruda, que, como no ignorará, puede contener microbios capaces de producir enfermedades tan peligrosas como la fiebre tifoidea, la tuberculosis, etc., sin contar con los innumerables trastornos digestivos entre los que se cuentan la enteritis, la enterocolitis, etc.

Cdo. a "Suscriptora", de Totoral.

NO LO OLVIDE, SEÑORA: ENTRE LOS ALIMENTOS PROHIBIDOS A LOS NIÑOS SE CUENTAN EN PRIMER LUGAR LAS ESPECIAS Y LOS CONDIMENTOS FUERTES, ADEMAS DE LOS PESCADOS Y LOS MOLUSCOS NO FRESCOS.

DENTIFRICO

Son muchas ya las recetas que hemos dado en esta página sobre dentífricos, como así mismo la que usted nos pide, denominada "Agua de Botot". Vamos, sin embargo, a complacerla, dándole de nuevo esta receta, que es como sigue:

Aceite esencial de menta	8	gramos
" " " badian	2	"
" " " canela		
" " de Ceylán	1	"
" " " clavo	2	"
Tintura de benjuí	8	"
" " piretra	8	"
" " guayacol	8	"
" " cochinilla	80	"
Alcohol de 80°	935	"

Cdo. a "Mamita Piedad", de Lobería

LOS CHUPETES

En varias ocasiones nos hemos ocupado en esta misma sección de la mala costumbre de dar chupetes a los niños. Por cierto que esta práctica no puede ser más perjudicial para la salud, ya que los chupetes son antihigiénicos en grado sumo; pasan con tanta frecuencia de la boca del niño a las manos de la niñera, no siempre limpias, y muchas veces también ruedan de la boca del niño al suelo, adhiriéndose a él ese polvillo malsano que, por negligencia de la niñera, y a veces de la misma madre, no se limpia debidamente.

Además, la costumbre de hacer callar a un niño por medio del chupete es, francamente, detestable. El niño adquiere así un feo vicio, a veces muy difícil de desarraigar.

Usted debe poner todo su esfuerzo en que su niño se críe sin necesidad del chupete. Evite de tener que avergonzarse de llevarlo de paseo, ya grandecito, con el chupete entre los labios o colgado de una cinta, para ponérselo en la boca a cada momento.

Cdo. a "Lectora", de Céres.

LAS MUÑECAS, EL JUEGO PREDILECTO DE LAS NIÑAS

A las niñas, no sólo debe permitírseles jugar el mayor tiempo posible con sus muñecas, sino que es conveniente estimularlas en este sentido.

Ya se sabe que éste es el mejor modo de despertarles los sentimientos maternales y hacerlas cariñosas con los niños. Además, mientras se entretienen en estos juegos pacíficos y hasta cierto punto sentimentales, se les retiene en casa, sin pensar en cosas que pueden perjudicarles, ni callejear.

No se nos dirá que no ofrecen un espectáculo deplorable esas niñas que van en grupos por las calles, burlándose de todos aquellos con quienes se cruzan y provocando las groserías de los muchachos de la calle.

Encarecemos, pues, a las madres, cuidar este detalle importante en la educación de sus niñas.

LA CREOSOTA

La creosota se recomienda mucho como estupefaciente del sistema nervioso y como un poderoso coagulante de la albúmina y de la sangre.

Cdo. a "M. N. de F.", de San Nicolás.

LOS DISPENSARIOS

Puede llevar usted su nena a un dispensario, o en su defecto, al hospital de niños, donde será debidamente atendida. No pierda tiempo por si lo que ahora parece cosa insignificante puede luego tornarse de gravedad.

Cdo. a "M. L. de L.", de Avellaneda.

LIMPIEZA DE LA CABEZA

Entre los remedios caseros para limpiar la cabeza, uno de los que dan mejor resultado es la clara de huevo batida, a la que se le agregará una cucharada de alcohol de romero. Se usa por medio de un cepillo.

Cdo. a "Ribereña", de Quilmes.

HIGADOS Y RIÑONES

He aquí contestada la pregunta que nos formula: los hígados de ternera están considerados como tan nutritivos y asimilables como la carne, pero en cambio los de vaca y cerdo no pueden ser más indigestos.

En cuanto a los riñones, ya sean estos de ternero, cerdo o carnero, son a la vez nutritivos y de fácil digestión.

Cdo. a "Chilenita", de Plátanos.

EL SUEÑO DE UN NIÑO

Cuando un niño va creciendo, presenta una marcada tendencia a dormir menos; sin embargo, debe tratarse de hacer durar la costumbre de algunas horas de sueño durante el mediodía; algunos niños aceptan muy bien este hábito hasta la edad de cuatro o cinco años; otros llegan rápidamente a no querer dormir durante el día, pero debe insistirse hasta la edad antes mencionada. Para hacerlo se les llevará a su lecho, y se les dejará en el reposo y la semiobscuridad aunque no duerman. Si apesar de todo no se obtiene resultado satisfactorio alguno, se terminará por suprimir el sueño durante el día con la esperanza de que el de la noche sea más tranquilo y prolongado.

El niño tiene más necesidad de sueño que el adulto: ocho horas de sueño deben bastar a este último, a los adolescentes nueve horas, diez a los niños de siete a diez años; los más jóvenes podrán con beneficio permanecer en el lecho once horas.

EL FACTOR PRINCIPAL PARA JUZGAR EL ESTADO DEL NIÑO CRIADO ARTIFICIALMENTE ES, COMO EN LA LACTANCIA MATERNA, EL PESO. CUIDE ESTE DETALLE, DE TANTA IMPORTANCIA.

LAS CONTUSIONES

Las contusiones son, en realidad, lesiones que se producen en los tejidos a consecuencia del choque de cuerpos esféricos o de superficie regularmente ancha, sin solución de continuidad en la piel.

Estas lesiones tienen su tratamiento eficaz. Si son leves, se les aplica compresas mojadas en agua blanca, agua vegetomineral, agua salada, alcohol, tintura de árnica, agua sedativa, o cataplasmas de linaza, frías rociadas con alcohol alcanforado.

En caso de que sobreviniera una imprevista inflamación, las cataplasmas a que antes nos hemos referido se aplicarán calientes.

(Continúa en la página 61)

No olvide esto, señora: SEA *el* MEDICO *de sus* HIJOS

La INFLUENCIA *de los* COLORES *en* NUESTRA VIDA

UN ARTICULO DE SARA REYLES

NINGUNA mujer debe hacer uso de su fe de color de rosa para enamorar a un hombre, pues está probado que los colores no tienen ninguna influencia en los asuntos del corazón.

La eficacia de los colores es tan relativa como variable. Un traje rojo puede retener al novio por una noche, y perderlo al día siguiente. Los colores tienen dos cualidades, y cada uno de ellos su propia personalidad.

Esta inestabilidad es, precisamente, lo que hace interesantes los colores. De acuerdo con el doctor Mattherr Luckiesh, experto en colores y director del laboratorio de investigaciones sobre las luces, la influencia de los colores varía según las circunstancias.

El rojo, por ejemplo, es el mejor amigo de la mujer cuando está en las mejillas o en los labios, pero es su enemigo cuando aparece en las manos o en la nariz. Un traje rojo puede hacerla, en un baile, la más hermosa; pero no podría obtener con él una audiencia en el Vaticano, sin antes cambiarlo por otro color.

Los cabarets y las iglesias tienen sobre los colores sus ideas propias. Un color que desagrada en un sitio tiene admirables efectos en otro.

Una levita roja en un cochero es muy agradable, pero en un hombre de negocios sería ridícula.

Del mismo modo que un traje rojo es el signo de una diversión en perspectiva, una luz roja es el de peligro para un motorista. El rojo denota peligro simplemente porque los hombres así lo decidieron hace de esto muchos años, y es tan ridículo, ciertamente, como decirle a una criatura que sólo debe comer manzanas coloradas, porque el colorado significa salud, cuando en verdad todos sabemos que el color de las buenas manzanas es muy variable.

El amarillo es tan indigno como cualquier otro color. Por el solo hecho de que el sol parece amarillo, es comúnmente asociado su color con la alegría y el ardor. Por esa misma razón se compran flores amarillas durante la primavera. Sin embargo, ¡qué poco tranquilo se siente uno cuando le hablan de una posible epidemia de fiebre amarilla!, y esto sin contar que, a su vez, hay quien se pone amarillo de indignación ante el fracaso de su boxeador favorito o del caballo a que ha jugado.

El negro es un color funerario, pero ¡qué bien sienta en un cuerpo airoso cuando no está asociado con el duelo!

El blanco tiene también sus diversos efectos. La tradición lo asocia con la pureza. El doctor Luckiesh atribuye este hecho a que la nieve, que es toda pureza, es blanca.

Por esta razón las novias eligen trajes blancos. Las jóvenes lo usan también, así como los recién nacidos.

El blanco es adorable, suele pensarse al mirar un campo nevado; pero cuando se está obligado a vivir entre paredes blancas, pronto se cambia de modo de pensar. Usado en el interior de las casas, es demasiado fuerte y resulta algo así como opresor.

No hace mucho, en los hospitales, se pensaba que las leyes de sanidad dependían de las paredes blancas y de los vestuarios del personal, blancos también, pero los pacientes no estaban acostumbrados a ello, y cuando llegaba la hora de la operación, éstos se sentían doblemente asustados.

El doctor Luckiesh cree que el traje de novia y las paredes del hospital son vistos de un blanco muy diferente, y que por esta causa el blanco de los hospitales debería desaparecer.

El azul es también variable, aunque lo den como símbolo de franqueza. La luz blanca azulada que se tiene durante el día, es muy buena durante las horas de trabajo, pero cuando se trata de imitarla artificialmente, el azul muestra su voluble naturaleza.



El doctor Luckiesh inventó una lámpara que daba la luz del día en cualquier habitación, lo mismo a las diez de la noche que a las diez de la mañana; pero esa luz, que era tan buena para trabajar, no servía para bailar; la gente quería brillo artificial después de la puesta del sol.

El azul no sirve para iluminar ni tampoco para las paredes, aunque el cielo es azul.

Si una novia se casa de azul, se supone que su esposo le será fiel durante más largo tiempo que si se hubiera casado de otro color. Esto es lo que se afirma, pero vaya a saber uno lo que hay de verdad en todo esto. En ese caso la fidelidad conyugal quedaría resuelta con sólo ir la novia a la iglesia completamente vestida de azul, y no de blanco, como va en la actualidad, y como seguirá yendo por tiempo indeterminado.

En cuanto al verde, mucho bueno se dice de este color. Para ello se basan en que el verde ha sido adoptado por la naturaleza para engalanarse. En efecto: el verde domina en los campos, en los bosques, en los jardines, en todas partes, y siendo así, ¿por qué hay más de uno que se pone "verde" de envidia, viendo que la mujer por quien suspira corresponde a otro más feliz mortal?

Hay otros colores a los que no se les da tanta importancia, pero que, en realidad, la deberían tener, ya que según se pretende afirmar, cada color tiene un grado de influencia beneficiosa o perjudicial en el destino de las personas.

Sin embargo, después de todas estas digresiones, los colores son una cuestión de gusto, y, como dijo el poeta, por cierto con gran razón:

"Todo es según el color
del cristal con que se mira."

FIN

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Una BUENA RECETA para BLANQUEAR el CUTIS

COMO DEBE MEZCLARSE Y APLICARSE LA SOLUCION DE PEROXIDO-LIMON PARA CONSEGUIR BUENOS RESULTADOS

MUY pronto llegará el verano y con él los baños de mar o en las piletas, bajo un sol que no tendrá compasión de nuestro cutis. Les agradecería que todas ustedes que leen con interés mis artículos, recortasen y guardasen el presente, en el cual comento sobre una conocida receta para blanquear el cutis, que debe emplearse cuando termine el verano. Cuando llegue el otoño debemos estar preparadas para desafiar el invierno, equipadas adecuadamente, tanto en ropa como en apariencia física.

El primer paso y el más importante para prepararnos para las temporadas de otoño e invierno, es reponer el cutis claro del último invierno, porque la moda exige, cada vez con más insistencia, que no queden visibles rastros delatores del veraneo al llegar la temporada del frío.

Blanquear la piel es un asunto que requiere una aplicación concienzuda e inteligente, porque es lastimosamente fácil dañar el cutis si se emplean métodos demasiado fuertes.

También deben tomarse en cuenta los varios grados de tostadura de sol que se tengan. En muy pocos casos se encuentra un tono bronceado parejo de la piel. En la mayoría, es cuestión de grados distintos de color, comenzando por un tono cremoso que se encuentra en las partes menos expuestas del cuerpo, hasta un bronceado muy obscuro.

Deben evitarse los métodos que obran instantáneamente, porque, por lo general, son demasiado fuertes para la piel, causando una excesiva sequedad como el daño menor, y un descascaramiento, erupción e irritación como el mayor.

Personalmente, creo que el plan más sensato consiste en blanquear las partes más obscuras primeramente, y luego, cuando éstas se descoloran, cambiar a un blanqueamiento general con un método más suave. De esta manera se consigue un tono parejo más rápidamente, y aquellas partes de la piel que no requieren un tratamiento tan largo, no tienen que sufrirlo.





Mezcle partes iguales de zumo de limón y agua oxigenada (peróxido), de diez y siete volúmenes, en un recipiente.

Una preparación espléndida para blanquear una tostadura de sol fuerte se consigue agregando partes iguales de zumo de limón y agua oxigenada (peróxido), de 17 volúmenes.

Además de ser positivo en su acción blanqueadora, tiene cualidades antisépticas dignas de consideración.

Antes de emplear cualquier preparación para blanquear, se debe limpiar el cutis cuidadosamente, y luego remover todo vestigio de jabón o crema.

Mezcle partes iguales de zumo de limón y agua oxigenada (peróxido), de 17 volúmenes, en un recipiente lo bastante grande para acomodar los pedazos de gasa que deben saturarse en la solución.

La mayoría de ustedes hallarán que los brazos, manos, rostro, cuello y espalda son de un tono más obscuro que el pecho y la parte baja de la espalda. Las partes más tostadas deben ser tratadas más tiempo que las otras.

Los pedazos de gasa deben ser lo suficientemente grandes para que cubran las partes que se deseen blanquear, porque en vez de simplemente palmear la solución, se debe empapar la gasa y dejarla mojada sobre la piel durante un tiempo.

Los grabados las guiarán en la forma en que deben aplicarse los pedazos de gasa.

En uno de los grabados observarán que nuestra modelo tiene un pedazo de gasa sobre el pecho, y en otro que está palmeando un pedazo de algodón en el centro del pecho.

La gasa estaba mojada cuando la aplicó, y mientras permanezca así, la acción blanqueadora continúa. La joven tenía una tostadura de sol mucho más acen-

Empápese una gasa doble con la solución y extiéndasela sobre el pecho y garganta. La humedad de la gasa evitará que ésta se caiga.

Cuando la gasa comience a secarse, moje un pedazo de algodón y palméelo sobre las partes más tostadas.

Coloque pedazos de gasa sobre los hombros.

Antes de colocar la gasa mojada en el rostro, se debe aplicar un poco de crema a las pestañas y cejas para protegerlas.

Por JOSEFINA HUDLESTON

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

FELIX OUTES: "SOLAR"

El Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, ha tenido la feliz iniciativa de presentar en "Solar" una obra de divulgación eficacísima. El interés, cada vez más definido por nuestro pasado colonial, la curiosidad cada vez menos superficial por los orígenes remotos y las culturas primitivas, justifica plenamente la aparición de este volumen en el que se reconoce en cada página la mano experta de su sabio director.

Félix Outes

El doctor Félix Outes, autoridad indiscutible en su materia, ha orientado y seleccionado el material de modo tal que las entregas de "Solar" — pues los volúmenes aparecerán cada cuatro meses — pondrán al alcance de los estudiosos no sólo las ricas colecciones del Museo, sino también las de tantas otras de carácter privado, de mucho más difícil acceso. El título mismo de la publicación indica el criterio que la informa: se trata, en efecto, de rastrear sobre todo los factores geográficos que determinaron los tipos humanos desaparecidos y que imprimieron al mismo tiempo un matiz peculiar a su cultura.

Entre las publicaciones oficiales, por lo común tan pesadas como inútiles, se destaca ésta, del doctor Félix Outes, por la sabia distribución del material y el innegable buen gusto de su presentación. Quinientas páginas, con numerosos grabados y varias acuarelas inéditas de Vidal, pueden servir de índice grosero para apreciar de alguna manera lo considerable de un esfuerzo que no puede inspirar sino la simpatía y el respeto.

LELIO O. ZENO: "LA TRANSFUSION DE SANGRE DE CADAVER"

El doctor Lelio O. Zeno, eminente cirujano de Rosario, ha publicado en un estudio documentado y prolijo un resumen de su larga estada en uno de los más grandes institutos de cirugía del mundo: el Instituto Sklyfasowsky, de Moscú.

El interés de su obra es grande, no sólo por el tema, sino también porque el doctor Zeno no ha sido uno de tantos curiosos que han pasado por los laboratorios de la nueva Rusia con el carácter reporteril con que Duhamel, por ejemplo, no obstante ser médico, se acercó al laboratorio de Pawlow. El doctor Zeno, por el contrario, ha trabajado seis meses en el Instituto Sklyfasowsky, en un servicio de traumatología que él mismo organizó. Conoce por lo tanto al dedillo no sólo el carácter puramente técnico del instituto, sino la orientación social que le da en el mundo un papel tan destacado. La obra de su director, Sergio Judine, ha pasado, en efecto, no sólo las fronteras de su patria sino esas otras fronteras más difíciles de franquear, que constituyen las líneas divisorias entre el mundo de los especialistas y el mundo del público curioso y profano. Para poner a este último más al tanto de una obra en verdad maravillosa, el doctor Lelio Zeno ha escrito una monografía interesantísima. Un aspecto de la vida en la Unión Soviética, no tratado hasta ahora por ninguno, se nos presenta nítidamente a través de sus páginas clarísimas.

Por la sugestión del asunto, por el carácter impresionante de que es difícil desprenderlo, vale la pena destacar sobre todo las páginas finales consagradas a una de las más audaces experiencias de Judine: la que consiste en substituir la sangre perdida en las grandes hemorragias con la sangre de cadáveres adecuadamente preparada a este efecto. Hace algún tiempo se había demostrado en Rusia que un perro podía tolerar una inyección de sangre de cadáver de otro perro, y que esa transfusión, lejos de originar desórdenes, procuraba en cambio beneficios innegables. ¿Quién sería el audaz capaz de repetir en la raza humana una prueba de esa clase? Como al Instituto Sklyfasowsky llegaban a menudo casos gravísimos de hemorragias por cáncer, úlcera, heridas, y el número de personas dispuestas a dar sangre era siempre limitado, Judine acechó la oportunidad de la experiencia. Cuando el caso llegó, tomó por su cuenta la responsabilidad de la prueba. El éxito fué tan completo que la repitió muchas veces más. Sus resultados comunicados al Congreso de Cirugía de Jarkof, interesaron al mundo científico como la revelación de un procedimiento de importancia incalculable. Hasta el regreso del doctor Zeno, el número de casos tratados pasaba de 100: algunos de ellos, dice el cirujano rosarino, de un "valor extraordinario".

tuada en forma de una V en el centro del pecho, debido a su preferencia por los escotes de esa forma durante el verano e invierno. Esto quiere decir que esa parte en particular estaba mucho más tostada por el sol, y también levemente curtida por la constante exposición al viento frío durante el invierno. En consecuencia, la parte central de la gasa se mantuvo mojada durante media hora más.

Quizá le resulte más fácil pedirle a alguien que le ayude a blanquearse, porque es muy difícil hacerlo una misma en la espalda. Y resulta aun más difícil mantener mojadas esas partes más obscuras sin mojar las otras partes que no requieren tanta solución. Dos jóvenes que necesiten blanquearse pueden hacerlo juntas alguna noche que estén desocupadas y librarse de la mayor parte de sus tostaduras.

Una vez que la piel tenga un tono parejo, las aplicaciones nocturnas de limón y agua oxigenada (para ello se palmea la solución con un pedazo de algodón sobre el cutis), terminarán el tratamiento en muy poco tiempo.

Y ahora consideremos las precauciones que deben observarse. El tratamiento que recomendamos en este artículo es perfectamente seguro para aquellas que tengan un cutis normal o propenso a la grasitud. Aquellas que tengan un cutis excepcionalmente sensible o propenso a ser seco, deben tomar medidas de precaución.

Otros métodos que he recomendado requerían el empleo de cremas antes de aplicar las soluciones para blanquear, pero resultaban muy molestos y engorrosos.

La tostadura de sol tiene una tendencia a secar la piel aunque ésta no lo sea por naturaleza. Por lo tanto, a no ser que usted esté segura que su cutis está suplido con una cantidad normal de aceite, sería muy conveniente que siguiese el plan siguiente, durante una semana antes de comenzar a blanquearse.

De noche, después de limpiar bien el cutis, masaje una cantidad generosa de aceite de oliva sobre todas las partes tostadas por el sol. Se asombrará, sin duda alguna, de la forma en que la piel absorbe el aceite como una planta descuidada absorbe una lluvia necesaria. Si queda en la piel un poco de aceite después de diez o quince minutos, remuévalo con una toalla suave o con las servilletas de papel especiales para remover cremas. Repita este procedimiento todas las noches durante una semana. En los casos de extrema sequedad, sería recomendable repetir las aplicaciones de aceite después del tratamiento de blanquear durante todo el tiempo que se crea necesario.

FIN

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

"Elévate", revista literaria ilustrada, de San Francisco. Número 2.

"Doctrina Radical", revista de orientación partidaria. Número 2, septiembre, Buenos Aires.

"Cursos y Conferencias", revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, junio de 1932, Buenos Aires.

"Touring Club Argentino", revista mensual, septiembre de 1932, Buenos Aires.

"Revista de Comercio" (Canadá-Hispano América), agosto de 1932.

"El Orden", de Tucumán. Septiembre 14 de 1932. Número extraordinario editado en la fecha del cincuentenario de su publicación. Secciones en rotograbado con magnífico y selecto material literario y gráfico.

"Revista de la Cruz Roja Argentina", número 111, agosto de 1932, Buenos Aires.

"Boca Juniors", órgano oficial del club, número 12, septiembre de 1932.

Boletín de Estadística y Jurisprudencia". Editado por la policía de la capital. Volumen correspondiente al primer trimestre de 1932, Buenos Aires.

"Lista de las últimas obras argentinas ingresadas en la Biblioteca Nacional" (enero-junio), folleto.

"Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales", publicación de la Universidad Nacional del Litoral. Volúmenes números 13 al 15.

"Revista de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires", publicación mensual, septiembre, octubre y noviembre de 1931.

Los REPORTAJES de MUNDO ARGENTINO

HABLAN LOS VETERANOS: "Es INMORAL que el DEPORTE esté FISCALIZADO por los MIEMBROS de los MISMOS CLUBS", dice GUILLERMO A. JORDAN

Por AGUSTIN SELZA LOZANO

ENTRE la legión de sportsmen que tanto han trabajado para arraigar y popularizar al football, hay un colaborador extraordinario que se destacó siempre por la energía, perseverancia incansable y noble espíritu de deportista. Nos referimos a don Guillermo A. Jordan, ex jugador, referee, dirigente y el más grande difundidor de las leyes del juego del football.

Este caballero, hoy presidente del jurado de honor de la Liga Argentina de Football, fué fundador del inolvidable Alumni A. C. Jugador y animador del Lobos A. C. y del English Highs School en 1892-93; del Flores A. C. hasta 1899, y después del Alumni hasta 1901. Referee oficial e internacional desde 1902 hasta 1920; tesorero de la Asociación Argentina durante varios años; consejero de la Federación Argentina hasta la fusión de esta con la Asociación Argentina; presidente durante algunos períodos de la Federación Comercial de Football y del Quilmes Athletic Club hasta hace un par de años, y en toda época difundidor y comentador de las leyes del football, fué siempre el constante e infatigable animador y consejero prestigioso de quienes el football dirigieron y dirigen.

Este hombre ha consagrado su vida a los deportes, pero en especial al football, que le debe en todos sus aspectos mucho de lo que en la actualidad es. Fué siempre su activo propulsor y en todas las épocas de su vida ha dedicado sus ocios al deporte que es hoy pan del pueblo. Es, sin disputa don Guillermo A. Jordan el leader que desde el ya lejano día en que abrazó la causa del deporte, jamás la abandonó. En la parábola descendente de la vida, lucha por el football con el mismo afán, calor y optimismo de sus años juveniles, pues es preciso decir que está preparando un libro, el más completo de cuantos hasta el presente se hayan editado en nuestro idioma, sobre el football, sus leyes y comentarios.

Hay, pues, en este hombre por las cosas del football tan gran cariño y amor, que es menester decir que juntamente con don Alejandro Watson Hutton, es merecedor del respeto y la gratitud de todos los aficionados argentinos. Por el football han derrochado lo más preciado de su juventud, y por el deporte ofrece, en edad madura, en sus consejos, la savia de su saber y experiencia.

En Quilmes, donde reside el padre de los referees, lo hemos encontrado engolfado en los textos que hablan del deporte. Tenía a su frente las cuartillas que pronto irán a la imprenta para editar su gran libro sobre las leyes y los comentarios que las interpretan con exacta justicia. Lo abordamos para el reportaje, y he aquí las impresiones de este veterano e infatigable deportista.



Estos son los hombres que iniciaron la gloriosa trayectoria de Alumni, cuando en 1900 se llamaba English High's School, y que conquistó por vez primera el título de campeón. Al año siguiente, ya con el nombre de Alumni, ratificó su valer al obtener el campeonato y la copa de Competencia. En esta fotografía aparecen, de izquierda a derecha, primera fila y de pie: J. Mac Keen (referee), Carlos C. Brown, Alejandro Watson Hutton (el padre del football argentino), Armando Coste, Mr. Brown (padre de los famosos jugadores del mismo apellido) y Buchanan. Segunda fila, sentados: Guillermo A. Jordan, Tomás Brown, Arturo E. Mack (capitán), Elías Brown y Eugenio Moore. Tercera fila: Juan J. Moore, S. U. Leonard y Heriberto H. K. Jordan.

EL FOOTBALL DE AHORA

—*¿Qué concepto le merece el football que hoy se juega?*

—Es mucho más rápido que el de pasadas épocas. La nueva ley del offside es una de las causas que ha motivado esa rapidez, sin desconocer por ello que los jugadores de ahora son muy veloces y de rápida concepción para realizar las jugadas. Mas frente al arco carecen de codicia, no shotean desde lejos, y parecen haber olvidado aquella máxima tan conocida en football: "Goales son triunfos".

—*¿Quiere*

(Continúa en la página 27)

Don Guillermo A. Jordan, en su amplia biblioteca, documentándose para escribir la gran obra que prepara sobre el football.



El team del C. A. Estudiantes, el primer cuadro criollo que ascendió a primera liga. En él jugaban P. Mac Carthy y Maximiliano Susán. Don Guillermo A. Jordan aparece a la derecha, cuando actuaba de referee.

LAS TRAGEDIAS DEL DESIERTO

PERDIDO en la NIEVE

Por MARTIN INCHAUSPE

Tremenda tragedia la del hombre que se pierde en la extensión nevada de los desolados campos patagónicos. Llega un momento en que el frío lo muerde y empieza a ascender desde las extremidades hasta el corazón. En tal trance sólo un milagro puede salvar la vida "del que se perdió". Tal es lo que ocurre en este cuento.

EN distendimiento muscular poderoso el visitante se irguió y dijo con tono categórico:

—Me voy. Ya he molestado bastante. Es tiempo de que regrese a mi rancho.

—No haga macanas, amigo — respondió el dueño de casa, Mariano Guerra. — Quédese ni aunque sea hasta mañana. Aurita no más va a nevar.

—No me parece: ¡hay sol!

—¡Cierto, pero... mire p'al lao de la cordillera! ¿A que no ve las puntas de la Horqueta y del Cerro Pelao?... ¡Si hasta la mesma Sierra Atravesada está tapada de nubes hoy! Y acuérdese de los "nucos". Cantaron toda la noche. ¡Uuaj! ¡Uuaj! ¡Uuaj! ¿No los oyó, amigo?... No se vaya; vea que lo va a agarrar la nieve en el campo y de a pie.

—¡Bah!... y que me agarre. ¡P'al miedo que le tengo!

—Se conoce qu'es cría e vasco. ¡Haga su gusto en vida!, pero en fija no va ver caminao media legua cuando se le va a descolgar la nevada. Pudiera ser que le diera tiempo a llegar a "Carro Roto" aunque lo dificulto...

Hablando habían salido afuera. Por el agujero negro, que era la puerta de la cocina del "puesto" surgía un humazo pesado que iba extendiéndose al ras de la tierra como imposibilitado de alzarse, achatado por la opresión de la humedad ambiente, y desflecándose en copos grisáceos que se perdían rodando por sobre el valle extenso.

La nieve cubría con su blancura la extensión que abarcaba la vista. Blanco todo: la sierra aledaña, los bosques, el valle; con blancura pareja, igual, desesperadamente monótona. Al poniente los duros macizos de la Cordillera Grande, atemperados sus riscos pelados por el albo sudario, ostentaban sus picos nimbados por guedejas de nubes plomizas, que parecían descender lentamente por los faldeos.

Roberto Cildáñez armó en silencio un cigarrillo y contempló detenidamente la lejanía hermosa de luminosidad.

En el valle, una tropilla "escarbaba" apresuradamente la gruesa capa de nieve para descubrir los "neneos", que devoraba con avidez, ablandados como estaban por la humedad.

Mariano Guerra, "don Mariano", raspó un fósforo, encendió el grueso "armado", y señalando con su índice sarmentoso la sierra, observó:

—Vea como baja la nevada; y por el ruido debe ser "volada". No se exponga, compañero...

—Nu hay peligro. Ya veo que viene "voladora", pero antes de que me alcance estaré en el "rial" de Cañulef.

—¡Hum! Puede ser, pero... se mi hace que dentro de un rato estará de vuelta.

—¿Me ha visto echar lo 'e la taba, algún'ocasión, don Mariano?...

—No; nu'es eso, pero no se ha de jugar así con la vida... ni con la muerte.

Roberto, agachado, se ajustó los tientos que acordonaban sus gruesos "tamangos de cuero crudo" y al enderezarse se afirmó la faja y tendió la mano en despedida al dueño de casa.

—¡Hasta la vista, don Mariano! En cuanto se derrita la nieve vendré a apartar. Yo debo tener cerca de cien animales suyos, capones y borregos casi todos. El otro día encontré en la orilla del lago un carnero vejancón, pero de buena clase. Conocí la señal de los que usted trajo de las pampas: aujero y paletilla en la derecha y martillo de abajo con muesca adelante en la izquierda. Lo tengo con los míos...

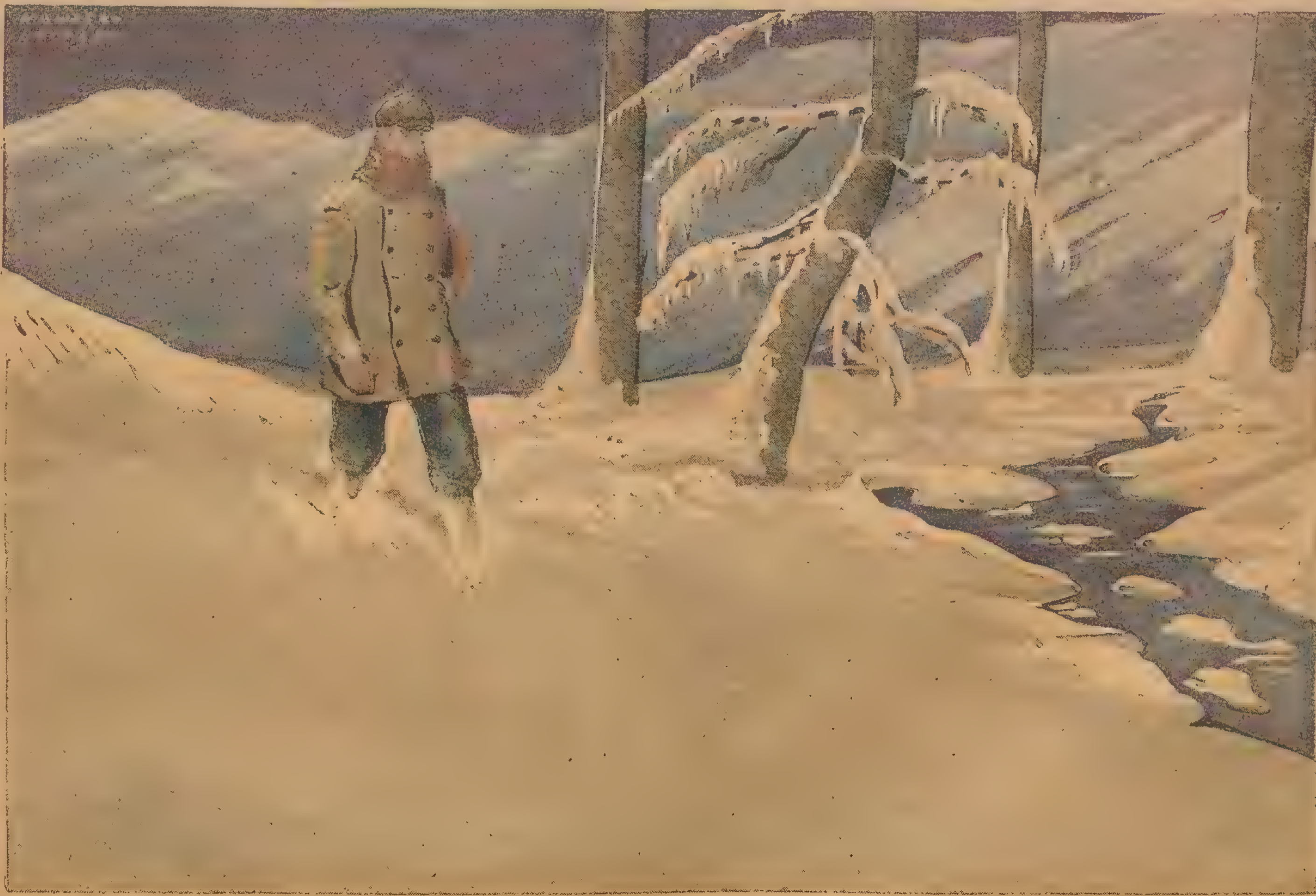
—¡Gracias! Es el más viejo de ésos. Lo echaba de menos, pero no le podía cortar rastro. Debe habérmelo arriado algún temporal con algunos "capones señuelos" que me faltan. En cuanto aclare el tiempo los iré a buscar. En mi majada también hay algunos animalitos suyos...

—¡Adiós, entonces! — exclamó el más joven de los dos hombres alejándose ya.

—¡Que le vaya bien, Roberto! Apúrese que ya brama cerca...

Efectivamente, a mitad de la altura se oía un sordo rebramar, a ráfagas que remedaban silbidos y en la punta de la tormenta se diría que venía cayendo tupida garúa.

Bajo la enramada, don Mariano quedó largo rato mirando en silencio al que se iba.



Todo vestido de cuero, avanzaba lenta, pero firmemente, hundiéndose hasta las rodillas y dejando marcada en paralelos surcos sus pisadas en la nieve blanda y fofa. Apenas alzaba los pies del suelo, mostrando en ello su gran baquía en tales trances, y ligeramente encorvado hacia adelante estiraba el paso largo y seguro, sin esfuerzo aparente. No tardó en perderse de vista y el viejo, sacudiendo la cabeza, se encaminó al galpón de su estancia cordillerana.

Cildáñez, vuelto el rostro al poniente, proseguía su marcha en dirección a las altas cumbres y a lo largo del valle. Sobre los faldeos, en alguno que otro "voladero", en que el viento hiciera de escoba barriendo la capa de nieve, se apeñuscaban puntitas de ovejas rebuscando yerbitas secas para engañar el hambre. En lo alto se escucha un silbar humano y el ladrido de un ovejero; ambos sonidos repercutieron fantásticos de irrealidad.

Vedija de lana azulosa que se ensancha hasta tapar el pálido sol invernal, la tormenta cubrió todo el cielo. La obscuridad se fué acentuando en forma impresionante. Los caballos abandonaron su porfiado "es-

(Continúa en la página 49)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING



Una JANET GAYNOR un tanto gordita dibujada por R. Marino, de Mataderos.



Así vió Alfonso Torre, de Bahía Blanca, a LIONEL BARRYMORE en "Grand Hotel".



GLORIA SWANSON bien caricaturizada por Ramón Ricardo Rodríguez, de Cañada de los Nogales (Tucumán).



Una acertada impresión de RICHARD BARTHELMESS obtenida por Jorge R. Butin, de La Plata.



TOM MIX, el celebrado cowboy, bien tomado por Joel R. Scoinel, de Cruz del Eje.

★ ¿Que no crees que MARLENE tenga sólo 27 años? Me parece muy bien... siempre que accedas también a desconfiar de los 19 de MARIAN MARSH, los 21 de CONCHITA MONTENEGRO y los 27... de GRETA GARBO. Porque si, como dices, la alemana no tiene cara de monjita, la sueca tampoco la tiene muy católica que digamos...

a Ruben H.

★ ¿Que si JEAN HARLOW mató a su esposo? ¡Horror! ¡Yo creo que no! ¿Que si JEANNETTE MAC DONALD tuvo un affaire con Humberto de Saboya? ¡Horror! ¡Creo que tampoco! Por lo de JOSE MOJICA, dirígete a Fox Film en la Argentina, Bartolomé Mitre 1759.

a Madame Pompadour.

★ Imaginarás, lector, que detallar aquí todo lo que necesitas para ser actor de cine sería una tarea muy ardua. Si crees que tienes condiciones de artista, entusiasmo y ansias de llegar, dirígete por carta a cualquiera de estas dos compañías: S. A. C. H. A. Manzanera, Tucumán 1460, o Patagonia Film, Ayacucho 550. Y buena suerte.

a Un mendocino.

★ Simpática lectora; si mal no recuerdo (porque has de saber que tengo una memoria pésima), publiqué uno de tus dibujos, es cierto. ¡Pero fué por equivocación! Recién cuando ya estaba diagramada la página me di cuenta de que tu dibujo venía con seudónimo, y me fué imposible volverme atrás. De manera que si quieres ver publicados los demás, envíame tu nombre y dirección. ¡Te prometo que yo solo la sabré..., y que antes de tres días la habré olvidado! ¡Yo me conozco!...

a Heldita.



Con mucha habilidad ha reflejado nuestra colaboradora Rosario Moreno, la característica expresión del astro cinematográfico WILLIAM POWELL.

★ Sí; El proceso de Mary Duggan fué representado infinidad de veces en los escenarios de Londres y Nueva York. En Pimpollos rotos recuerdo que actuaban RICHARD BARTHELMESS Y LILLIAN GISH. El desconocido fué filmado por LON CHANEY, JOAN CRAWFORD Y NORMAN KERRY. LAWRENCE GRAY actúa en el teatro, aunque no se ha retirado definitivamente de la pantalla.

a Hilda Prez.

★ ESTELLE TAYLOR acompañaba a ROSE HOBART en Más allá de la muerte. Mío serás me pareció una pavada. CARLOS VILLARIAS era el Drácula de la versión castellana. ¿Por qué esa película se llamaba La mujer que perdió su alma? ¡Pues porque durante la cinta la pierde! Y en cuanto a esas frases con respecto a mi persona, puedes dejarlas de lado. Yo paso. Ahora que viene el verano temo sofocarme con tanto calor...

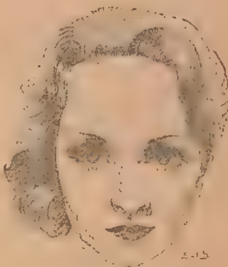
a Samelli R. de K.

★ HARDIE ALBRIGHT se pronuncia Jardie Olbráit, CLIVE BROOK, Claiv Bruk y ROBERT MONTGOMERY tal como se escribe. El primero nació en Charleroi (Estados Unidos), el 16 de diciembre de 1905, mide m. 1.80, tiene ojos azules y cabello castaño. Puedes verlo en Rascacielos, Juventud pecadora y El marido comprado. En cuanto al tuteo, puedes adoptarlo nomás. Te aseguro que me resulta muy cómodo este grado de intimidad.

a Angeliquí.

★ Es preferible que envíes tus dibujos a pluma.

a Felipe Eletti.



Un magnífico dibujo de MARLENE DIETRICH hecho por José Mario Salas (h), de La Plata.



La expresión de JOE E. BROWN acertadamente tomada por Antonio Adrover, de Rojas.



El actor francés MAURICE CHEVALIER. Colaboración de R. Poscet Lastra (Mercedes).



Un buen dibujo es este de JOAN CRAWFORD hecho por Juan Morniroli, de San Antonio Oeste.

★ ¡Hay lectoras que tienen más gracia que un gaitero tocando la gaita! Estas niñas, por ejemplo, protestan porque siempre hablamos de los mismos artistas..., y me salen pidiendo datos de JOSE MOJICA. ¡En fin! ¡Que Dios las entienda! Pepito nació en San Gabriel (Méjico), el 14 de septiembre de 1897. Mide m. 1.83, tiene ojos y cabello negros, y está soltero. Pueden escribirle a Fox Studios, 1401, N. Western Ave. Hollywood, California.

a Enamoradas de J. M.

★ A BABY PEGGY pronto la veremos en las parlantes convertida en una señorita con taco alto y todo.

a E. Gracia Cardona.

★ Tu dibujo de MARLENE DIETRICH era muy bueno. Te felicito. Trabajas muy bien.

a Fernando Espí.

★ JUAN TORENA tiene 32 años cumplidos, y hace ya mucho que no filma. Ahora actúa en las tablas.

a Raquelucha.

★ Hace muy bien el empresario de ese cine al explotar las películas de cow-boys. En esas casos el dinero de los entendidos vale tanto como el de los que no entienden nada...

a Telma Pari.



Otro de los buenos dibujos recibidos es este de Victorio M. Parenti, de Elortondo, que muestra al conocido galán RICHARD ARLEN.

★ Tus dibujos son buenos y se publicarán. Puedes continuar enviando.

a Very Well.

★ Lamento no poder publicar ese retrato que me pides, pues como ves, los lectores han invadido la página con sus dibujos. En cuanto a esas lectoras que me escriben sólo para que les haga un chistecito, no creas que me desagradan. Al contrario; son las únicas que me dan oportunidad de adornar la página con una que otra frase de buen humor.

a Mary Clarck.

★ Tu carta sencilla en extremo, delata al joven que quiere sinceramente llegar a ser algo en el teatro. Ello me alegra, pues evidencia en ti una serenidad nada común en personas de tu edad. Por mi parte, te aconsejo que sigas practicando por ahora. Ganarás mucho, y adquirirás con ello las inapreciables ventajas que la práctica concede. Más tarde, cuando el cine nacional levante un poco la cabeza, creo que habrá llegado tu oportunidad. Entretanto, trabaja.

a Raúl Senrriley.

★ Por lo de JOSE MOJICA, dirígete a Fox Film en la Argentina, Bartolomé Mitre 1759. La última de RAMON NOVARRO es Amante imposible. En cuanto a esos asuntos teatrales, no he de referirme.



Federico Daloisio, de Casilda (F. C. C. A.), ve así a la estrella GRETA GARBO.

me por cuanto, como ya he dicho, "no son de mi jurisdicción".

a Mata Hari.

★ Envía los dibujos con tu nombre y dirección. No publicaré ninguno más que no llene ese requisito.

a Mirco Repetto.

★ Hija mía: tal como lo supones, empalidecí de risa al leer tu carta. Créeme; no soy ese cronista ni tengo esa doble personalidad que tú me atribuyes.

a Nica Freyre.

★ Tus dibujos son realmente magníficos, y se publicarán casi todos. ¿Quién es esa chiquilina?

a José Arroyo.

★ **RICHARD TALMADGE** está ahora haciendo cosas raras en un circo ambulante de Estados Unidos. Difícilmente lo volveremos a ver en el cine. Ni creo que lo echemos de menos...

a Emma Gozotti.

★ **HARDIE ALBRIGHT** y **MARION DAVIES** hacen esos papeles.

a C. T.

★ **DOUGLAS FAIRBANKS** y **BEBE DANIELS** actúan en Alcanzando la luna. A él pronto lo volveremos a ver en Robinson Crusoe con **MARIA ALBA**.

a Bernalense.

★ Señorita Wuanther; si usted no conoce el motivo por el que ese párrafo a que alude no fué publicado en **HABLAN LOS LECTORES**, yo se lo diré. Fué sencillamente porque ocupaba mucho espacio. No es esta la primera vez que debo llamar la atención de los lectores en lo referente al envío de colaboraciones largas. No puedo disponer de más espacio en **"Mundo Argentino"**, que por otra parte no es muy escaso que digamos. Usted, como tantos otros colaboradores, parece no haber prestado atención a mi advertencia y envía escritos largos. Yo los recibo y los corto por donde me parece mejor. Que es lo más que puedo hacer. La última colaboración por usted remitida para **HABLAN LOS LECTORES** consta, por la parte baja, de quinientas palabras. ¿Cree que sería justo publicar eso y robar así el espacio que corresponde por lo menos a cuatro lectores más? ¡Recapacitemos y tengamos en cuenta que si todos hiciesen lo mismo se publicarían apenas dos colaboraciones por semana en lugar de las ocho o diez de costumbre

a Dolores Wuanther.

COLABORE EN EL CORREO CINEMATOGRAFICO

enviando dibujos de artistas u opiniones referentes a cualquier motivo relacionado con el séptimo arte.

Haga que los demás lectores reconozcan su habilidad como dibujante o su forma de encarar las diversas fases del cinematógrafo.

★ A mí no me extrañan mucho las aventuras amorosas de **CHAPLIN**. Al contrario, me parecen lógicas. ¡Como tiene la cabeza cubierta de canas..., no es extraño que de vez en cuando quiera echar una al aire!...

a Lolita.

★ Si no me envías tu nombre, no publicaré tus dibujos. El de **CHARLES BICKFORD** apareció por excepción. Pero nada más...

a Irine.

★ Sí; su nombre verdadero es **CONCEPCION MONTENEGRO.**

a Mari Luz.

★ Te agradezco tu deseo de emparentarte conmigo, pero no puedo aceptarte como biznieta. Si no te vas tan lejos es posible que nos entendamos...

a Biznieta de King.

★ Puedes enviar tus dibujos. Al principio de tu carta creí que quien la escribía era una mujer. ¡Contiene unos términos tan dulces! Y ya iba, conforme a tu pedido, a revelarte mi nombre cuando, ¡qué horror!, vi que quien firmaba era un hombre. ¡Oh desilusión! ¡Adiós románticos pensamientos míos! ¡Un hombre preguntándome cómo me llamo! ¿Si me querrá raptar?...

a A. Juncos.

¡Abajo el cine hablado y parlante! Este lamentable remedo del verdadero cine y del teatro a la vez tiene en mí al más ferviente antagonista. ¡Que vengan las hermosas películas mudas de antaño en que el silencio mantenía palpitantes la emoción y el entusiasmo del espectador como por arte de magia! ¡Nada de ridículos "talkies", en muchos de los cuales un drama con miras de ser aceptable queda lastimosamente arruinado con la intercalación (hecha tal vez en su punto culminante), de algunas de las necedades "habladas, cantadas y bailadas" tan comunes en el seudocinematógrafo del presente.

Roberto Kearney (Pergamino).

Al señor Pascual Liguori: al calificar de brillante la actuación de Marlene Dietrich, usted deja la impresión de ignorar lo que es el arte. Porque verdaderamente la alemana no ha hecho nada que justifique la fama que ustedes los marlenistas le quieren dar. Si desea buenas interpretaciones, vea a Greta Garbo en cualquiera de sus películas; la actriz que, gracias a sus dotes artísticas, ha sido colocada en el pináculo de la gloria.

Domingo A. Clerici (Mendoza).

EN NOVIEMBRE CUMPLEN AÑOS...

Laura La Plante (28)	el 1	**Jack Oakie (29)**	el 14
Don Alvarado (28)	„ 4	**Lewis Stone (53)**	„ 15
Joel Mc Crea (27)	„ 5	**Lawrence Tibbett (37)**	„ 16
Hugh Allen (29)	„ 5	**Betty Bronson (26)**	„ 17
Mona Maris (22)	„ 7	**Nancy Carroll (26)**	„ 19
Marie Prevost (34)	„ 8	**Reginald Denny (41)**	„ 20
Marie Dressler (61)	„ 9	**Boris Karloff (45)**	„ 23
Roland Young (35)	„ 11	**Corinne Griffith (35)**	„ 25
Raquel Torres (24)	„ 11	**Kay Johnson (27)**	„ 29

Señor: ¿Sufre usted de insomnio? ¿Quiere conciliar el sueño? Vaya a ver "Mi último amor" y, con sus canciones, al momento quedará dormido. Señores directores; no queremos a Ana María Custodio haciendo caídas de ojos a lo Greta Garbo ni a José Mojica haciéndose tan el interesante, pues él mismo se pone en ridículo.

I. Esteban (Capital).

Me agrada sobremanera Ramón Novarro, especialmente cuando hace películas del tipo de "Ben Hur" y "Amor pagano". Y protesto, finalmente, contra aquellos espectadores que en la parte triste de una película ríen como chiquillos.

Atilio Maldonado. Ingenio Amalia (Tucumán).

Ni yo ni Ciro Accurso somos "viejos verdes" para preferir la piernas de Marlene al arte de Greta Garbo. Señorita Alba A. Santander: vea a la incomparable artista en "Mata Hari" y comprenderá, si su cerebro se lo permite, el verdadero significado de la palabra "artista". ¿Acaso no ha visto usted "El expreso de Shanghai"? ¡Qué expreso!... ¡Qué café a achicoria nos hace tragar la Dietrich!...

Luis Schipani (Capital).

Señorita Ilda A. Chiesa: No necesitaba usted haber firmado su carta para darme cuenta de su condición de mujer. Porque yo no sé qué le encuentra usted a Barry, que fuera de su hermosura no tiene nada de extraordinario. Y en cuanto a eso de que Barry es el mejor actor y galán de la pantalla, es una mentira criolla más grande que una casa. De Carlos Villarias no digo nada, pero reconozco que es mejor actor que Barry.

E. W. Campoamor (Tolosa).

HABLAN LOS LECTORES

Protesto por lo dicho en la colaboración de Rodolfo Smith sobre la actuación de Ramón Novarro. ¿Acaso ha visto él varias películas interpretadas por el citado astro, o habrá solamente tenido ocasión de ver una de esas en que, por culpa de los directores, no ha tenido papel para lucirse? Sin embargo, señor Smith, estoy de acuerdo con usted en lo que dice de Barry Norton. Creo que nuestro compatriota necesitaría, por lo menos, tener más pinta de hombrecito.

Nilda Rollan (Rosario).

¿Cuáles actores considero mejores? Para verdadera hombría tenemos a Wallace Beery, Charles Bickford, Clark Gable, Gary Cooper, Juan de Landa, etcétera, etc. Barry Norton, Ramón Novarro, Robert Montgomery y Don Alvarado sería mejor que se retiraran del cine para no volver.

Marcelino J. Marín
Santa Isabel (F. C. P.).

Comparto en todos sus puntos la opinión de "India" acerca de Clark Gable, y estoy seguro que no somos los únicos que pensamos así. Como en otra oportunidad dije a King y hoy me complazco en manifestar a los lectores, si Clark Gable continúa desempeñándose como hasta ahora acabará con la fama de Ramón Novarro, que se empeña en darnos cansadoras interpretaciones llenas de feminidad. ¡Sólo falta ahora que salga alguna "novia de Ramoncito" que me contradiga!

Juan O'Brien (La Plata).

Considero injusta la apreciación que sobre las parlantes hace el señor Leopoldo Ruiz. El cine sonoro, a pesar de sus pocos años nos ha dado ya muchas obras de arte que pueden ser comparadas con las más grandes del cine mudo. Algunas de ellas: "Alma libre", "El campeón", "Cimarrón", "Aleluya", "Simiente", "Fatalidad", "El rey romántico", "El desfile del amor", "El rey del jazz", etc., etc.

Mario M. González (Córdoba).

Me indigna mucho lo que dicen de Greta Garbo. Hablan de "Mata Hari", sacan a relucir el 42 de la sueca. Hablan de ella, pero no de Marlene, la alemana insulsa. Dicen que es hermosa. Yo me quedo con Marie Dressler y no con ella. Tiene unas cejas exageradas que parecen hilos, unos ojos de gata, una nariz bastante pronunciada y una boca bastante grande. Casi tanto como la de Greta... Y la sueca, para mí, no es la única estrella del cine que tiene fealdades.

Carlos A. Ruiz
Puerto Madryn (Chubut).

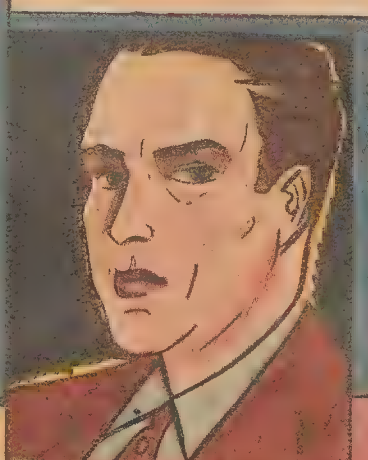
NUESTRO NUEVO FOLLETIN

El HOMBRE SIN

NOVELA de JOSEPH ANTHONY


Alan Fraser


Vida Satterlee


Samuel Webley

CAPITULO I

A las once de una noche fragante del mes de mayo, la vieja sirvienta de color de Alan Fraser, muy impropiamente llamada Azucena, fué trastornada cuando Fraser hizo irrupción en la cocina, y tomándola de la cintura comenzó a bailar con ella un alegre fox-trot alrededor de la mesa. Por fin se detuvo, dándole a la frágil negra una oportunidad para recuperar el perdido aliento y gritando jubilosamente:

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! ¡Te lo digo, Azucena: lo he conseguido!

—¡Dios me ampare, señor Alan! ¡Qué susto me ha dado usted! Si lo que ha conseguido es para lo que ha estado trabajando en su laboratorio durante estos tres últimos años, entonces lo felicito de corazón.

— Eso es exactamente a lo que me refiero — le contestó Fraser. — Oye, Azucena: tengo que salir a caminar un rato. Tengo que respirar un poco de aire fresco.

— Señor Alan — empezó a decirle la privilegiada Azucena; — todo lo que deseo es que no vaya a ir a visitar a esa señorita Satterlee. Usted es demasiado bueno para una mujer de sociedad tan orgullosa como ésa.

Fraser le sonrió con buen humor, y sin detenerse a tomar su sombrero, salió de la cocina. "Rob", su enorme perro ovejero, se escurrió detrás de él, y temeroso de ser descubierto, corrió en pos de su dueño ocultándose en las sombras.

Una vez en la calle, Fraser comenzó a caminar cuesta arriba con pasos desiguales que más parecían los de un ebrio; luego se detuvo un instante para admirar las estrellas que brillaban con fulgor extraordinario en un cielo límpido.

Durante tres años de lucha intensa, el incansable Fraser había trabajado con ardor en su laboratorio solitario, invierno y verano, día tras día, absorbido completamente en su propósito, como un leñador golpeando constantemente sobre los árboles que tiene que derribar. El trabajo que le tenía esclavo diez y seis horas por día y soñando con él durante las otras ocho, consistía en encontrar el remedio de una maligna enfermedad tropical que había invadido el Norte, y que venciendo los mejores esfuerzos de la ciencia, año tras año hacía miles de víctimas. Y Fraser creía haber descubierto el remedio. A cada momento se murmuraba a sí mismo: "Espero no haberme equivocado."

Pero no podía existir error. Había comprobado sus resultados demasiado a menudo y cuidadosamente para que eso ocurriera. El suero obraría. ¡Ya había obrado! Miles de hombres y mujeres se salvarían año tras año de la muerte, tan definitivamente como si él los sacara de una inundación en la que estuvieran ahogándose.

A medida que continuaba su camino por la agradable y fresca obscuridad de la noche, Fraser comenzó a pensar si le haría alguna impresión a Vida Satterlee que él le revelara el secreto que se escondía en aquella larga fila de tubos de experimentación. Luego sacudió la cabeza con vehemencia. Consideró que la idea de ir a hacer alarde ante Vida de su descubrimiento antes de que éste fuera presentado a las autoridades científicas, era algo aventurado. Esperaría que la ciencia aprobara su suero, y entonces sí se lo diría. Pero en el caso de que ella estuviese aún levantada, no había mal alguno en que él se acercara a la casa para presentarle sus saludos.

Al subir por la pendiente que conduce a las tranquilas calles de la parte Oeste del pueblo de Ashcliffe, muy pronto se encuentra uno dentro de una zona de enormes "lawns" y casas aristocráticas, que continúan subiendo la escala de la soberbia a medida que uno continúa ascendiendo. Fraser llegó a la Summit Avenue, donde una fila imponente de mansiones costosísimas, rodeadas de espléndidos jardines, se diría que miran con soberbia por entre un bosque de álamos las casas más humildes de la aldea. Dando vuelta hacia la derecha, se encontró de pronto frente al suntuoso portal de la residencia majestuosa de los Satterlee, totalmente bordeada de álamos.

—¡Oh, mira quién está aquí! ¿No quieres entrar un rato, Alan? — oyó Fraser que le decía una voz tranquila y musical. Levantando la mirada, vió a Vida, fresca y estatuaria, luciendo un elegante vestido de lamé de plata, sus grandes ojos grises con un débil tinte verdoso, brillantes bajo la luz generosa del portal. Estaba reclinada en un sillón, y al lado de ella se encontraba Samuel Webley, jugador de polo, campeón de saltos ornamentales, excelente volante, y, en general, uno de los motivos de orgullo de la vida social del Summit Avenue.

En más de una ocasión, Samuel había manifestado abiertamente que, a su modo de ver, un bacteriólogo era apenas algo mejor que un barrendero municipal. La salvación de mil vidas, o aun las cien mil, le parecía poco, a menos de que la suya, tan preciosa, estuviera incluída entre ellas. Ahora, al levantarse para franquearle la entrada a Fraser, le inquirió con un cortés aunque desdeñoso sarcasmo:

—¿En qué linda enfermedad asquerosa está usted trabajando ahora, Fraser? Espero que no se la habrá traído consigo. ¿Entrará un rato?

Fraser se echó hacia atrás, no siendo su deseo el de interrumpir, particularmente, tratándose del elegante señor Webley. Pero "Rob", el grandote ovejero, habiéndolo seguido sin ser invitado, no se detuvo



PASADO

Iniciamos la publicación de EL HOMBRE SIN PASADO, folletín de extraordinario interés en el que se describe el caso de un hombre de ciencia que debido a un accidente pierde la memoria. Su pasado ha desaparecido, es como si fuera otro hombre, y a partir de ese momento dramático, la novela cobra una importancia singular, sugestionando al lector con los episodios que van ocurriendo alrededor del personaje herido por la fatalidad. EL HOMBRE SIN PASADO pertenece a la categoría de esas novelas que tienen tal poder de sugestión, que comenzar a leerlas es terminarlas, pues el sostenido interés hace no abandonar la lectura hasta su última palabra.

en ceremonias. Corriendo subió los pocos escalones, moviendo la cola con entusiasmo, llevándose por delante a Samuel Webley, como a una persona de ninguna importancia, y se detuvo al lado de la señorita Satterlee.

—¡Eh, "Rob", ven aquí! — le ordenó Fraser, notando la presencia del perro por primera vez. Pero "Rob" solamente le respondió con un ladrido de alegría, colocando las patas sobre la silla de Vida Satterlee como una demostración de aprecio.

La señorita Satterlee se incorporó bruscamente, sacudiéndose el vestido. De una manera rápida y sorprendente, la serenidad de sus hermosas facciones se trocó en una expresión de severa petulancia.

—Alan, si es que debes venir a esta hora a visitarme, desearía, por lo menos, que no trajeras contigo este perro tan sucio — le reprochó ella. — ¡Ya sabes cuánto odio a esos peludos ovejeros!

Fraser le silbó ásperamente al mal educado "Rob", el que se apresuró a bajar con la cola entre las piernas.

—Lo siento, Vida. Había salido solamente a caminar un rato y no noté que el perro me había seguido.

Scog volvió a cerrar la puerta.

—¡Buena suerte, Fraser! — le dijo. — Trabaje mucho y conviértase en un gran hombre de ciencia, y algún día conseguirá que una hermosa enfermedad lleve su nombre...

Alan Fraser no se molestó en contestarle. Había hecho el viaje de las estrellas a la tierra demasiado rápidamente, y todo lo que podía recordar en ese momento era la mirada fría e indiferente de los preciosos ojos de Vida Satterlee en su momentáneo disgusto. La alegría y el esplendor de esa noche, en que se había sentido tan feliz por su descubrimiento, habían desaparecido completamente.

No es nada extraño que un hombre se enamore de una mujer a quien, según las leyes de la lógica, debería despreciar. Vida Satterlee era una egoísta en grado superlativo, pero tenía un par de ojos grandes y bellos, y Fraser la amaba. Era tan altanera como una princesa visitando una prisión, pero en toda ella había un aire de gracia y distinción inigualables, y Fraser la amaba. Parecía complacerse en tenerlo a su lado con la única intención de mortificarlo, pero... él la amaba. Lo cual nos demuestra que, después de todo, la lógica no tiene importancia fuera de los textos de estudio.



—¡Oh, mira quién está ahí! ¿No quieres entrar un rato, Alan?

CAPITULO II

A la mañana siguiente, después de haber completado sus tres años de trabajo en el laboratorio, Alan Fraser se levantó con dos decisiones. La primera consistía en poner en orden las fórmulas de su descubrimiento, mandarlas a una poderosa organización científica y dar ese asunto por terminado hasta que ella se encargara de revisar y hacer experimentos con el suero que creía haber descubierto, lo cual, por lo menos, tardaría unos cuantos meses. La segunda consistía en ponerse en campaña inmediatamente, sin perder un solo día, para aprender a hacer absolutamente todo lo que sabía ese Samuel Webley, sportsman y hombre de mundo. No tenía mucha esperanza de que de esa manera podría elevarse en la estimación de Vida, o aun en la de Samuel, pero debía probarse a sí mismo de que no era tan inferior a Samuel Webley, como éste pensaba.

Ese mismo día Alan Frase se dirigió a Nueva York, guiado por su quijotesco plan. Deteniéndose únicamente para hacer los arreglos de su alojamiento, dirigió sus pasos hacia un edificio de piedra marrón, muy antiguo, que se encuentra en el Central Park. En el piso bajo de ese establecimiento se encuentra la oficina principal de una famosa academia de equitación, y en el piso más alto la academia de cultura física de Mike Donovan, ex campeón mundial de peso liviano. Era a la academia de Mike Donovan donde se dirigía Alan Fraser, y he aquí lo que dijo una vez que llegó:

—Señor Donovan, durante los tres últimos años he estado trabajando diez y seis horas diarias. Ahora deseo aprender algunas de las cosas que antes no he podido por falta de tiempo: boxeo, equitación y natación. ¿Puede usted ocuparse de mí?

—¿Eso es todo? ¿Y cuándo piensa usted desafiar a Dempsey? — se aventuró a decir Donovan en tono de broma. — Bien, si usted quiere tener a bien quitarse la ropa, veremos lo que se puede hacer.

Diez minutos más tarde le decía el veterano atleta:

—Se lo diré con franqueza, señor Fraser: usted debe tener la contextura de un buey, pues de otra manera no me explico cómo ha podido hacer la vida estúpida que ha estado haciendo. Mi consejo es que se vaya a su casa y descanse, por lo menos, un par de meses antes de ocuparse en estas cosas. Piense que sus nervios no son de acero, aun cuando ha tenido la suerte de poseer un cuerpo que lo es.

—Esperar — dijo Fraser — es justamente lo que no tengo intenciones de hacer. Eso es lo que he estado haciendo durante muchos años, y ya me ha bastado.

—¿Y cuál es, si se me permite preguntar, el motivo de su apuro?

—Eso — le replicó Fraser — es asunto mío.

—Que en otras palabras significa que usted está enamorado — recalcó Mike Donovan. — Conozco muchos casos como el suyo. Usted quiere conseguir todos los — ¿cómo se llaman? — adornos varoniles, a fin de no ser suplantado por un rival... No, no se ruborice usted por lo que yo le digo. Está bien; si usted "tiene" que hacerlo, estoy dispuesto a ponerme a sus órdenes.

Las seis semanas que siguieron en la vida de Fraser, diferentes como eran de los últimos tres años, fueron, si es posible, más activas. Se dedicó a aprender a boxear, a nadar y a andar a caballo con la misma intensidad con que se había dedicado a descubrir el suero que aliviaría a sus semejantes. Durante su primera lección de box, en lugar de portarse con la timidez habitual de un novicio, atacó tan agresivamente, que Donovan, en defensa propia, tuvo que ponerlo knock-out.

Lo que había pasado fué que durante un momento Fraser tuvo la ilusión de que la cara serena de Mike Donovan era la de Samuel Webley.

—¡Vamos! — exclamó Mike, mientras trataba de reanimar al ambicioso principiante.— Lamento haber tenido que ponerlo fuera de



combate, señor Fraser; pero, por lo que vi, usted traía esas intenciones para conmigo...

Fraser se sentó, y ante la estupefacción de Donovan, una sonrisa amplia se dibujó en su rostro a medida que recuperaba su color.

— Nó se moleste usted por ello — le contestó. — ¿Podemos continuar la lección?

— Señor Fraser, a fe mía que estoy viendo en usted a un gran sportsman.

El elogio de un rey no hubiera sido cosa más difícil de conseguir.

En la pileta de natación a la que lo había mandado Mike, Fraser se condujo con la misma intensidad. Recordando las elegantes zambullidas de Samuel Webley, se tiró confiadamente del trampolín antes de haber aprendido a hacer media docena de brazadas; cayó como una pelota al agua y pareció que había decidido quedarse en el fondo de la pileta para descansar y meditar, cuando el asustado instructor se zambulló para sacarlo. De allí salió echando agua por nariz y boca, pero sonriente. En la academia de equitación insistió en montar un potro, para empezar, y de ese modo aprendió las varias formas de caerse de un caballo; pero siempre conservaba la sonrisa de buen humor.

Desgraciadamente para Fraser, a Samuel Webley se le ocurrió ir a la ciudad y llegó hasta la academia de equitación para probar un nuevo pony de polo. Lo que allí oyó sobre las actividades de Fraser le hicieron apresurar el regreso con una alegría desconocida, la cabeza llena de planes para la más perfecta, la más tumultuosa y la más monumental broma que jamás se haya inventado. Esa noche, en una fiesta en la casa de Vida Sarttelee, les contó la historia, aderezándola con embellecimientos de su propia factura, y agregó:

— ¡Vida, tengo una idea estupenda! Tú tienes pensado ir a tu residencia del bosque la semana entrante, ¿verdad? Bien; yo he pensado en la manera de dar a Fraser una ocasión para que luzca sus flamantes conocimientos, y, lo que es más, todos de una vez. Escucha...

Y el plan que delineó Samuel fué, sin duda, algo endiablado, pues produjo entre los presentes sonoras carcajadas que duraron hasta bien entrada la noche.

Fraser terminó sus actividades deportivas una mañana de esa semana, y dejando Nueva York, regresó a su casa en Ashcliffe. Estaba comenzando a lamentarse de no haber escuchado el consejo de Mike Donovan y de haber descansado. Se sentía rendido, infernalmente extenuado, y estaba empezando a temer el esfuerzo a que se le obligaría una vez que se divulgara el resultado de su descubrimiento.

Ya entrada la tarde de ese día, tuvo ocasión de conocer la primera fase de su futura popularidad al recibir la visita del hombre de negocios Morton Marco. Era éste un hombrecillo vivo, ávido, con ojos de lince, quien le dijo que había oído ciertos rumores respecto al suero recientemente descubierto, y venía a verlo armado de tarjetas y prospectos, ofreciéndole una gran fortuna en el caso de que el hombre de ciencia le permitiera poner el nuevo producto en el mercado. Sin pensar en lo que hacía, Fraser se guardó en un bolsillo el montón de tarjetas y folletos, despidiendo a Marco con la siguiente declaración:

— Aunque a usted le parezca extraño, puede estar seguro de que no es mi intención negociar con el suero. Está perdiendo su tiempo.

Y después, creyendo librarse de esa sensación de fatiga que parecía no abandonarlo, Fraser se recostó en un diván en su estudio. "Rob", llegando sin aliento, se acercó a él cariñosamente. Alan estaba ya por quedarse dormido, cuando oyó que sonaba la campanilla del teléfono.

Lo que Fraser oyó que le decían terminó por despertale rápidamente. Era la voz de Vida Satterlee, quien le hablaba con un tono bajo y en una sucesión de sonidos entrecortados y amedrentados.

—¿Eres tú, Alan? ¡Gracias a Dios! Escucha. ¡A lo mejor, tendré que cortar en cualquier momento! Tú conoces mi pabellón de caza en el bosque, ¿no? ¿Te acuerdas de cómo se llega hasta allí? ¡Bien! ¡Alan, estoy allí ahora y se me tiene prisionera!... ¡Sí, es Samuel! ¡Está ebrio y tiene un revólver! No des aviso a la policía, Alan... ¡Sería horrible si esto llegara a trascender a los diarios!... ¡Ven tú mismo!

Eso fué todo. Él trató de oír algo más, pero la voz había callado; la comunicación había sido interrumpida.

Fraser no esperó más. De un baúl sacó un revólver bastante oxidado, lo examinó para cerciorarse de que estaba cargado, y salió corriendo en dirección al garage, tomando una gorra a su paso por el vestíbulo. "Rob" lo siguió y de un salto se colocó a su lado, en el coche, en el momento que Fraser lo hacía retroceder sacándolo del garage. Y ahora, en el momento de dar vuelta y poner el pie en el acelerador, daba gracias por la energía y la confianza que le daba su poderío de entrenamiento físico. Pronto se encontró subiendo la cuesta, sintiéndose feliz de poder servir a Vida y también de que ella hubiese pensando en él en la hora de peligro.

Cuando llegó nuevamente a terreno llano, el velocímetro comenzó a moverse inquietamente. Cuarenta y cinco, cincuenta, cincuenta y cinco registraba, y aun la aguja continuaba su camino ascendente hasta que llegó casi a los sesenta. Un medio kilómetro atrás, un agente de motocicleta echó al viento sus maldiciones y se puso aperseguirlo. Fraser oía el ronquido furioso de la moto, y al darse vuelta para mirar, el coche patinó peligrosamente. Pero por fin, después de una persecución infructuosa durante unos dos o tres kilómetros, el agente optó por dar por terminada su infernal carrera, deteniéndose cerca de una de las estaciones de la carretera para dar aviso a la policía del próximo pueblo de Woodway.

(Continúa en el próximo número)

HABLAN LOS VETERANOS (Continuación de la página 20)

decir, entonces, que hoy no hay grandes shoteadores?

—Eso es. Ahora los forwards parecen haberse olvidado de hacer goales. Llegan en combinación hasta muy cerca de la valla, pero no tiran. No saben buscar el goal, única manera de ganar partidos. Por eso, cuando aparece un buen shoteador, como, por ejemplo, Bernabé Ferreyra, las multitudes se entusiasman y maravillan frente a sus potentes tiros. En otra época los jugadores con tal cualidad eran muchos y se presenciaban tantos marcados desde distancias respetables.

—¿Cuál es su opinión sobre los capitanes del presente?

—Los cuadros en esta época actúan sin capitán. El capitán sólo sabe de su misión lo más elemental, es decir, elegir la valla, y nada más. A esa pequeña cosa queda reducida su autoridad. Un capitán debe conocer a todos y cada uno de sus hombres, el valer de los mismos, cualidades y virtudes, para que en el momento dado pueda cambiar de táctica y así poder transformar en victoria la derrota que se cierne sobre su equipo. Esa es la verdadera misión del capitán cuando los dirigentes de los clubs saben comprender esto. Entonces podrá apreciarse cuánto valen las órdenes de un capitán sabiamente impartidas durante un partido.

LA MORAL Y DISCIPLINA DE LOS EQUIPOS

—Y de la moral y disciplina en los equipos, ¿qué nos dice?

—¡No me hable, por Dios, de esto! La disciplina no existe. No hay respeto al árbrito, ni a los rivales, ni al público, ni a los dirigentes. Los jugadores son en ese sentido perfectos energúmenos. Nada los amedrenta y proceden siempre poniendo en ejecución medios volentos. Es verdad que hemos progresado en materia de mejor juego, pero también es cierto que hemos retrogradado en la misma proporción, en lo que respecta a disciplina y concepto deportivo. En este sentido, doloroso es decirlo, es una vergüenza lo que ocurre en los fields. Es indigno del noble football que ellos sean escenarios en los que se evidencian pasiones malsanas.

—Usted que fué tantos años árbitro experto y respetado, ¿qué piensa de los de ahora?

—Ahora no hay referees. Los que hacen como tales carecen de energía, no tienen carácter e interpretan las leyes con raro criterio. Es cierto que las autoridades encargadas de elevar la autoridad de los árbitros jamás se han preocupado en hacerlo. Por el contrario, parecería que hubiera un tácito acuerdo para rebajarla, ya que me ha sido dado presenciar escenas en las que los encargados de hacer respetar al árbrito y sus decisiones eran los primeros en desacatarlas y promover protestas que finalizaron casi siempre en trifulcas.

—¿Cree que existe remedio para evitar esas anormalidades?

—Claro que hay remedio. Lo primero que deben hacer los hombres que en sus manos tienen la dirección del deporte, es hacer respetar por todos los medios la autoridad del árbrito. Cuando un referee ha sido inscripto en el registro de la liga, tal honor debe ser abonado siempre y en toda circunstancia por los consejeros de ella. Ellos son los encargados de hacer valer las decisiones de los jueces, sean o no equivocadas. El árbitro debe merecer todo respeto desde el momento mismo que fué aceptado como tal. Los consejeros que no estén dispuesto a mantener esa autoridad o que por apasionamiento no se consideren con el carácter preciso para acatar las decisiones de los jueces, es mejor que se queden en su casa. El football se lo agradecerá y la cultura argentina también, porque así no habrá quienes, llevados por la pasión, provoquen y promuevan esas escenas tan criticables e incultas que se producen con harta frecuencia en los fields, que debieran ser campos de noble emulación, pero jamás reñideros ni escenarios de vergonzosos incidentes.

UNA COSA INMORAL

—Eso que usted dice es muy hermoso. Pero creemos que mientras el deporte esté dirigido y fiscalizado por los mismos miembros de los clubs que integran la liga, no podrá haber justicia.

—Ciertamente. Y tal como hoy está constituido el cuerpo dirigente del football, no es posible pedir justicia. Lo he dicho mil veces y no pierdo oportunidad de repetirlo. En mi concepto y en el de todo buen deportista es inmoral que los miembros dirigentes de los clubs traten en el seno del consejo de la liga los asuntos que atañen a sus mismos clubs. Eso, además de inmoral, conspira contra la justicia, por la razón muy sencilla de que no se puede ser juez y parte. En otros tiempos, cuando se trataba el asunto de algún club, su delegado abandonaba el recinto y dejaba que los demás dilucidaran el asunto en cuestión. Hoy esos delegados se quedan y votan en el asunto en que su club es parte. ¡Y votan, claro está, en favor de su club! Ahí está lo inmoral y lo que conspira contra la buena justicia deportiva.

—¿Qué opinión le merece la implantación del profesionalismo en nuestro football?

—Ustedes saben que el primer proyecto sobre profesionalismo lo presenté yo a la Asociación Amateurs, siendo delegado del Quilmes A. C. Estaba en gran parte calcado en los reglamentos que rigen el profesionalismo en Inglaterra. Los británicos tienen más de ochenta años de experiencia en la materia; luego, adoptar lo que ellos han ido perfeccionando es lo más sensato. De aquel proyecto, quienes el profesionalismo implantaron, poco o nada adoptaron. Le falta estructura a la reglamentación, pero pienso que se llegará pronto a una más justa legislación, tanto en el orden disciplinario como entre las relaciones de los jugadores con los clubs. El profesionalismo argentino tiene que progresar. Cuando cambien el sistema actual en la dirección del sport y existan en el seno del consejo hombres neutrales, entonces se entrará de lleno en la senda de la justicia y de la perfección.

—En su actuación de referee habrá alguna anécdota.

—Podría escribir un libro con ellas. Le relataré una que evidencia cuál era el espíritu que antes animaba a los jugadores. Como ya le he dicho, yo fuí fundador de Alumni. Todo el mundo sabe cuál era la rivalidad que existía entre Belgrano y Alumni. Pues bien, en una oportunidad debían medirse Belgrano y Alumni por una final, no recuerdo si de competencia, honor o campeonato. Los de Belgrano, sabiendo que yo era de Alumni, me propusieron como referee de ese importante match. Estaban empatados y faltaban pocos

(Continúa en la página 55)

Modelos *que* realizarán *el* chic *y la* gracia *de las* jovencitas





1. — Bonita blusa de voile cuadriculado. Se lleva con un vestido de lana o seda muy escotado y sin mangas.



2. — Pequeña chaqueta de crêpe de Chine rojo, que se lleva con el modelo número 3.





3. — Elegante vestido de tarde, de crêpe marocain rojo, adornado con plegados.

4. — Muy chic este vestido de lana bleu claro, adornado con incrustaciones de lana roja, blanca y negra.









5. — Elegantísimo vestido de crêpe de Chine amarillo vivo, adornado con pequeños volados plegados.

6. — Muy juvenil y encantador este modelo de muselina blanca y muselina estampada con lunares celestes.

7. — Práctico y elegante modelo de popeline color verde vivo, adornado con un cuello de piqué marfil.

8. — Elegante vestido de jersey fantasía beige y rojo. El cuello es de crêpe de Chine rosa.

"Mundo Argentino" VISITA LA PLATA



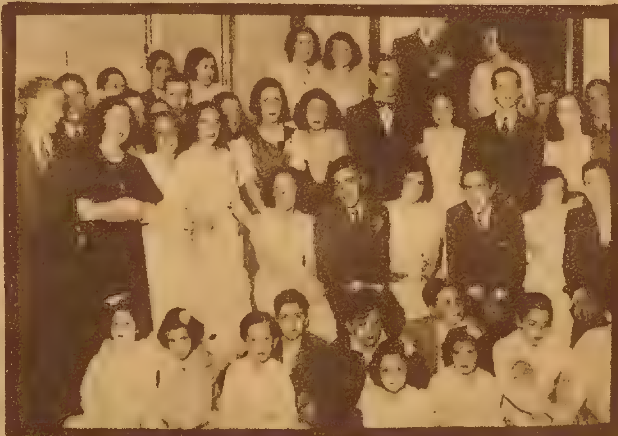
Personal directivo y docente de la Escuela Nº 42, en la demostración ofrecida en honor de la señora Amalia E. Souto, con motivo de su ascenso.



El intendente municipal, doctor Marchessotti, rodeado por un grupo de amigos y correligionarios, al hacerse cargo de la intendencia.



La señora Delia Durn de Dulau, rodeada por un grupo de sus amistades, que le ofrecieron una demostración, celebrando un acontecimiento íntimo.



Concurrentes a la reunión social, efectuada en la residencia de los esposos Della Croce-Susini Sandoval, con motivo de celebrar el cumpleaños de su hijita Matilde.



Asistentes al cocktail-party, ofrecido en la residencia del cónsul de Italia, en obsequio de un grupo de personas de su amistad. Fotos de La Mela.

UNA ENCUESTA DE "MUNDO ARGENTINO"

Al PUEBLO HOY no le INTERESAN la LEY de DIVORCIO ni el VOTO FEMENINO

ENCUESTA DE "MUNDO ARGENTINO"	LEY DE DIVORCIO				SUFRAGIO FEMENINO			
PROVINCIA o GOBERNACIÓN	MUJERES		HOMBRES		MUJERES		HOMBRES	
	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO
CAPITAL FEDERAL	3.580	3.812	4.102	3.912	3.500	3.602	2.403	4.640
BUENOS AIRES	2.682	2.844	2.914	2.704	2.642	2.802	1.890	3.214
CATAMARCA	208	302	340	184	210	310	128	411
CORDOBA	2.570	2.680	2.780	1.840	2.670	2.782	1.506	3.214
CORRIENTES	713	812	840	552	712	914	663	1.310
ENTRE RIOS	682	644	702	645	740	844	614	984
JUJUY	344	384	385	184	348	364	302	406
LA RIOJA	183	203	214	114	195	201	84	217
MENDOZA	2.543	2.640	2.680	1.200	2.600	2.702	1.001	3.214
SALTA	338	352	362	144	342	328	128	428
SAN JUAN	292	301	480	180	397	342	64	364
SAN LUIS	167	168	184	88	201	204	38	64
SANTA FE	2.540	2.564	2.640	1.304	2.640	2.840	1.302	1.403
SANTIAGO DEL ESTERO .	193	199	204	164	188	189	127	248
TUCUMAN	633	740	840	302	702	750	299	349
CHACO (Gobernaciones) ...	83	97	104	44	85	93	42	42
CHUBUT	63	70	78	19	64	74	17	19
FORMOSA	83	87	99	102	87	89	16	28
LA PAMPA	244	350	401	382	264	268	128	213
LOS ANDES	2	1	4	2	2	—	2	3
MISIONES	48	62	74	48	46	49	24	26
NEUQUEN	17	19	28	19	26	54	17	18
RIO NEGRO	19	24	34	18	28	32	19	43
SANTA CRUZ	42	49	70	29	45	64	24	28
TIERRA DEL FUEGO	—	—	2	1	—	—	1	2
TOTALES	18.269	19.404	20.561	14.181	18.734	19.897	10.839	20.888

Es forzoso decirlo: al pueblo no le interesan ni la ley de divorcio ni la ley del voto femenino. Pero también es necesario aclarar este concepto que nos sugiere el resultado de nuestra reciente encuesta.

Nadie puede negar, en los tiempos que corren, que tanto el divorcio como el voto femenino son dos de los conceptos más discutidos que registra la evolución social del hombre. "MUNDO ARGENTINO" lo comprendió así desde el primer momento y decidió, por eso, iniciar la encuesta cuyos resultados aparecen en esta página. ¿A qué puede deberse, entonces, el resultado negativo de nuestra consulta al público lector? Creemos que a dos razones igualmente poderosas, y vamos a tratar de expresarlas poniendo en ello todo nuestro deseo de interpretar fielmente el mandato, que en cierta forma, nos han impuesto quienes respondieron a nuestras preguntas.

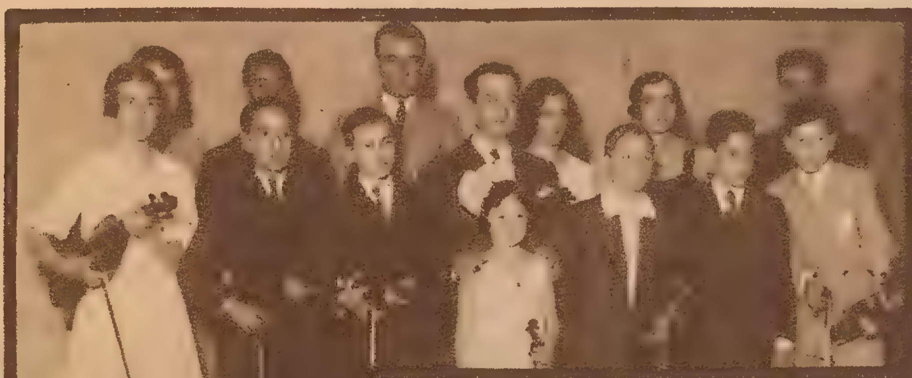
La primera razón que obliga al pueblo argentino a desentenderse momentáneamente de las dos leyes que motivaron nuestra encuesta es, simplemente, la política criolla. La política criolla, tan llena de plataformas, de medias vueltas, de personalismos e impersonalismos y de medias palabras, no es, por cierto, la más adecuada para imbuir en el alma colectiva la necesidad de ciertas mejoras sociales. A través de la prédica de los profesionales de la política se advierte, siempre, el fondo de interés partidario que mueve todas sus palabras y que rige todas sus acciones. Tal, el voto femenino y el divorcio no han sido sino armas electorales, sino "recursos" electorales, en manos de los líderes políticos, y el pueblo, que tiene una intuición mucho más afinada de lo que puede suponerse, ha pasado sobre ello sin darle mayor importancia.

Por otra parte — y aquí la segunda razón de su desentendimiento, — son tan agudos y complejos los problemas que actualmente aquejan al país, que todo aquello que no tiene relación con la crisis económica, con la desocupación y con el malestar interno, carece de significado concreto en el corazón del pueblo. De ahí que las leyes de divorcio y del voto femenino estén hoy en un segundo plano, y que nuestra encuesta haya dado el resultado que se puede apreciar.

FESTIVAL DE LA ASOCIACION COOPERADORA "F. ALEJANDRO MOHR"



Parte del público que concurrió al teatro Fénix, donde se realizó el festival de la "Asociación Cooperadora F. Alejandro Mohr", de la Escuela 32 del Consejo Escolar XVIII.



Núcleo de niños que interpretó la "Danza de las Ninfas", interesante número de concierto, bajo la dirección del profesor Romano.



La niñita Vivien Romano, que recitó "El guitarrista" y "Un miope", de Carlos Pellicer.



Comisión auxiliar de damas de la cooperadora, a cuyo empeño se debe el éxito alcanzado por el festival.



Srtas. Inés Sebastiani y Teresa Pastori, que tuvieron a su cargo un número de arpa y de canto, respectivamente.

Del campeonato de golf para aficionados



Después de la destacada actuación que le cupo al aficionado Alfonso M. Moffat, en el campeonato abierto de golf, ratificó sus cualidades al adjudicarse también el compeonato de aficionados, pues en la final, para la cual se habían clasificado él y Mariano Demaría Sala, lo venció por 4 y 2.

Una victoria reivindicadora para Boca Juniors



Nueva intervención eficaz del arquero boquense. En uno de los avances de los riverplatenses, Peucelle pretende rematarlo, tomando la pelota con la cabeza de un centro shot de Luna, que no logra su intento, por cuanto se interpone Fossati y aleja.



Pese a que Boca Juniors se impuso por 2 a 1, no por ello su zaga se mantuvo inactiva. Por lo contrario, el triángulo defensivo debió emplearse a fondo para contener las constantes incursiones de los delanteros rivales, y, por lo mismo, su guardameta, Fossati, fué obligado en muchas ocasiones a intervenir.



Fossati en una de sus intervenciones felices. Abandona su arco frente a una arremetida del winger izquierdo Luna, mientras Piaggio y Arrillaga permanecen a la expectativa. Fué una acción enérgica y eficaz del arquero boquense frente a la cual cosechó una salva de aplausos.



Una situación de gran apremio para la valla riverplatense. Su back Basílico se dispone a alejar la pelota, que apenas ha logrado contener el arquero Sirne, para lo cual se arroja al suelo. También el forward Benítez Cáceres cayó en circunstancias que se aprestaba a rematar el avance de sus compañeros.



Un sector de la tribuna oficial muestra cómo el público debió apeñuscarse para poder seguir las incidencias del gran cotejo. Este tuvo la virtud de apasionar a los aficionados, tanto por la tradicional rivalidad que separa a Boca Juniors y River Plate, como por la importancia que el mismo tiene para la colocación final del campeonato.



Otra incidencia frente a la valla del once ganador. Ante una mala salida del arquero, Luna recogió un centro enviado por Arrillaga y se dispone a shotear, pero Pereyra cubre el arco, y así consigue detener la pelota que aquél ha impulsado. Esta jugada del zaguero evitó la caída segura de la ciudadela boquense



Se sabe que en todos los grandes partidos a la policía le está reservado un gran papel. Esta fotografía muestra a varios representantes de la autoridad en circunstancias en que los jugadores del cuadro perdedor protestan porque no se ha sancionado un goal.



En poder de la pelota Fossati, luego de haber detenido un shot de Peucelle, abandona el arco y la lleva en su poder, apoyado por el fullback Pereyra, que a la vez evita también que Ferreyra pueda arremeter contra el guardavalla.

Del campeonato de golf para aficionados



Fué runner up del campeonato de aficionados de golf el señor Mariano Demaría Sala, que a pesar de su destacada actuación en el certamen no pudo evitar la derrota que le ocasionara su adversario, el aficionado Alfonso M. Moffat.

Fotos especiales de "Mundo Argentino".

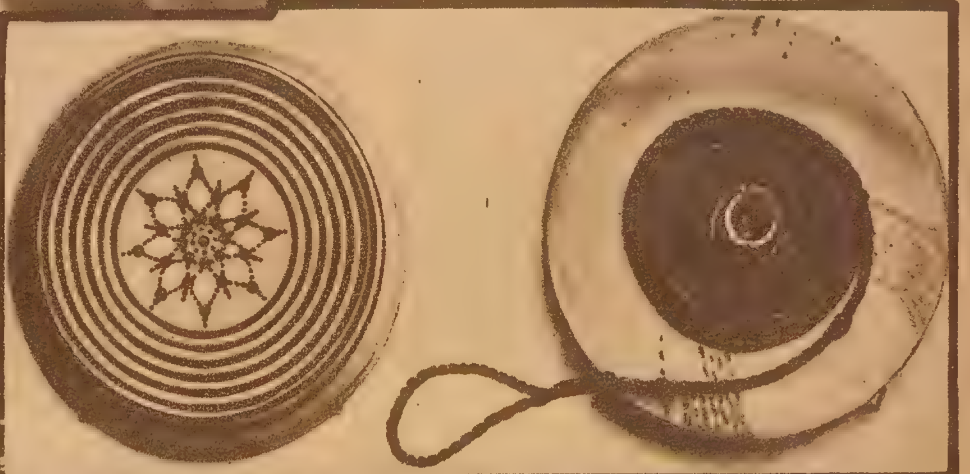
¿Sufrirán también los argentinos la enfermedad del "YO-YO"?



El Yo-Yo, la enfermedad de moda en Europa, está compuesto por dos discos chatos en los bordes y abultados en el centro, unidos por un pequeño redondel de madera. La fisura que queda entre ambos discos sirve para que un filamento fijo al redondel de madera se pueda enrollar y desenrollar en el aparato. Un simple movimiento de la mano hará que el aparato, sujeto por el filamento, ascienda y descienda a voluntad del jugador. Y, según parece, el juego consiste en hacer ir y venir al aparatito durante el mayor tiempo posible.

Naturalmente, que la práctica hace que el "yo-yo" se adorne con ciertas pruebas que lo vuelve más atrayente: se hacen, así, el "looping", la vuelta al mundo, el trébol de tres hojas, etc.

Un Yo-Yo en el momento de ser puesto en juego. Obsérvese cómo queda fijo el hilo en el dedo del jugador.



El Yo-Yo visto de costado y en dos piezas, para que se pueda apreciar cómo está construído. Aquí se ve la forma en que el hilo se enrolla en el redondel de madera que une los dos discos.



En esta playa francesa el Yo-Yo hace furor. Véase, si no, a la joven del pijama en pleno juego, mientras sus compañeras se ríen.



Para los pibes la cosa es de lo más divertido. Aquí tenemos a una pareja en el momento culminante de un campeonato.



Estos dos jugadores filipinos son campeones de Yo-Yo. En el grabado se les ve haciendo una demostración con dos aparatos.



En Europa, hasta en las calles, cuando se va a trabajar, se practica el inocente entretenimiento. Ved en esta foto a dos empleados de Berlín jugando al Yo-Yo, mientras se dirigen a su oficina.

También en los boulevares parisienses es frecuente encontrarse con este espectáculo, que es tan gracioso como inofensivo.

Los PERIODISTAS SE DIVIERTEN



El concejal Rouco Oliva, que es, además, miembro de la comisión directiva del Círculo de la Prensa, está en la fiesta con el secretario del Concejo Deliberante, señor Ernesto Oyuela y el señor Eduardo Domavero, de quien es tío, aunque no lo parezca, el joven concejal.



En la noche de la fiesta del Círculo de la Prensa, en Armenonville, la presencia de numerosos matrimonios conocidos en el mundo social, constituyó la nota señalada. De esta suerte, los maridos que acostumbran a frecuentar solos el dancing, pudieron mostrar a sus cónyuges, que "no es tan fiero el león como lo pintan"...



Otro de los rincones de Armenonville, en el que puede advertirse la presencia de un conjunto de familias que en el baile de los periodistas se asomó a ese restaurante pasando horas de agradable solaz, no sólo por el ambiente, sino por la excelencia del programa preparado.



"Las tres gracias" pudiera llamarse a este grupo, que integran la baronesa Ada von Renner, la señorita Tina Domínguez Madero, estudiante de medicina y la señorita María Elena Lebed, poetisa de la nueva sensibilidad.



Carmencita Lamas, que aparece al lado de la señora Marina Dalquier, es amiga de los periodistas, y no falta a ninguna de sus fiestas.

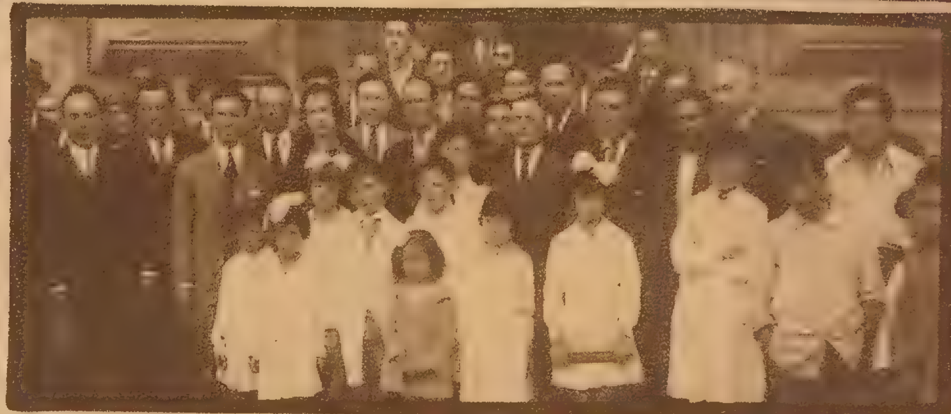


El conocido periodista Clodomiro Sagastume, hombre grave y sesudo si los hay, que en el gremio tiene fama de solemne por sus editoriales trascendentales, aparece muy divertido en "La Fiesta de las Rosas", entre dos flores: las señoritas Juanita Herrera y Esther Gutiérrez Ballester Salas.

Hace FALTA una ESCUELA en Versailles


Varios camiones como éste, llenos de niñas y niños, recorrieron las calles de la metrópoli llevando carteles en que pedían la creación de una escuela en el populoso barrio de la capital.

Versailles es un populoso barrio de la capital que no posee una escuela, no obstante contar con ochocientos niños en edad escolar, que en estos momentos reclaman de las autoridades la creación de un establecimiento de enseñanza. En varios ómnibus recorrieron las calles de la metrópoli y se presentaron en el Consejo Nacional de Educación para solicitar eso que no debiera faltar en ningún barrio de Buenos Aires: escuelas. Esos muchachos argentinos han hecho un justo llamamiento a las autoridades. Quieren participar, como los demás, de los beneficios de la instrucción, y es de esperar que su noble solicitud no ha de caer en el vacío. Versailles debe tener a la brevedad posible la escuela que reclaman sus centenares de niños analfabetos.


Comisión de vecinos de Versailles que, acompañados de los niños que necesitan la escuela en esa zona, hicieron el petitorio en el Consejo Nacional de Educación.



He aquí uno de los carteles que llevaban los ómnibus: "800 niños de edad escolar reclaman al Consejo Nacional de Educación una escuela en Versailles (Este). ¡Ayúdelos!" ¿Escucharán las autoridades este clamor?


Un grupo de niños en edad escolar posando para MUNDO ARGENTINO. Ellos, como los de otros barrios, desean instruirse para ser más útiles a la patria.


¡Futuras madres que no quieren ser analfabetas! Niñas que ya deberían haber cursado, por lo menos, los dos primeros grados, y aún carecen del banco escolar en donde se aprenden las primeras lecciones.

Fotos especiales de "Mundo Argentino".



Don Fermín por DANTE QUINTERNO























El hombre que murió dos veces

Un cuento policial de RAIMUNDO LESLIE GOLDMAN

El protagonista de este cuento, un hombre de vida licenciosa, urde una original estratagema para burlar a una compañía de seguros, que debe abonar a su muerte una elevada suma. Pero aunque todo le sale bien, no pensó en el último detalle; y éste es el que destruye su bien urdido plan.

SONRIENDO, Roberto Bellow leyó la carta que acababa de escribir:

"Querida Estela.

"Esta carta es para decirte adiós. Sé que la mano de la ley caerá sobre mí antes de que pasen veinticuatro horas si permanezco aquí. Para pagar tus caprichos y mis deudas de juego he sido un vulgar falsificador. Es imposible seguir adelante. Mi muerte te reportará una regular fortuna, que la compañía donde estoy asegurado te pagará. Son ciento quince mil dólares los que recibirás por mi muerte, y el doble si ella se produce por accidente automovilístico. Se que no lamentarás mucho mi deceso. Hemos estado casados durante diez y seis años, quince de los cuales han sido para nosotros muy desdichados. Te aconsejo que quemes esta carta en cuanto la recibas. Si te hacen alguna pregunta, diles que desaparecí sin decirte una sola palabra.

Roberto."

Cerró el sobre, en el que había guardado la carta, y lo puso sobre una mesa, en la salita. Fué al garage, abrió la portezuela de su automóvil y miró. Sí, allí estaba la caja de herramientas, la pala y el pico. Se palpó los bolsillos y se metió en el automóvil. Constató que había suficiente nafta y se dispuso a partir.

— Ahora — se dijo en voz baja, mientras se ponía en movimiento — a morir y a volver a nacer.

Casi durante un año había estado planeando su proyecto para obtener al fin la tan ansiada libertad. Hasta el más mínimo detalle había sido tenido en cuenta. "Los criminales, se decía, son atrapados porque los policías son un poquito más inteligentes que ellos."

Gran parte del día viajó, y a la hora de la cena entró en el pueblito de Alabama, donde decidió descansar. Sabía ya que el cementerio quedaba al pie de una pequeña loma, no lejana de allí. Había seleccionado aquella morada de los muertos con el mismo cuidado que había puesto en todos los demás detalles. Antes de llegar allí había observado las diferentes tumbas. Unas le parecieron demasiado grandes y otras demasiado visibles, hasta que al fin le pareció encontrar la que buscaba. Una hora después se dirigía a aquel sitio. Llegó a la sepultura. Un nombre, una fecha de nacimiento y otra fecha de defunción. El que allí descansaba para siempre era un hombre de cuarenta años, enterrado hacía apenas diez y siete días.

—Todo me sale perfectamente — pensó, — pero debo tener cuidado, mucho cuidado.

Miró al cielo.

— Está encapotado. Es probable que llueva. Tanto mejor para mí.

Se colocó un grueso saco, unos pantalones viejos y un par de zapatos de goma. Quitóse su vestimenta haciendo desaparecer de ellas todo rastro que pudiera servir para indentificarlo. Con su linterna iluminó la sepultura y comenzó a trabajar en la blanda tierra. Tres horas después el cadáver de un hombre era colocado dentro del automóvil. Roberto Bellow retornó a la tumba y se encargó de hacer desaparecer de ella todo rastro de su presencia allí. Arregló cuidadosamente la tierra, hasta que, satisfecho de su trabajo, recogió todas sus herramientas y volvió al coche. Lo puso en movimiento y se alejó de allí. Mientras manejaba, iba pensando en su acción, y sonreía. Pasando por caminos solitarios atravesó casi toda Alabama, hasta que llegó a un pequeño río cruzado por un obscuro puente de madera. Allí se preparó para rendir tributo al silencio de la tarde. Sacó el cadáver del coche y le puso su propia vestimenta. Tomó el traje del muerto y lo enterró en el barro de la ribera, junto con sus herramientas. Volvió nuevamente a su tarea de hacer desaparecer toda huella de su visita a ese sitio y tornó a sonreír, satisfecho. Ocultas ya las herramientas, se restregó las manos.

— Y ahora — exclamó en voz baja, — a arreglar el último detalle.

Tardó dos horas en encontrar el sitio que buscaba: un imponente precipicio. En el fondo había unas rocas puntiagudas que desfigurarían por completo a quien cayera sobre ellas. Sacó al muerto, que ya estaba vestido con sus ropas, y lo colocó en el asiento delantero, frente al volante. Se subió al estribo, hundió el pie en el acelerador y se bajó rápidamente. Trepidó la máquina, emprendió vertiginosa carrera y se precipitó en el abismo. Un ruido apagado le indicó que su obra estaba consumada. Luego, buscando caminos poco transitados, se dirigió a la estación de ferrocarril. Pidió un boleto en dirección al Sur. De allí tomó el expreso que lo conduciría a Nueva Orleans, de donde se encaminó a Alabama. Allí visitó al doctor Rodríguez, un especialista en cirugía plástica mundialmente conocido por las maravillosas transformaciones que había logrado hacer en el rostro de muchas personas. El médico pidió una gruesa suma, realizó su trabajo a la perfección y no hizo una sola pregunta.



Cuando dos semanas después Roberto Bellow abandonó el laboratorio del cirujano, podía encontrarse cara a cara con su esposa Estela sin correr el peligro de ser reconocido. En verdad, aquel hombre no era más Roberto Bellow. Ahora se había transformado en Roberto Ceders, sin un amigo que lo conociese, sin un pasado que lo amenazase. Y así partió de Alabama en dirección a Havre. En París tuvo ocasión de leer en varios periódicos la noticia del hallazgo del cadáver completamente desfigurado de Roberto Bellow. Vivió en la ciudad luz hasta que se le agotó el dinero, y retornó luego a Middletown. No tenía miedo de que lo descubrieran; nadie lo reconocería. Su rostro estaba cambiado totalmente. Hasta se había dejado crecer el bigote. Desde una farmacia habló con Estela por teléfono. Eran las diez de la noche.

— ¡Hola! — dijo. — ¿Estela? ¿Sabes quién te habla?

Oyó un pequeño grito y el ruido del auricular al chocar con la pared, luego de ser soltado de las manos de su mujer. Y después de unos segundos oyó una voz débil.

— ¡Tú! . . . ¿Dónde estás?



— En una farmacia — replicó. — ¡Toma tu coche y ven a buscarme! En la esquina de...

Dió una dirección, y sin esperar más colgó el tubo. Media hora después se hallaba ante su propia mujer. Con ese aire de superioridad, que ella tan bien le conocía y que tanto detestaba, le narró su aventura. La forma como había suplantado su propia persona con la del cadáver y la transformación que había logrado con ayuda del doctor Rodríguez.

— Y ¿para qué has venido? — preguntó ella de pronto. — ¿Por dinero?

— ¡Oh! — repuso él. — ¡Qué bien me conoces! Siempre te creí capaz de leer mis pensamientos.

— Sí. Te conozco demasiado. ¿Cuánto quieres?

— La mitad.

Vió que ella empalidecía.

—Eso mismo—prosiguió. — La mitad de lo que te ha pagado la compañía de seguros, es decir, ciento quince mil dólares. Te prometo que no te molestaré por el resto de tu vida.

Hubo un breve silencio.

— ¡Qué miserable eres!

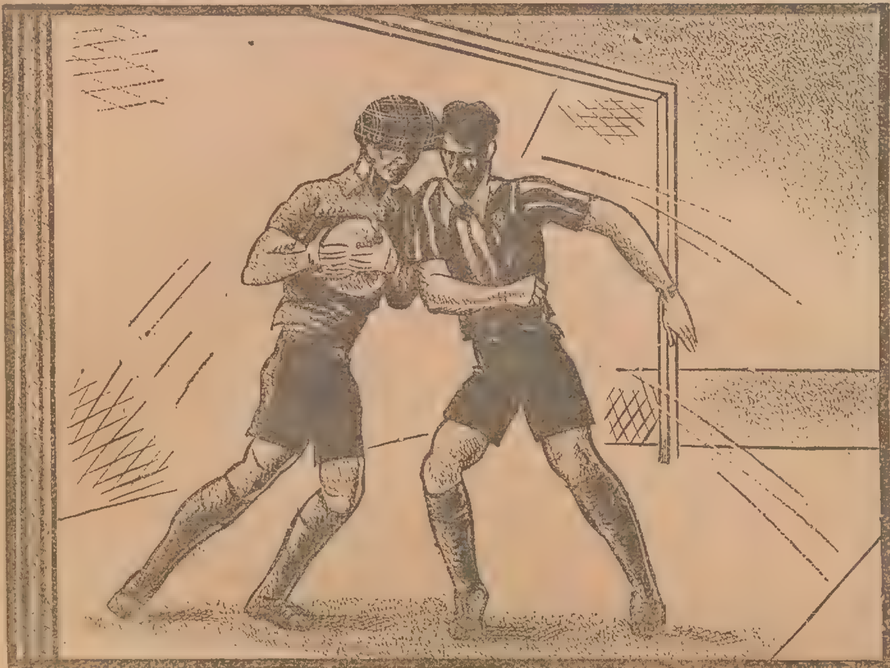
— ¡Muchas gracias!

—¡He sido tan feliz — dijo ella suavemen-



Había seleccionado aquella morada de los muertos con el mismo cuidado que había puesto en todos los demás detalles.

Pequeños GRANDES PROBLEMAS *del* FOOT-BALL



¿Puede ser atropellado por un jugador rival el goalkeeper, cuando conserva en su poder la pelota, dentro o fuera de su área de goal?

Dentro de su área de goal el arquero tiene privilegios de que sólo él disfruta, por cuanto no puede ser molestado o atropellado cuando se encuentra en su área. Pero si hallándose en la misma, en poder de la pelota u obstruyendo la acción de un rival, entonces desaparecen tales privilegios y puede ser atropellado. Pero cuando un arquero en poder de la pelota es cargado debe serlo en forma reglamentaria, es decir, con los hombros o el pecho, pero sin saltar, y así se le puede introducir con pelota y todo en el arco, y el tanto así logrado es legítimo. Los árbitros sólo deben de cuidar que la carga sea realizada sin que en la misma se produzcan infracciones, tales como rodillazos, codazos, puntapiés, empujones violentos, etc. En tales casos la infracción anula el tanto.

Esta práctica ha sido desterrada de nuestros fields, de manera que los arqueros argentinos tienen tales privilegios, que por la errónea interpretación de las cargas nobles, se han convertido en reyes omnipotentes dentro de su área de goal. En una palabra, en ella son amos y señores, ya que ni se les puede rozar.

te — con esos doce mil dólares por año que me permitían vivir cómodamente!... Ahora tú quieres la mitad y eso significa que, después de todo, volveré, como antes, a tener que contar los centavos que gasto y ahorrar dinero por toda mi vida. Luego te irás, hasta que pierdas otra vez todo tu dinero en el juego..., y entonces retornarás a buscar la otra mitad. Me has hecho una desgraciada toda mi vida y ahora quieres impedir que sea feliz.

—¡Estela! ¿Piensas casarte nuevamente? ¿Es cierto esto?

Ella guardó silencio.

—Está bien — prosiguió él. — Puedes hacerlo. Creo que "él" se casará contigo igualmente, tengas ciento quince mil dólares como tengas doscientos treinta mil. Ya ves que no me opongo. Después de esto, no te molestaré más.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué puedo hacer?

—No desesperes, Estela. Pregúntamelo a mí en lugar de preguntárselo a Dios. Ya sabes que soy un experto en eso de buscar la felicidad. Te aconsejo que me des dinero. Vuelvo a repetirte que no te molestaré más.

Al cabo de unos instantes ella murmuró débilmente.

—Está bien. Ven a casa y te lo daré. La sirvienta ha salido.

—¿Lo tienes en efectivo?

—No. En bonos. Ya te he dicho que me producen renta.

Ambos subieron al automóvil y llegaron a la casa. Entraron, y él se sentó en un sofá. Ella encendió la luz.

—¡Cómo has cambiado! — le dijo ella, mirándolo atentamente. — Sólo por tu voz y por tus ademanes estoy segura de que eres Roberto Bellow, mi esposo.

El sonrió con orgullo.

—Cuando yo hago algo... lo hago bien.

—Sí — contestó ella. — Ya veo que eres incapaz de cometer un error. Tu transformación es completa..., completa. Aguarda aquí, que iré a la caja de hierro.

El escuchó los pasos de ella, al subir. En seguida bajó. Pocos segundos después se produjo un gran silencio. Extrañado, se dió vuelta, sonriente, pero de pronto la sonrisa murió en sus labios. En la puerta de entrada su mujer le apuntaba con un pequeño revólver.

—¡Estela! — gritó él, pero ya era demasiado tarde.

Oyóse el estampido de un revólver y el ruido de un cuerpo de un hombre al caer. Cinco minutos después, Estela hablaba por teléfono.

—¡Hola! Con la comisaría? Le habla la viuda de Bellow, de Southern. Vengan en seguida. Acabo de matar a un ladrón que se había introducido en mi casa.

Y colgó el auricular.

FIN

BOLETOS, PASES Y ABONOS

(Continuación de la página 13)

rándolo fijo. Vuelve a las de antes: cierra los ojos y ronca despierto. Las cuatro pasajeras modifican la tonalidad de la jarana: ahora ríen con fuerza. Y lo cortan en voz oíble, creyéndolo dormido. El pobre Artola siente que la charla femenina lo tajea impíamente. Ni más ni menos que si lo desollara vivo un matambrero chambón.

Pero el inspector pasa de largo.

Sin proponérselo Artola se duerme de veras. La culpa es del madrugón y del soporífero almuerzo. Sueña alegremente bajo la eufórica influencia de la botellita de vino. Ve en cuadros color de oro la jarana de las cuatro pasajeras. Son cuatro diosas. La rubia se le arrima con mimos felinos y lo acaricia con suavidad de pétalos de rosa. Lo hechiza la voz de la morocha. Es una voz fina y musical como un jarrito de plata, lleno de agua limpia, al rozar en el mármol de una fuente. La de ojos verdes es un imán que lo atrae. Y los brazos de la otra lo enroscan como si lo apresara una serpiente. Sueña una vida estupenda en el Paraíso de las Cuatro Mujeres.

....

— Boletos, pases y abonos.

Se despierta. La realidad no le hace perder el tino. Se hace el dormido. Y el inspector pasa de largo, como la otra vez.

—Chuuuc..., chuuuc...

Artola ignora de qué estación arranca el tren. Pero sabe que es una menos. Suspira al ritmo del escape de vapor, hasta que la locomotora entra en velocidad. Y se duerme otra vez de veras arrullado por la sinfonía vanguardista de la ferretería rodante:

—Chuc, chuc..., tacatac..., chuc, chuc..., tacatac...

La mortadela y el salame deben estar entorpeciendo el proceso digestivo. El sueño es ahora muy pesado. Las cuatro diosas se han transformado en cuatro perforadoras de boletos.

—Crac..., crac...

Lo agujerean en los brazos, en las piernas, en la cabeza.

—Crac..., crac...

Por el otro extremo del coche entra, a gran velocidad, una locomotora gigante. Se le viene encima. El silbato es un rugido:

—Boletos, pases y abonos.

Este despertar es más brusco. Artola desearía saber entre qué estaciones viaja. ¿Estará por llegar a Suipacha? ¿O ya quedó atrás Mercedes?

El inspector pasa sin decirle nada. El agente viajero se anima y mira por la ventanilla. El camino asfaltado lo entera que ha dormido un rato largo. El tren corre entre Luján y Morón.

Transcurre otra media hora de fastidio para Artola. El tren se detiene y una voz grita, en la plataforma:

—¡Haedo!... Hasta Once no para.

Esta es la última etapa. Artola imagina que le irá tan bien como en las anteriores.

Pero este inspector debe ser un ente diabólico. Aparece otra vez. Viene recogiendo los boletos a Once.

—Boletos, pases y abonos.

Las cuatro pasajeras siguen la jarana. Artola está bien despierto y las mira con insolencia. Le sirven de pretexto de distracción cuando oye este requerimiento directo:

—¿Su boleto, señor?

—Pase... Ya se lo mostré.

El contralor no se conforma:

(Continúa en la página 45)

Entre mercaderes de marfil se produce una intensa tragedia en plena selva por querer apoderarse uno del producto del otro. Y el desenlace, como un justo castigo a la codicia y la traición, hace que el asesino caiga en el "cementerio de los elefantes", donde van a morir los paquidermos cuando sienten que les llega su última hora.

El cementerio

EN el crepúsculo tres hombres se encontraban reunidos en un valle del Africa Central. Contemplaban en silencio el escenario que los rodeaba, teniendo a los lados las colinas cubiertas de árboles que se levantaban hacia el cielo. En el fondo del valle crecía poca vegetación, como en las orillas del río que corría murmurante en un lecho rocoso.

En el terreno ondulado dulcemente, en medio de los árboles altos y rectos, blanqueaban ciertos huesos de millares de elefantes.

Al fin, casi después de un año de búsquedas fatigosas, los dos mercaderes de marfil, Hurston y Meriton, se veían en el punto donde por siglos y siglos los elefantes se acercan cuando sienten llegar la muerte. Allá, en medio de la gran cantidad de huesos de los elefantes que le han precedido, el moribundo debía lanzar el último vistazo sobre este mundo tan grande, donde no hay sitio ni para los viejos ni para los enfermos. Y a medida que los siglos pasaban, la capa de huesos en medio de los árboles se convertía en una montaña cada vez más blanca y más alta.

A alguna distancia de los hombres, un sirviente indígena, acurrucado, miraba con inquietud la escena. El silencio se hacía abrumador; solamente una brisa suave cruzaba entre los árboles.

David Meriton movió con el pie una gran pata y lanzó un grito de satisfacción. Allí, entre los innumerables huesos, había bastante marfil como para enriquecer a varios hombres ambiciosos. El había sido siempre afortunado, aunque nunca satisfecho... Miró a su compañero con encono y fastidio. ¿Por qué no habría emprendido por su propia cuenta la expedición?... Ahora era necesario dividir con el otro, y en su vida David Meriton había dividido nada con nadie.

El tercer compañero blanco era mucho más joven; parecía mucho más destinado a la vida de salón que a la selva africana. Ricardo Slade era secretario particular de Meriton. Él detestaba con igual violencia a su jefe, a los indígenas negros, al silencio y los amplios desiertos africanos. Nada, además, le había aburrido tanto como aquel viaje en busca del cementerio de los elefantes.

Todo le parecía siniestro en aquel valle de la muerte: el susurrar del viento, los animales, el canto de los pájaros, todo.

Las sombras comenzaban a caer, y los dos mercaderes continuaban aún examinando con codicia el marfil. El sirviente indígena, sin disimular su disgusto, se acercó a Slade y le preguntó si la sagacidad de los patrones blancos es menor que la de los pájaros y los monos. ¿Por qué permanecerán tanto tiempo en el valle de la muerte?

Con la ayuda del negro, pocos minutos después regresaban al campamento, distante algunas millas.

Aquella misma noche los dos hombres hicieron sus cálculos de la cantidad de marfil que cada negro podía transportar. Y a la mañana siguiente se inició el trabajo, siendo Slade el encargado de vigilar la tarea controlando los viajes desde el valle al campamento, mientras que los dos socios y amigos tomaron cada uno a tres hombres de la escolta para proveerse de víveres, que ya comenzaban a faltar.

Los indígenas, bajo la mirada de Slade, trabajaban bien; querían terminar cuanto antes, pues tenían demasiado temor al valle y a los huesos blancos...

Las tinieblas se acercaban. Slade estaba sentado esperando el regreso de los que llevarían el último cargamento de marfil; encendió un cigarrillo. Tampoco a él le agradaba el valle.

A medida que la luz desaparecía, los huesos se hacían cada vez más blancos. Decidió esperar otros cinco minutos a los indígenas, y después regresaría solo. Pero los minutos pasaron, el canto del viento se hizo más intenso y parecía anunciar a un ser misterioso. Slade maldijo a los negros y decidió regresar solo. Ya harían, a la mañana siguiente, la última carga. Pero al ponerse en pie vió que por el otro lado del valle venía un ejército de formas grises en movimiento. Se frotó los ojos como un niño soñoliento y miró de nuevo. Esas formas grises, sin duda alguna, salieron lentamente de entre los árboles. Eran elefantes. Avanzaron hasta llegar al centro del valle, donde las tinieblas ocultaron sus movimientos. Después las sombras grises desaparecieron, lentas y silenciosas. Habían dejado allí una gran sombra tambaleante. Ese elefante había sido conducido por sus compañeros para esperar su fin en el lugar elegido. El Valle de la Muerte había recibido, pues, otro nuevo habitante.



De pronto, la carabina de Meriton reboleó en el aire y fué a golpear en la rodilla de su compañero, precipitándole en las aguas espumosas.

Al regresar, algo como un lamento, como un grito de espanto llegó a sus oídos. Slade se paró para escuchar; mas como no se repitiera, siguió rápidamente su camino. Pensó que los nervios le habían jugado una mala partida.

Al llegar al campamento, lo encontró en plena confusión. Al iniciarse el crepúsculo, los dos mercaderes habían atravesado la rápida corriente del río por intermedio de un árbol caído; encontraron que en las colinas la caza era poca, y con el transporte del marfil los indígenas exigirían aumento de ración.

Regresaban, habiéndose asegurado una buena pieza. De pronto, Hurston tiró sobre un gallo salvaje, y Meriton se paró con los negros,

de los elefantes

Un cuento de M. FISHER

mientras que el compañero perseguía entre la selva al pájaro herido.

Sentado en una piedra, Meriton encendió la pipa, y mientras el humo del tabaco se remontaba al cielo, por sus ojos cruzó una mirada siniestra. Ordenó a los negros que continuaran el viaje de regreso al campamento. Pasaron algunos minutos antes que Hurston



regresara trayendo el gallo salvaje. Algo turbaba a Meriton; pero con un esfuerzo logró imponerse y entablar conversación sobre los trabajos que se efectuarían al día siguiente.

Cuando llegaron al árbol que franqueaba las aguas turbulentas del río, Hurston siguió rápidamente a su compañero sobre el estrecho puente, donde Meriton ya alcanzaba la meta. De pronto, la carabina de Meriton reboleó en el aire y fué a golpear en la rodilla de su compañero, precipitándole en las aguas espumosas. Al caer, lanzó un grito y sus ojos se posaron por un instante en el semblante sereno y frío del socio. Después fué arrastrado violentamente entre las grandes piedras.

Meriton siguió por un trecho la orilla del río, mientras que los aguas corrían a gran velocidad. Y regresó al campamento.

Al día siguiente, toda búsqueda fué infructuosa para lograr el cuerpo del mercader desaparecido en las aguas, y la expedición emprendió viaje de regreso a la ciudad.

Un año había transcurrido, y David Meriton había prosperado magníficamente. El incidente del río sobre el cementerio de los elefantes, le había turbado bien poco. Sólo le atormentaba el recuerdo del marfil que debía estar allí de nuevo acumulándose. Así fué que preparó una nueva expedición.

Ricardo Slade se resignó a acompañar a su jefe y llegó el día en que instalaron el campamento más o menos en el mismo sitio donde se habían instalado un año atrás.

Slade se encontraba ansioso de iniciar cuanto antes los trabajos; pero Meriton conocía la repugnancia y el miedo que los indígenas sentían por el valle de la muerte, y prefirió esperar hasta que los hombres estuviesen descansados.

Pasados dos días, iniciaron la marcha al valle. Era el atardecer. Un grito de miedo lanzado por uno de los negros hizo detener a Meriton, que preguntó duramente:

—¿Qué diablos te pasa?

—¡El espíritu del cementerio de los elefantes nos sigue, patrón! Los que profanan los huesos de los muertos tienen mucho que temer...

Meriton murmuró alguna maldición y ordenó, colérico, al negro que marchara delante. Pero Slade se encontraba perplejo e inquieto, porque al darse vuelta al grito del negro, entre los árboles a él también le pareció ver una sombra...

Comenzó el transporte del marfil; pero la narración del indígena asustado se había propalado a los demás, y todos trabajaban con los ojos fijos en los árboles que les rodeaban.

De pronto, otro de los negros lanzó un grito de terror y dijo que el espíritu de la muerte los miraba.

Meriton, furioso, corrió hasta el grupo de árboles que el indígena señalaba. Por unos instantes no se oyó más ruido que el de las ramitas secas bajo sus pies. Después, silencio.

Por la noche, Slade no durmió. El silencio era profundo. Una sombra pasó por fuera de su tienda. Se levantó para ver qué era. Una forma vaga se alejaba hacia la floresta.

Actuando sobre el impulso del momento, Slade agarró la carabina y la siguió. No era difícil, al claro de la luna, mantener visible la figura. Pero un momento antes de penetrar en la floresta, Slade vió claramente al hombre que seguía. Empuñaba un cuchillo y en la cintura llevaba un revólver. Después desapareció en las sombras de los árboles.

Le sorprendió ver a Meriton. ¿Caminaba tal vez en sueños? ¿Dónde iba? ¡Seguía también a la sombra!

Pronto llegaron los tres, uno tras otro, al Valle de la Muerte. De pronto, el bramido de un elefante resonó. Avanzaba moviendo la trompa y estaba ciego de cólera.

Contra el tronco grueso de un árbol volvió a aparecer la forma blanca. Meriton debió verla también, pues se detuvo. La figura blanca se movió bruscamente y desapareció en la obscuridad. Meriton, a su vez, se lanzó a la carrera; mas la forma blanca, que ahora se veía semidesnuda, saltó en el silencio y se confundió entre los huesos de los elefantes, moviendo insistentemente la cabeza de izquierda a derecha. Meriton se precipitó sobre la forma blanca; la luna hizo brillar los cuchillos.

El silencio fué interrumpido por el poderoso bramido de un elefante enfurecido, que saliendo de la espesura se precipitó sobre las dos formas humanas en lucha.

Cuando Meriton dejaba, inanimado ya, el cuerpo de su adversario, quiso ponerse en salvo, mas una de las patas del elefante cayó sobre él, clavándose el arma homicida que aún conservaba en la mano.

Entonces Slade vió desaparecer al elefante y se aproximó. Meriton tenía los ojos fijos en la muerte, se inclinó sobre el otro, ¡y reconoció la fisonomía de Hurston!

Un año antes Meriton había conseguido suprimir solamente la razón a su socio y amigo. La corriente del río en la cual lo había precipitado a traición, después de haberle golpeado la cabeza contra una roca, sólo le quitó la inteligencia, conservando la vida. Había vagado en la selva como un idiota, había asustado a los indígenas, y Meriton, reconociéndolo, había comprendido el peligro de un descubrimiento sobre su crimen primero, y ejecutó el segundo, alcanzándole entonces el merecido castigo.

FIN

El IDILIO TRAGICO *de una* JOVEN ARISTOCRATA *y un* APLAUDIDO ACTOR

Una nota de RUFINO MENDEZ

RARAS veces se ve en las novelas o en teatro un drama tan fantástico y terrible como el que acaba de terminar espantosamente, en Quito (Ecuador), con la trágica muerte del famoso actor sudamericano Ricardo Guiolfi.

Para hallar uno que lo iguale en fantasía, en intrigas, en frenesí y amargura, tenemos que buscarlo en los dramas de Shakespeare. En este drama de la vida real hallamos todos los elementos que tienen las tragedias del genial dramaturgo inglés: el joven apuesto, la hermosa y aristocrática mujer que se enamora contra los deseos de sus padres; un beso a escondidas en el balcón; una desaparición misteriosa y la emocionante escena final en que culmina la trama.

Carlota Rivas, la joven aristócrata ecuatoriana que se enamoró del actor Ricardo Guiolfi y cuya pasión provocó una tragedia.

Esta es una escena de "Romeo y Julita", el inmortal drama de Shakespeare, que Carlota y Ricardo vivieron en la realidad.

El capitán Segundo Rejas, jefe de la policía de investigaciones de Quito (Ecuador), que dirigió la pesquisa para descubrir el misterio de las desapariciones de Carlota y Ricardo.

LA JOVEN ARISTOCRATICA Y EL ACTOR

Es la historia de un amor tropical entre la bella Carlota Rivas Jijón y el apuesto Ricardo. Carlota, de diez y ocho años, es la hija del señor Leonardo Rivas, conocido en el Ecuador como el "Rey del Trigo". Su familia es una de las más antiguas y aristocráticas, con costumbres profundamente arraigadas que le prohiben transigir con las ideas liberales de la moderna generación.

Y sin embargo, Carlota, a pesar de haberse educado en tan riguroso ambiente, se despojó de las costumbres tradicionales cuando fué enviada a estudiar a Europa. Cuando regresó, trajo consigo ideas completamente opuestas a las de sus padres; pero la gente la quería, y su gracia y su belleza llegaron a ser tan famosas, que se la llamaba la "Princesa de cara de rosa". Muchos fueron los sonetos que soñadores poetas escribieron, y, sin duda, escribirán acerca de ella.

Entonces se presentó Ricardo Guiolfi. Ricardo no pertenecía a la misma esfera social que Carlota. Él era un actor teatral, contento y orgulloso de su profesión. Él también había adquirido fama. Como apuesto e inteligente primer actor de la compañía Ortiz había viajado triunfalmente por toda la América del Sur. En todas partes era considerado como un genio del tablado. Las mujeres, subrepticiamente, deben haber puesto su retrato bajo la almohada de sus lecho para soñar con él.

Ricardo Guiolfi, ídolo de las mujeres del Ecuador y de quien se enamoró Carlota con la vehemencia de sus diez y ocho años sedientos de vivir.

CARLOTA SE ENAMORA PERDIDAMENTE DE RICARDO

Carlota no fué una excepción. Al verlo por primera vez, su corazón quedó conquistado. Casi todas las noches iba al teatro para contemplar a Ricardo y oír su hechicera voz de oro. Empezó a enviarle regalos, pero discretamente, pues usaba un nombre supuesto en sus tarjetas.

Ricardo empezó a interesarse en los misteriosos regalos y en la misteriosa y al parecer opulenta admiradora. Decidió investigar. Sobornando al mensajero, supo la identidad de Carlota. Observó el palco que ésta, generalmente, ocupaba en el teatro, y quedó prendado de su singular belleza. Entonces el actor le escribió una carta ferviente, apasionada, pidiéndole una cita para el día siguiente. Se encontraron. ¿Y fué amor a primera vista?

Los enamorados siguieron viéndose secretamente. Poco a poco fué comprendiendo Ricardo que las costumbres tradicionales de la familia de Carlota eran una barrera que se interponía cada vez más amenazante entre la felicidad de ambos. Por boca de ella supo la inmensa fortuna que poseía su padre, y también el desprecio que éste sentía por todo aquel que no perteneciera a su aristocrático círculo.

Pero Ricardo soñaba. Soñaba en casarse con Carlota: tal vez soñaba también en compartir con ella la jugosa fortuna del "Rey del Trigo". Ricardo, sin poder contener tanta felicidad, participó sus sueños a sus amigos. Les dijo que tenía intenciones de abandonar el teatro, que tanta fama y aplausos le había conquistado, para pasar en sosegada vida hogareña el resto de su vida.



Don Leonardo Rivas, llamado el "Rey del Trigo", padre de la bella Carlota, causante de la tragedia.

EL ESCANDALO DEL HOTEL SAVOY

A todo esto, el orgulloso "Rey del Trigo" vivía en profunda ignorancia del apasionado idilio entre su hija y Ricardo. Pero el punto culminante llegó una alegre noche en el Hotel Savoy donde se celebraba un festival para festejar la llegada del verano. A este festival fué invitada toda la aristocracia de Quito. Ricardo también fué, y cuando se presentó, los numerosos comensales le tributaron una ruidosa ovación. Sin embargo, las aristocráti-

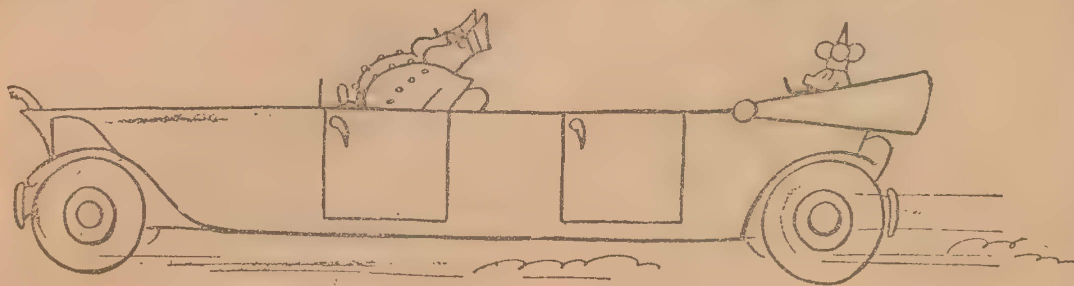
cas mujeres que lo aplaudían deben de haber lanzado más de un suspiro de contrariedad; su código social les prohibía mezclarse con actores o con cualquiera otra persona que no perteneciera a su elevado plano social.

Ricardo, orgulloso de su fama y de su profesión, no se sentía cohibido. Avanzó deliberadamente hasta la mesa de don Leonardo, y haciendo una graciosa reverencia, invitó a Carlota a bailar. Mientras el padre de Carlota y otros dos caballeros que estaban sentados a la mesa quedaban boquiabiertos de sorpresa, Carlota aceptaba la invitación del galán, y del brazo de Ricardo se dirigía al salón de baile.

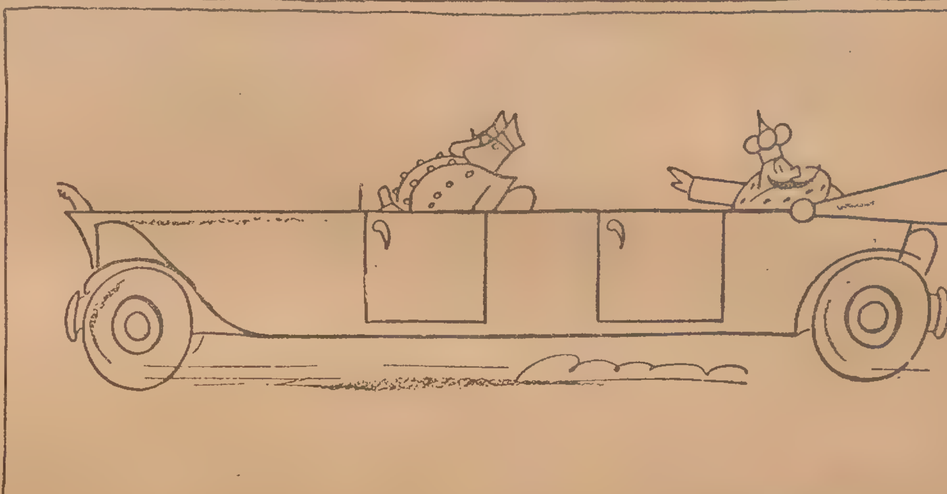
Había en la conducta de Carlota un sonoro revés a las más rancias tradiciones sociales de la aristocracia del Ecuador. Los murmullos de los asistentes así lo hicieron saber a la hermosa joven. Despreciando los torpes prejuicios, bailó con Ricardo, y, finalmente, abrazándolo, lo besó ante el asombro de todos sus amigos.

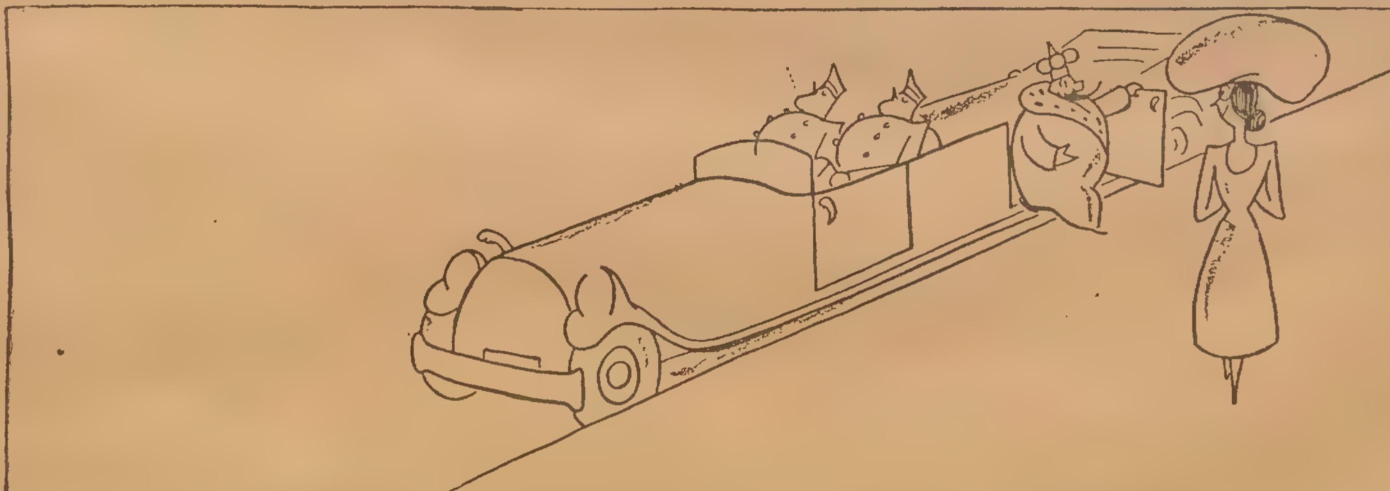
Su padre y los caballeros que lo acompañaban se pusieron de pie. Uno de ellos cruzó el salón y abofeteó a Ricardo.

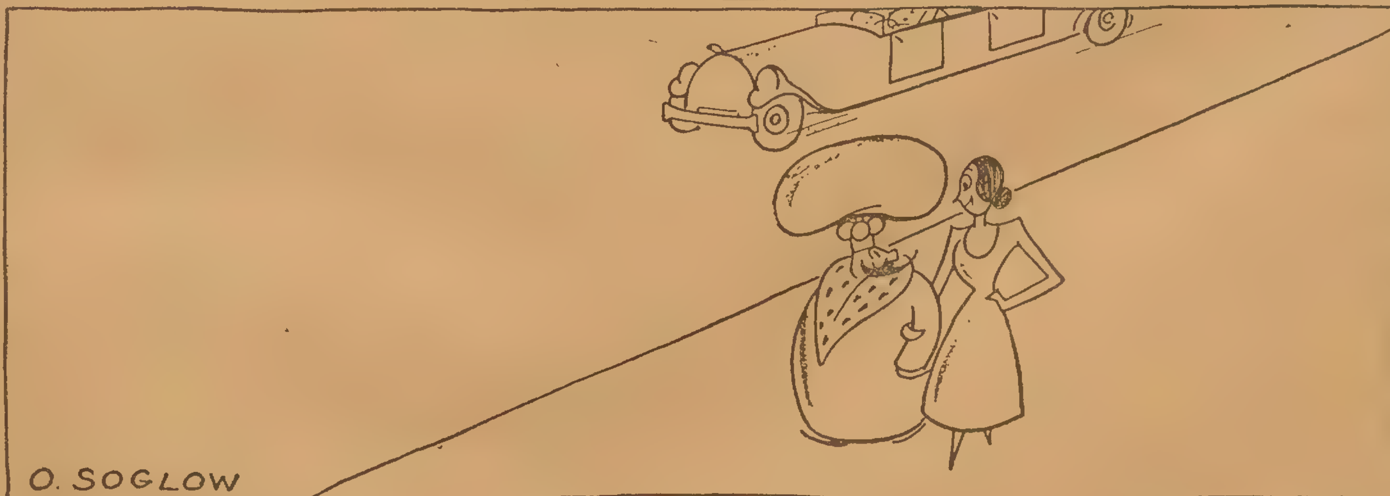
LAS GRANDES HISTORIETAS DE SOGLOW











EL REY GALANTE

Hubo una conmoción terrible. Las damas, temiendo más graves incidentes, se retiraron apresuradamente y escucharon voces de hombres en todos los tonos. Por fin, Ricardo Guiolfi fué acompañado a su hotel por un grupo de amigos, y Carlota se retiró a su elegante mansión acompañada de sus indignados padres.

Durante muchos días sólo se habló en Quito del escándalo. La voz de la calle decía compasivamente que Carlota, cuya belleza y dones tanto habían alabado los periódicos locales, se había humillado públicamente al besar a un actor en una reunión social tan importante. Como castigo, su padre la encerró en una habitación de su lujosa residencia y se negó a dejarla salir mientras el apuesto actor permaneciera en la ciudad.

NO VALEN CADENAS NI CERROJOS CONTRA EL AMOR

Pero ni Ricardo ni Carlota estaban dispuestos a someterse al castigo. En la mente de Carlota ardía el deseo de ver a su amado, y en la de Ricardo había la determinación de casarse con Carlota y de compartir su fortuna. Sabía que Carlota lo amaba tanto, que accedería a cualquier plan que él sugiriera. Y una noche los dos llevaron a cabo un audaz proyecto que asombró a todo Quito.

Primeramente Carlota envió un mensaje a Ricardo, por conducto de una de sus doncellas de confianza, diciéndole dónde y cuándo podría encontrarse con ella. Una noche, cuando no había nadie en las calles de Quito, el actor fué en automóvil hasta la casa de Carlota y la llamó cautelosamente; cuando ella escuchó la señal convenida, salió al balcón. Una vez allí, se deslizó hasta la calle por medio de una cuerda, y una vez más se encontró en brazos de su apasionado adorador.

A la mañana siguiente, cuando don Leonardo fué a la habitación de su hija, como era su costumbre, se encontró con que la bella prisionera había desaparecido, dejando una esquela. El potentado no quiso notificar a la policía, pues esto reviviría el escándalo causado por el incidente que puso fin al festival del hotel Savoy. Por tanto, don Leonardo empezó una investigación privada.

(Continúa en la página 52)



CUENTO para los NIÑOS

La felicidad del Rey

Por ELENA S. MUÑOZ

CUANDO, a la muerte de su padre, Bermindo III fué proclamado rey, en todo el territorio de Villalanda hubo grandes fiestas. Era tanto el regocijo popular, que el pueblo vivió una semana ajeno a todo lo que constituía su vida corriente, entregándose a la bebida y al baile.

Esto, naturalmente, supo bien a Bermindo, porque le demostraba que su pueblo recibía con gusto su ascensión al trono. Agradecido, durante esa semana se paseó entre sus súbitos, repartiendo sonrisas y apretones de manos.

En la capital de Villalanda eran numerosas las familias pobres, pero no había una más pobre que la del "viejo Vermion", constituida por el matrimonio y tres hijos.

Los Vermion, como todos los demás, salieron al paso del nuevo rey para tener el gusto de verlo de cerca, cosa que lograron. Al pasar Bermindo frente a ellos, acompañado de su augusta esposa, los ojos de todos los Vermion se desorbitaron de sorpresa y de admiración.

Al volver a su casa, Calino, el mayor, sin proferir una sola palabra se arrinconó en la cocina y se puso a llorar, actitud esta que alarmó a todos. El "viejo Vermion" acudió, cariñoso, a él para inquirir lo qué le pasaba y prodigarle sus consuelos.

—¿Qué te ocurre, hijo mío? — le preguntó.

— Nada — fué la respuesta de Calino, y continuó entregado a su dolor.

Insistió el padre, y luego la madre, y por fin el muchacho no tuvo más remedio que confesar lo que le pasaba:

— Siento una gran envidia del rey — dijo. — Él goza de todos los privilegios y de las mayores venturas, mientras que nosotros vivimos y comemos malamente. Ya que yo no puedo ser rey como él, quisiera morirme.

— ¡No digas eso, por Dios! — clamó la madre. — ¿Tan desdichado te sientes que no te importa la vida?

— ¡Oh, sí, madrecita! Pero no es, realmente, que yo esté envidioso de su suerte, sino que me desespera que Dios haga tan felices y poderosos a unos y tan desventurados y pobre a otros.

— ¡Ah! ¿Quiere decir que tú crees que nuestro rey es el hombre más feliz? — le interrogó el viejo. — Pues estás muy equivocado, hijo mío. Y tan equivocado que hasta diría que tú, con todas estas miserias que nos rodean, eres mil veces más feliz que él.



— Eso no puede ser.

—¿Que no puede ser? Es que es así, ciertamente. Si quieres convencerte de ello, te contaré, en dos palabras, la historia de Bermindo, "el rey feliz" como tú dices y a quien tanto envidias.

Reunió el "viejo Vermion" a sus hijos en torno del fuego, y empezó así la historia de su flamante monarca:

— Cuando Bermindo III vino al mundo, su nacimiento costó la vida a su augusta madre. Él, en verdad, no tuvo la culpa de ello, pero en su conciencia ya pesa un crimen, cosa, hijos míos, que no pesa sobre la vuestra. Como le faltó la madre, el pobre niño se crió sin gustar las mieles del cariño maternal, y esto es algo que él puede envidiaros a vosotros, a pesar de su elevada posición y de su envidiable fortuna.

"Vosotros os criáis libremente, sin cortapisas ni leyes; podéis correr por el campo, pasear, reír, bailar, y él no pudo hacerlo. Siempre vigilado, no pudo nunca dar un paso sin permiso de sus preceptores, ni jugar con los demás niños, ni correr libremente. Vosotros podéis comer lo que os apetece, que gracias a Dios no os falta lo indispensable, y él, en cambio, con todas sus riquezas, no puede comer más que aquello que le permiten. Él no ve el sol, ni la calle, ni puede concurrir a las fiestas del pueblo, tan francas y tan alegres. A vosotros nada de esto os está vedado.

"Antes de subir al trono, Bermindo

tuvo que contraer matrimonio. Por razones de Estado tuvo que aceptar la mano de una princesa antipática, que no lo hará feliz jamás. Él no pudo elegir esposa como podréis hacerlo vosotros el día de mañana; de modo, pues, que no le espera la felicidad en el matrimonio.

"Y ahora, al ser proclamado rey, no le está reservada tampoco ninguna dicha. Estará sometido a la voluntad de sus ministros, y, sin embargo, él será el único responsable de todos los errores que cometan. El pueblo empezará a tomarle antipatía y deseará su muerte; no faltará quien en un arrebato de patriotismo atente contra su vida, y se la quite cuando menos se lo espere, que es lo que acaba de acontecerle a su padre. Esto bien lo sabéis todos vosotros.

"Ahora decidme, hijos míos, si es más envidiable la vida de nuestro rey que la nuestra, con todas sus luchas y sus miserias, ya que a nosotros nos alumbra el sol libremente y podemos dormirnos todos los días sin amarguras ni remordimientos."

Calino se limpió los ojos con el revés de la mano y se arrojó en los brazos de su padre, hondamente emocionado:

— Tienes razón, padre mío — dijo. — Nosotros, los más pobres, somos más felices que el mismo rey, porque somos libres.

En ese momento se oyó fuera un gran alboroto. Corrieron todos a ver qué ocurría, y pudieron enterarse de la terrible verdad: un grupo de descontentos había aprovechado el paso del rey para elevar un petitorio demandando la supresión de algunos de los muchos impuestos onerosos que pesaban sobre el pueblo, y como el primer ministro les había respondido espontáneamente que no podría ser, "que el rey no lo concedería jamás", los componentes del grupo habían proferido los primeros gritos de hostilidad.

Y el "viejo Vermion" preguntó, volviéndose a su hijo mayor:

—¿Envidias todavía a nuestro rey?

FIN

BOLETOS, PASES Y ABONOS

(Continuación de la página 39)

— Sírvase mostrarme el pase.

No hay audaz que ignore aquello de que la fortuna siempre los ayuda. Artola pega un puñetazo en la mesa y encara enérgicamente al ferroviario:

— ¡Usted no sabe quién soy yo!... ¡Tráigame el libro de quejas!...

Movimiento de curiosidad en el coche comedor. Artola polariza la atención. Las risueñas viajeras se ponen un poco serias. Pero el inspector tiene mucha experiencia.

— Muéstreme el pase — insiste.

—¿Qué dice?... ¡Voy a anotar su número!... ¡Me quejaré en Once!... ¡Y desde ya le exijo que se presente al jefe junto conmigo!

Y para aumentar la simulación del hombre recto confirma, sin quererlo ni saberlo, el freudiano experimento de la negación confesora:

— ¡Yo no ando con pase falsificado!

El inspector no pierde la calma. Lo emplaza con ademán tranquilo:

— Ya lo arreglaremos en Once.

Y sigue su cometido conteniendo una sobradora sonrisa.

Para que crean que la indignación es justa, Artola resopla, bufa, agita los brazos, gira en el asiento.. Parece un molino descompuesto en día de viento.

Procura conversación dirigiéndose a los que están más cerca:

— ¡Insolente el inspector!... Lo voy a hacer echar... ¡No sabe quién soy yo!

No tiene eco la protesta. Lo único que provoca es una hostil curiosidad general. Influye el dinero gastado en boletos. Un hálito de moral comercial corre por el coche comedor. Y el silencio que aisla al del pase interpreta este solidario anhelo de los pasajeros:

— ¡Que pague como nosotros! ..

Distinta es la reacción de las cuatro chivilcoyanas. Se quedan del todo serias y no miran más a Artola. Discretamente conjeturan:

— ¿Quién será este tipo?...

Artola comprende que nadie quiere conversar con él. ¿Por qué no ocurrirá un choque o un descarrilamiento? Pero que él no figure entre las víctimas. La posibilidad de una catástrofe figura entre las muchas cosas que piensa egoístamente. Si ocurre un choque o un descarrilamiento podrá abandonar el tren con el mayor decoro. Y todavía se podrá dar el lujo de protestar.

Once. El convoy entra en los andenes cubiertos. Los changadores asaltan por las ventanillas. Eligen a los pasajeros que tienen cara de dar mayor propina. Artola entrega su valija, retira la chapa y ordena en voz alta:

— Un auto.

En la plataforma lo espera el inspector. Correcta es la invitación al pasajero:

— Sírvase acompañarme hasta la oficina del jefe.

A Artola le conviene la ofensiva. La acometividad es su mejor defensa:

— ¡Es a usted a quien yo le exijo que se presente conmigo!... ¡Ahora va a saber quién soy yo!...

Hombre tranquilo es el inspector. No hace cuestión verbal. En su vida ferroviaria se ha topado con muchos audaces.

Mezclados entre el público enfilan hacia el vestíbulo central. Caminan a la par. El empleado ferroviario medita sobre los inconvenientes de su misión. Llegará más tarde a su casa. En la oficina del jefe tendrá que aguantar los improperios de este tipo. Y si el audaz resulta de veras diputado o senador o alto funcionario, el caso pasará a la Dirección General de Ferrocarriles. Le levantarán un sumario. Puede él comprobar que cumplió con su deber. Pero igual tendrá que ir de acá para allá y de allá para acá. Perderá días de trabajo. Dolores de cabeza. Gastos. Total: pura pérdida.

También cavila Artola. Reconoce merecer, por zonzo, que le rompan a palos la cabeza. Podía haberse bajado en Haedo y sacar allí un boleto hasta Once, como lo pensó esa mañana. ¿Qué hará ahora en la oficina del jefe?... Para asentar una queja tiene forzosamente que mostrar el inservible pase. ¿Y cómo lo hará valer?... Casi es seguro que el jefe de Once dará intervención a la policía. Si eso ocurre confiará en su elocuencia. Ya se salvó una vez, en Rosario, en un caso igual, espetándole un discurso a un sargento. "Parece mentira — le dijo — que un criollo como usted se complique en un atropello a la Constitución, que prohibe la prisión por deudas." Y el sargento lo dejó.

Los apretones en el vestíbulo central le inspiran otra idea. Podría escabullirse ahí, entre el montón de gente. Pero... ¿Y si el inspector lo sigue?... ¿Seguirlo?... ¡Eso será si puede!... Distrayéndolo con el pase, Artola es capaz de hacerse humo...

La solución es magnífica. Y sólo exige un poco de audacia. Se planta frente al inspector, lo mira sin pestañear, saca el pase y, bien medida la distancia para escapar, formaliza un ofrecimiento. Lo hace con una sonrisa entre desafiante y protectora:

— Para evitarle un mal rato y para que sepa quien soy le voy a mostrar mi pase.

No esperaba eso el inspector. Instintivamente estira el brazo para atrapar ese maldito par de tapas impresas. Pero una fuerza extraña lo detiene. El imperativo del deber lucha con la visión de la tranquilidad. ¿Y si el del pase tiene razón?... La respuesta es casi afirmativa para el inspector: si no

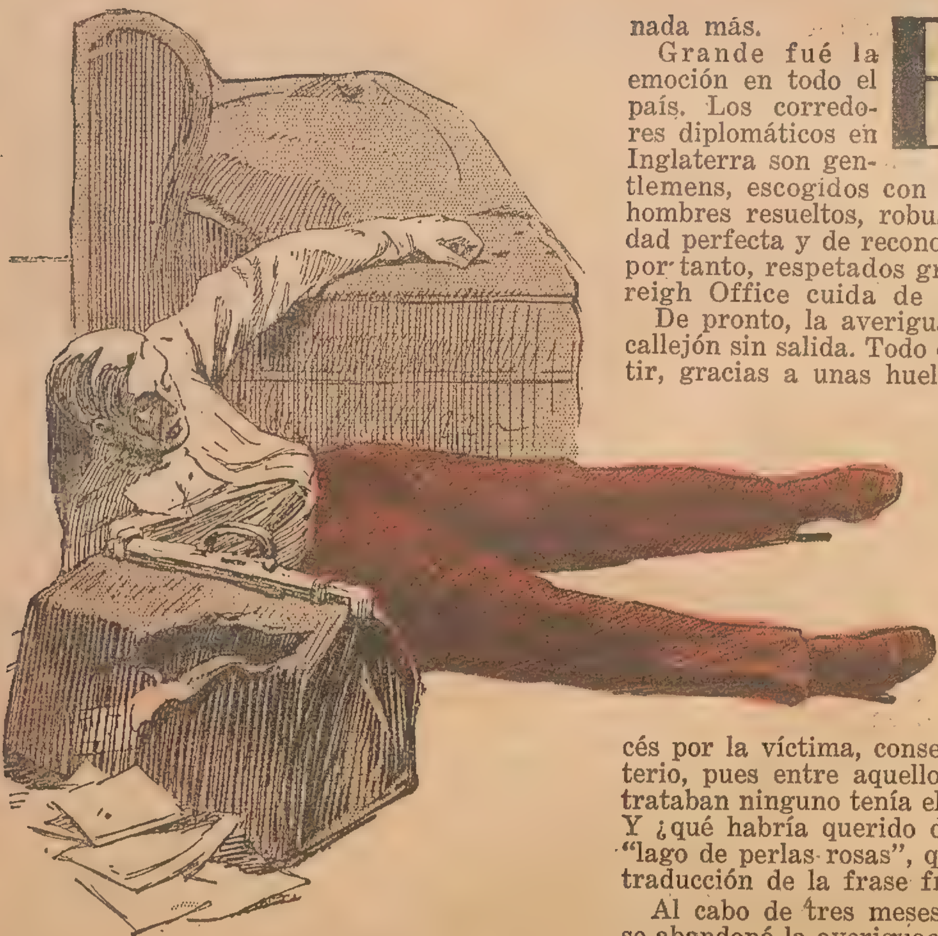
(Continúa en la página 61)

El LAGO de

UN CUENTO DE

Gastón Ch. Richard

Un correo del rey muere asesinado en un compartimiento de tren en viaje y llega a ser un misterio para la policía inglesa. Sólo Elsa van Laeghels lo esclarece. Y si su pesquisa no le exige el despliegue de todas las habilidades y arrojos de que fué siempre capaz la extraordinaria detective, en cambio logra revelarnos la desesperación y los extremos dramáticos a que es impelida una amante mujer abandonada.



ESA noche el telefonista de servicio en Scotland Yard dormitaba apaciblemente en su sillón de cuero, las piernas estiradas sobre un taburete. Eran cerca de las cuatro de la madrugada, y a esa hora las comunicaciones no suelen ser muy frecuentes.

Brucamente la campanilla sonó.

—¡Aquí el jefe de la estación de Charing Cross! — gritó una voz lejana. — Prepare el servicio, pues el correo del rey, sir Robert Hogdson, ha sido en este momento hallado muerto, asesinado, en su compartimiento.

Cinco minutos después, un inspector, un oficial y cuatro agentes de policía rodaban en auto hacia la estación de Charing Cross.

El cuerpo de sir Robert Hugdson se hallaba tumbado en un rincón del compartimiento, entre la ventana y la puerta del lavabo. El correo del rey, las piernas extendidas, los brazos colgantes, ofrecía a la vista su cráneo, completamente calvo, rojo de sangre y con dos horribles bocas como de llaga fresca. Las maletas personales del correo habían sido abiertas y revueltas. Y las tres valijas diplomáticas, de cuero amarillo casi nuevo y cerradura secreta, aparecían abiertas por el asesino con un tajo de navaja de afeitar tomada del propio "necessaire" de la víctima.

Sobre la banqueta yacía el arma del crimen: un martillo de vidriero, todo él de acero.

El inspector avanzó hasta el cuerpo caído del correo y se inclinó:

—¡Silencio! — dijo.

Todos cuantos se agolpaban en el corredor del "sleeping-car" guardaron silencio y escucharon. Un débil gemido reveló entonces que el hombre asesinado vivía todavía.

Guiados por el jefe de la estación, dos de los agentes de policía corrieron hacia el lugar en que se guardan las angarillas. Y no había transcurrido de esto una media hora, cuando el desdichado, lavado, cuidado por un médico, reposaba en buena cama, en una clínica quirúrgica.

En ese momento abrió los ojos y murmuró, con voz apenas perceptible:

—Mortimer..., le lac de perles... roses...

Luego volvió a su silencio.

Eso pasaba a las cinco de la mañana. Al mediodía, sir Robert-Reginald Hogdson, corredor del rey, moría sin haber podido decir nada más.

Grande fué la emoción en todo el país. Los corredores diplomáticos en Inglaterra son gentlemens, escogidos con sumo cuidado entre hombres resueltos, robustos, de una integridad perfecta y de reconocida moralidad. Son, por tanto, respetados grandemente y el Foreigh Office cuida de ellos con solicitud.

De pronto, la averiguación se halló en un callejón sin salida. Todo cuanto se pudo admitir, gracias a unas huellas poco visibles dejadas en uno de los espejos del compartimiento, fué que el asesino tenía la mano pequeña y llevaba guantes de tela agamuzada bastante usados. En cuanto a las palabras pronunciadas en francés por la víctima, conservaban todo su misterio, pues entre aquellos que lo conocían y trataban ninguno tenía el apodo de Mortimer. Y ¿qué habría querido decir con aquello del "lago de perlas rosas", que tal venía a ser la traducción de la frase francesa?

Al cabo de tres meses de vanas rebuscas, se abandonó la averiguación, tanto más cuanto que entre los papeles diplomáticos y el bagaje personal del muerto, nada, absolutamente nada había desaparecido. Todo concurría a arrojar sombras sobre ese drama. El jefe de estación y el oficial de la compañía de coches dormitorios, que jugaban a las cartas al otro extremo del "sleeping-car", nada habían visto ni oído. No había habido en ese vagón más que cuatro pasajeros: un clérigo, dos señoras, madre e hija, y un señor francés, casi sordo. Ellos tampoco habían visto ni oído nada, y el asesino había obrado con tal discreción, que existían muy pocas probabilidades de poderle echar alguna vez la mano. Cerróse, pues, el asunto, desde que la opinión pública, al principio violentamente emocionada, se había calmado. Otro correo reemplazó al finado Hogdson. Y con ello todo marchaba de la mejor manera en el mejor de los imperios durante el año 1909.

Año más tarde, un gentleman bien puesto, pero cargado con cierto exceso de joyas, se presentó en casa de Elsa van Laeghels, la detective. Traía una carta de recomendación de un diamantista muy conocido en Amsterdam. En cuanto a su personal tarjeta de visita, llevaba las solas indicaciones siguientes:

M. SALTAEL-BEY

Cairo. *Constantinopla.*

Tenía el aspecto de un levantino: la tez aceitunada, los ojos globulosos, negros, rasgados, la nariz curva como la hoja de una cimitarra, bajo la cual se erizaba, bastante cómicamente, un mostacho negro azulado, cortado como brocha, y todo lo cual terminaba en el mentón corto, que también azuleaba de tan rapado.

— Señorita — dijo dirigiéndose a Elsa, — la persona que me presenta a usted me ha alabado sus méritos y más aún su discreción. Quiero, pues, ponerle al corriente de un asunto que me interesa grandemente, desde que se trata de más de medio millón de libras esterlinas.

— Escucho a usted, señor — repuso Elsa.

— Hace cerca de un año — comenzó el levantino — fué asesinado en el rápido nocturno Douvres-Londres mi amigo sir Robert Reginald Hogdson. ¿Lo sabe usted?

— Sí — dijo Elsa, de golpe, interesada por esas solas palabras.

— Lo que usted no sabe es que yo le había confiado, para llevarla de Constantinopla a Londres, una verdadera fortuna en la forma de cien hileras de perlas.

—¿Rosas? — preguntó Elsa. — ¿De perlas rosadas?

— No, no — repuso vivamente el levantino. — Perlas perfectamente blancas, si no siempre muy grandes, y todas ellas de los "lulu" del golfo pérsico, venidas directamente de Mascata y de Barhrein, compradas por mí el año 1906 en el Cairo para venderlas al sultán y destinarlas a sus mujeres. Pero la revolución de ese canalla de Enver-Bey me hizo fracasar, y mi "lackh" de perlas quedó a cargo mío.

—¿Su lago de perlas?— dijo Elsa. — ¿A qué le llama usted un "lago" de perlas?

—No "lac" — repuso el levantino, riendo, al ver que en el idioma francés en que hablaban "lac" y "lackh" sonaban igual o poco menos. — No "lac", sino "lackh", palabra hindú que quiere decir "cinco mil". Un lackh de perlas son cinco mil perlas. Un lackh de rupias son cinco mil rupias. Un lackh de tropa militar son cinco mil soldados. ¿Comprende usted?

— Acabadamente. Continúe usted.

Saltael-Bey continuó:

— El negocio, bueno al principio, se me hizo malo por el hecho de que, al no poder vender, perdía yo día a día el interés del capital empleado. En Salónica, en Constantinopla, nada que hacer. Lo intentaba yo en Sofía, cuando, ¡cataplún!, otra revolución, la de 1908. Y ahora, la guerra de los turcos con

PERLAS

Italia. Por todo eso, yo que conocía bien a sir Hogdson, a quien había visto a menudo en el consulado, pues sabrá usted que soy protegido británico, me dije: "Mira, amigo Mortimer Saltael..."

—¿Mortimer? ¡Comprendo! — interrumpió Elsa. — En usted pensó sir Hogdson cuando dijo aquello del lackh de perlas rosas...

— No rosas, no rosas, blancas, y algunas ringleras un poco doradillas — corrigió nuevamente el levantino. — ¿Comprende?... Las perlas se habían puesto de gran moda en París, Berlín y Londres. Y Londres había alcanzado el rango de gran mercado de perlas. En consecuencia, había un buen negocio en perspectiva. Propuse a sir Robert Hogdson que me llevara las perlas para ponerlas en manos de mi corresponsal aquí. Es Dickie Weill... ¡Bien conocido en el Strand, el viejo Dickie! Con Hogdson no había que pagar aduanas, pues los bagajes diplomáticos no se revisan. Las cuatro mil libras que debía yo arrojar en las gabelas aduaneras, se las daba a Hogdson. ¿Comprende usted? Y Dickie Weill vendería las perlas. Y todos ganaríamos plata.

—¿Por qué no confesó usted eso cuando sir Robert Hogdson fué asesinado?

— Porque habían robado las perlas. Está severamente prohibido a los correos diplomáticos llevar o transportar en sus valijas ninguna otra cosa que no sea aquello que oficialmente se les confía. No deben hacer comercio. Y además, si hablo, confieso que he defraudado al fisco y se me condena. Sé la tarifa. Cuatro mil libras no pagadas se hacen ocho mil libras a pagar. Se dobla. Entonces no lo sabía. Si lo hubiera sabido, hubiese dicho "sí" en seguida. Y lo diré si me veo forzado a ello. Porque mi "lackh" de perlas que en 1906 valía diez millones, vale ahora quince. ¿Comprende usted?

—¿Y usted quiere que yo le encuentre sus perlas? — demandó Elsa.

— Eso, seguramente — repuso el corredor judío. — Encuentre usted las perlas, que yo me desentenderé con la aduana.

— Probaré hacerlo — repuso Elsa. — No prometo lograrlo. Usted comprende, es difícil. Y si yo encuentro las perlas, como eso implicaría hallar al asesino, habría siempre, y de cualquier modo, un entregado a la justicia..., un colgado...

— El oficio lo quiere... — dijo Saltael-Bey. — Si realiza el hallazgo, tiene usted el diez por ciento. Y si resulta concluído con la mayor discreción..., una ringlera de perlas para usted... ¡Palabra de honor!

— Bueno. Firmaremos contrato. Por el momento, descríbame usted sus perlas.

— Son cien ringleras de perlas; cada una en "caída", esto es, las más grandes en el centro y las más pequeñas en los extremos. Cada hilo, revestido de seda, termina en una borla de algodón blanco provista de mi marca en caracteres latinos, impresos en oro sobre una cintilla de satin verde en las primeras colecciones, azul en las segundas y rojas en las terceras.

—¿Y en qué consiste su marca?

— Es "M. S. B." en un lado, dentro de un cuadrito, y en el otro mi "tura" en turco. La "tura" es mi firma, pero mi firma estilizada, como la del padischah. Pero será mejor que la vea...

Con sus pequeñas manos morenas y rollizas tomó su cartera y sacó de ella dos o tres trozos de cinta y se los alargó a Elsa.

La tura consistía en un enredijo elegante de líneas curvas y puntos, en caracteres turcos, evidentemente trazados por una mano hábil en el arte caligráfico oriental, y la marca latina en un diseño monográfico marcado en oro sobre el derecho de la cinta. La tura, igualmente en oro, figuraba en el revés.

El levantino respondió a todas las preguntas que Elsa le hizo. Luego se retiró. Y la joven, que permaneció sola, reflexionó largamente. El misterio que contenían las pocas palabras pronunciadas por Hogdson agonizante quedaba poco menos que revelado. Sabía ya qué significaba el "lago de perlas". Pero ¿qué quería decir "rosas"? ¿Era el nombre de un color, o se refería a diamantes tallados en rosas que acaso le hubiese confiado otro comerciante constantinopolitano? ¿Había querido hablar de flores o era un nombre de mujer?

La averiguación se hizo larga y difícil. Prometiéndoles una prima, Elsa comunicó un poco de la fiebre que la poseía a todos los vendedores de alhajas, revendedores, corredores, fabricantes. Había hecho dibujar la marca y la tura, reproduciéndola en una circular confidencial dirigida a alhajistas y joyeros de Londres. En menos de una semana, cien personas le hicieron saber que habían comprado perlas de la marca "M. S. B." Pero, ¡ay!, los vendedores eran conocidos y sus ventas se habían realizado con regularidad.

En tanto que dejaba a los subalternos el cuidado de verificar las pistas, Elsa proseguía una averiguación mucho más delicada. Tratábase de saber si el difunto había tenido relación con alguna mujer llamada Rosa.

No era tarea fácil. Sir Robert Hogdson, el correo asesinado, era reservado por nturaleza. Sus allegados nada sabían de su vida íntima, que era, por otra parte, la de todo inglés célibe. Cuando no se hallaba en viaje, lo que hacía diez meses al año, vivía en el club. Por fin, después de seis semanas de rebuscas obstinadas, uno de los correos del Foreign Office, que había mantenido con el finado relaciones más amistosas que los demás colegas, le confió que había remitido a la madre de sir Robert Hogdson algunos papeles personales.

La madre de sir Robert Hogdson vivía en un pueblito retirado del Hampshire. Allí la fué a ver Elsa.

— Sí — dijo la pobre señora, — tengo todavía esos papeles. No tuve el coraje de hojearlos y enterarme de ellos. Si según me dice, pueden servir a usted para hacer luz sobre el triste fin de mi desdichado hijo, se los confiaré de buen grado.

Trajo a la joven una caja de cartón, de esas en que se despacha el calzado, atada con piolines, y le dijo:

— Ahí están los papeles. Lléveselos... Si encuentra entre ellos cartas o fotografías con el nombre de Juana Elder, quémelas. Esa Juana era la novia de mi hijo y se casó a los cuatro meses después de su muerte. Con el resto, haga usted lo que quiera. Si la caja contiene objetos que puedan ser para mí una reliquia de mi querido hijo, usted me los devolverá. Lo demás, quémelo también.

— Así lo haré, señora — dijo Elsa fuertemente emocionada.



— Sí — dijo la pobre señora, — tengo todavía esos papeles. No tuve el coraje de hojearlos y enterarme de ellos.

En la caja halló dos fotografías. Una representaba a una moza vestida de blanco, teniendo en la mano un ancho y pajizo sombrero de pastora y sentada de lado en un viejo banco de piedra. Era linda, pero tenía en sus labios una sonriente expresión orgullosa y dura. Detrás se leía esta dedicatoria: *"A mi Bob, para que piense en mí durante sus viajes."*

La otra fotografía era la de una mujer joven, de rasgos regulares, finos y voluntariosos, junto a la cual se veía a un niño de siete u ocho años, bella criatura riente, de largos rizos. Ambos estaban fotografiados sobre el

fondo de un rosedal en flor. La placa se hallaba junto con el retrato. Era con seguridad una foto de aficionado. En el revés de la prueba se leía esta inscripción: *"Mi Rosa y mi hijo entre mis rosas. Junio 1908."*

Elsa quemó la primera fotografía y guardó la segunda.

Luego, durante toda una noche dedicóse a leer las cartas. Y a veces, enjugándose los ojos arrasados en lágrimas, exclamaba:

—¡Desdichados!...

Al rayar el día se tendió en la cama, pero no pudo dormir, tanto era lo que su mente imaginaba. Por fin, después de una ducha y de beberse dos tazas de café fuerte, sin azúcar e hirviente, se puso un vestido modesto, un manto neutro, metió la foto y algunas cartas en la bolsa de mano y partió para el East End.

Tres cuartos de hora después penetraba en una casa de obreros y fué a llamar, al f.. do de un corredor mal iluminado, en una puerta tras de la cual cliciteaba una máquina de escribir.

Abrieron en seguida.

—¿La señora Rosa Dupuis Lelong?— preguntó Elsa.

— Soy yo, señora. ¿Quiere usted tomarse la milestia de entrar?

Elsa entró. Cerca de la ventana leía un niño de unos diez años, de linda cara paliducha.

— Su hijo, sin duda, señora. — interrogó Elsa.

— Sí, mi Robertito. Repasa sus lecciones antes de ir a la escuela... Pero ... ¡ya es hora, mi querido!

— Sí, mamá — dijo el mocito.

Se levantó, acomodó sus libros, se puso su abrigo y su gorra, y luego de abrazar a su madre, saludó a Elsa con gracia y se fué.

Elsa, con el corazón oprimido, contemplaba esa casa limpia y pobre.

— Señora — dijo, — yo me llamo Elsa van Laeghels y soy detective privada. Puede ser que usted sospeche a qué se debe que yo haya venido hasta aquí...

La joven señora palideció.

— No, señora, no sé qué puede ser... — dijo al fin en voz baja. — No lo sé, se lo juro...

—¿No fué usted una amiga de sir Robert Hogdson?

Los ojos de la joven señora enloquecieron. Juntó las manos y gimió:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Elsa se inclinó hacia ella.

— Esté segura de que no vengo aquí como enemiga y de que haré todo lo posible por salvar a su hijo y a usted. Sé cómo sir Robert Hogdson la ha arrebatado a usted de entre sus padres. Sé que este niño es su hijo. Anoche he leído las cartas suyas y las de él. Sé que fué trastornado por esa Juana Elder, que usted lo robó... y... Pero, ¿por qué lo ha matado usted?

— ¡Cállese, por piedad! ¡Si la oyesen!... — suspiró la desventurada Rosa, con una mirada de terror dirigida a la puerta. — Venga aquí... Yo se lo diré todo...

En el fondo de la segunda habitación sentáronse en la cama del niño, y Rosa dijo en voz baja:

— Ya que usted ha leílo nuestras cartas, sabe cómo me he defendido, cómo he titubeado... Conocí a Roberto en casa de amigos nuestros. Lo demás, ¿a qué contárselo? Durante ocho años fuí feliz. Mi Robertito nació. Su padre nos adoraba. Durante esos ocho años fuí la mujer más fiel. No me veía con nadie. Vivía entre mi niño y mi trabajo. Yo hago traducciones. Tengo mis certificados. Pero llegó el día en que esa Juana apareció en su camino. Mis súplicas, mis lágrimas, nada consiguieron. Roberto sólo prometió ocuparse de nosotros, juró que nunca dejaría que le faltara nada a su hijo, pero me afirmó que el casamiento que proyectaba era necesario al coronamiento de su carrera y que su resolución era inquebrantable. En la última salida de Boberto, un amigo y colega suyo, Elías Flagman, vino a pedirme sus fotos y sus cartas. Se las di, y mantenía yo en ese momento la firme resolución de no verme más con Roberto. Pero sabía en qué fecha debía volver de Constantinopla, pasando por el Cairo, Roma y París. No pude resistir al deseo de ir a su encuentro, de viajar con él en su compartimiento, como lo había hecho muchas veces al principio de nuestra unión. Dejé, pues, mi hijo a nuestra criada. Y con el pretexto de pasar la noche en la fiesta de una relación, me trasladé a Douvres. Para desgracia de él y mía, Bob fué puntual. Cuando me vió en el puerto, al desembarcar, tuvo un gesto de violenta contrariedad y me recibió descortésmente. Yo misma estaba nerviosa; le respondí ásperamente. Esperando que el tren estuviese listo, terminada la visita de las autoridades portuarias, hecho el trasbordo de los equipajes, nos paseamos por el andén. Cuando el tren se sacudió, me hallaba yo con él en la puerta de su compartimiento; pero me impidió que entrara y se encerró solo. No me atreví a insistir, pues tengo horror al escándalo. Y me retiré, henchido el corazón por su indigno tratamiento, y me refugié en el lavabo, donde me deshice en llanto. Allí, ¡Oh, Dios mío!, vi sobre la mesilla un martillo de vidriero, sin duda olvidado por un obrero poco antes, pues el marco del espejo tenía todas las señas de la resiente colocación del cristal. Tomé el martillo. Fuí a llamar a la puerta del compartimiento que ocupaba Roberto. Abrió, y al verme, lanzó un juramento.

"— Roberto — le dije, — quiero hablar contigo de nuestro hijo...

"— No tengo nada que decirle. ¡Váyase de aquí, o la hago tomar presa! Estoy de servicio y no debo escucharla.

"— ¡No me iré! — repuse colérica. — Y usted me habrá de escuchar.

"— ¡Ah, eso sí que no! — dijo extendiendo la mano hacia el timbre de llamada.

"Su gesto determinó el mío. Me vi agarrada, expulsada. El furor se apoderó de mí. Le sujeté el puño con la mano izquierda y con la derecha le di el golpe. No dijo nada, tuvo una mirada alocada, estúpida. Golpeé otra vez. Retrocedió tambaleando, se plegó sobre sus rodillas, cayó hacia atrás. Mi furia desapareció. Me incliné hacia él. Tenía los ojos revueltos. Sus heridas manaban sangre. Comprendí que lo irreparable había sido hecho. Creí que me volvía loca. Y tuve la visión, se lo juro, de la Corte Criminal, de la horca, de mi hijo doblemente huérfano... No me había sacado los guantes. Arrojé el arma. Me agaché sobre Roberto. Le tomé las llaves de sus valijas, en el bolsillo alto e izquierdo de su chaleco. Abrí los bagajes. Con una navaja de afeitar rasgué las valijas del Estado. Y de su "necessaire" tomé un paquete y lo abrí. Contenía perlas finas, en hilera. En ese momento volví la cara hacia Roberto. Había abierto los ojos y me miraba. Me incliné de nuevo hacia él, apoyando la mano en el espejo. Y le oí murmurar al desgraciado:

"—¡Es... estoy... condenado! ¡Perdón, Rosa!... ¡Me muero!...

"Lanzó un suspiro y se dió vuelta. Lo creí muerto. Tuve entonces la idea de llamar. Luego pensé que mi hijo me obligaba a huir. Nadie me había visto y en todo lo hecho no había puesto más de veinte minutos. Entonces tomé el paquete de los collares, no para asegurarme una fortuna, sino para hacer creer en un crimen por robo, y gané de nuevo el lavabo. Ni una gota de sangre me manchaba las manos ni la ropa. Pero estaba pálida como una muerta. Me pasé agua caliente en la cara y en las

Anónimos

Martín Punzón, que continúa en el presente número sus colaboraciones en "Mundo Argentino", ha desempeñado por espacio de largos años un cargo en la oficina de descifradores del correo de Calamuchita. Esta oficina llena un cometido interesante y curioso a la vez: todas aquellas cartas mal dirigidas o con direcciones ininteligibles pasan por las manos de sus empleados, verdaderos maestros del jeroglífico. La mayor parte de aquéllas quedan en esa oficina como en un osario, y cuando los casilleros están llenos y ha transcurrido un tiempo prudencial, deben quemarse. Pero Martín Punzón prefirió leer esas cartas, y como advirtió que muchas tenían gran interés, las coleccionó. Declarado cesante por una de esas inexplicables eventualidades del momento actual, ha creído oportuno sacar provecho de tales cartas, y nos las ofreció. "Mundo Argentino" ha adquirido los derechos de esta colección que irá publicando seblicando semanalmente.



Café de la Concordancia.
Burzaco (F. C. S.)

A Juan Listas (letrista).

La "zabeca" azapallada,
la mirada
en el vacío;
los dos codos apoyados en la mesa del café...
ahí lo tienen a Juan Listas
— el mejor de los letristas —
con el índice enlutado
rasqueteándose la nuez.
¡Es al ñudo! No le sale
ni por broma, ni una frase;
las malditas consonantes le resecan el testuz;
sin embargo "aquella idea"
que persigue
y se le escapa
está a punto de "captarla"
como a laucha un micifuz...

. . . .

De repente se ilumina
y encamina al mostrador
y le pide al cajero
un tintero
y un block.
Y en cuatro patadas,
aunque chille el orquestín,
"se faja" treinta estrofas enristradas
como gordas morcillas
en el piolín.
El "gotán" está "finito";
le ha salido
redondito,
macanudo, calentito como el moka de la express.
Por supuesto,
son "parolas" y "parolas"
más "parolas"
que lo mismo se colocan
al derecho que al revés.
Lo importante es que la letra
se acomode a las corcheas;
que la música sea buena
¡ya veremos lo demás!
El asunto es lo de menos:
se utiliza algún gran "dólor",
se machuca algún "corázon",
¡cualquier cosa... y a cobrar!

. . . .



Atorao de nicotina
se encamina al mostrador
y devuelve al cajero,
su tintero,
su block.
Saluda y sonríe
a la flaca del violín
y sueña que su tango es una fija
si lo musicaliza
Discepolín!

manos y descendí en Chatham. Nadie había en el andén ni tampoco en la ventanilla. Pasé. Vagué cerca de la estación. A las cinco de la mañana tomé otro tren. En la ventanilla no había nadie y debí llamar para adquirir mi boleto. Llegué a Londres a las siete. Era domingo. Mi hijo todavía dormía. La criada también. Me guardé bien de despertarlos; me desvestí a toda prisa, y, metida en la cama, me hundí en un sueño de plomo, sin ensueños, del que volví después de las dos de la tarde. Me sentía hecha pedazos, moral y físicamente. Y no hallé lágrimas ni sollozos, sino cuando la criada me trajo el diario que refería el asesinato de mi pobre Bob."

—¿Y no estuvo usted intranquila?

— No. Bob no tenía más confidente que su amigo Elías Flagman. Éste me vino a ver a las cinco y me encontró postrada, llorando, llena de desesperación. Bien lejos estaba, por tanto, de suponer en mí a la mujer que lo había muerto. Después de eso, el remordimiento y la pena no me han abandonado ni de día ni de noche. Envejecí antes de tiempo y no soy más que un sepulcro. No vivo ahora más que para mi hijo. En cuanto a las perlas, ahí están. No he tocado una. Se las daré, si usted las quiere llevar. Luego, hará usted de mí lo que quiera... Pero le suplico, señora, que avise usted a mis parientes..., por mi hijo...

El llanto le impidió seguir.

— Es usted una desdichada — repuso Elsa. — Debería entregarla a la justicia; pero faltaré a mi deber, porque la ley inglesa es sin piedad en su caso y usted iría a la horca.

Rosa Dupuis Lelong tembló, pero nada dijo.

— Le daré a usted quinientas libras — dijo Elsa. — Y le enviaré otras tantas. Este secreto de sangre quedará entre nosotras. Pero, ¿qué piensa hacer usted?

— Mi padre ha muerto — repuso Rosa. — Mi madre ha de recibirme...

Así terminó esta nueva confidencia Elsa van Laeghels. Así la hubiera terminado, a no haberle yo seguido interrogando.

—¿Sabe usted qué fué el fin de la desdichada?

— Sí. He de decírselo a usted. Murió en el Mediodía, a causa de los remordimientos y la tuberculosis. Sé que su hijo se ha casado, es feliz y tiene dos niños. Lo sabe todo. Su madre se lo confesó antes de fallecer. Tenía entonces diez y seis años. Todos los años me escribe. Es una buena persona.

FIN

PERDIDO EN LA NIEVE

(Continuación de la página 21)

carbar" y buscaron un abrigo; lo mismo hicieron las ovejas. El ladrido espectral del perro fué apagándose como si fuera en busca de las casas.

Cildáñez se detuvo. Su mirada serena escrutó la sierra y el llano. Ya venía por el valle, aceleradamente, una como cortina pizarrosa: la nevada. La acompaña el rebramar ronco y desigual del viento.

— ¡Brava la tormenta! — musita el hombre y torna a andar sin dejar de mirar la cosa atroz que se avecina. La prudencia le señala el mejor camino:

— ¡Vuélvete! — le susurra.

Toda su soberbia de gaucho, de varón fuerte, se subleva ante la proposición cobarde. ¿Volver atrás él? ¡Sí, apuradito! Ya le parece oír la risita burlona de don Mariano y la observación:

— ¿Ha visto, amigo? ¿No le dije que tendría que volverse a la fuerza?

¡Eso sí que no! Roberto Cildáñez no puede retroceder. Se halla apenas a veinte cuadras de la casa de la cual salió. Adelante le quedan dos leguas por andar. Es fácil el regreso: basta seguir la costa del arroyo aguas abajo. No se puede errar porque se da con el cerco que desempeña oficio de alambrado. Cuestión de una hora de marcha, más o menos. Al rumbo que lleva no queda más que una sola habitación antes de alcanzar la costa del lago en que tiene su rancho: y ni siquiera es una población, en el sentido de casa, de estructura; se trata del "rial" del indígena pastor Emilio Cañulef, especie de "bendito" construido con cuatro chapas al abrigo de un montecito. Sería fácil errarlo en medio de la ventisca y la obscuridad...

Ya nieva. Primeramente es una llovizna fina, que va entreverándose con algunos capullos como hojitas de papel que cayeran girando en el aire. Arrecia. El viento, como si se despeñara por las quebradas y escapara de la lobreguez de los aires, sopla huracanado y es como una mano descomunal que asiera la nieve y la retorciera y revolviera, agitándola en torbellinos y trombas. El audaz viajero camina envuelto en rachas heladas que le castigan en traillazos como si le fueran a desollarle el rostro broncíneo. Él se limita a bajar las "orejeras" de su gorra de cuero...

Del fondo tenebroso de la tormenta escapan aullidos, silbidos y quejidos de timbre casi humano.

Tiembla involuntariamente Cildáñez al antojársele que si yerra el paso de "Carro Roto" seguirá, inevitablemente, hasta las "buitreras" y "leoneras" del Cerro Negro, que representan el viaje sin vuelta, la "muerte blanca". Como el "real" del indio está a la margen opuesta del arroyo, resuelve vadearlo. Así ya no correrá peligro de extraviarse. ¿Habrá pasado ya las islas en que "el Gato" se polifurca en canales profundos?... No distingue nada. ¡Mala suerte si da entre las islas! Se mojará pero saldrá bien de allí. Cierto es que hay el peligro de caer en alguno de los canalizos, encajonados, de barranquitas a pique. Paciencia; cuestión de mojarse y nada más. ¿Nada más? Hace mucho frío. A pesar del abrigo de sus ropas y de sus gruesos guantes de cuero de gato montés, él tiembla. Es que está helando cruelmente. Volviéndose al Sur y procediendo con cautela el joven se acerca a la costa del arroyo, que tendrá allí unos dos metros de anchura y no más de veinte centímetros de profundidad. Del fondo sobresalen grandes piedras sobre la superficie del agua correntosa. Con infinitas precauciones, y afirmando bien el peso del cuerpo sobre un pie para avanzar el otro, consigue vadear sin mojarse. Con un suspiro de alivio reanuda la marcha. Poco progresa cuando otro curso de agua le obstruye el paso. ¡Maldita estrella la suya! Ha caído justamente en las islas. Paciencia; irá cruzando los brazos aguas arriba hasta salir de aquel laberinto. Se atrasará un poco, pero no corre el riesgo de perderse... Recuerda; son siete los brazos, Los va contando a medida que los transpone. ¡Ya están todos! Ahora puede volver a caminar confiado. Siguiendo los "ñirantales" de la margen del arroyo no demorará en llegar. Satisfecho, apura el paso. Siente tentaciones de gritar, de lanzar el viejo alarido de los indios. Nadie le aventaja en ello. Tal vez si gritara, Emilio lo oiría y se asombraría, pero luego comprendería quién era, porque había un solo hombre capaz de realizar tales hazañas, él, Roberto Cildáñez, gaucho por donde lo buscaran... De repente el suelo pareció hundirse bajo sus pies. Con grande estrépito y crujir de ramaje, desapareció entre un torbellino de nieve. ¡Maldición! Se había equivocado por fin; le faltaba un brazo del arroyo por cruzar. Rezongando logró incorporarse. Chorreaba agua helada.

— Ahora sí — pensó, — que estoy arreglado. En cuanto me agarre el frío ¡adiós!

Fué más traidor de lo que él se lo imaginara el enfriamiento. Una especie de cansancio, de laxitud lo invadía. ¿Frío? No; no sentía frío, pero... ¡que fatigado! ¿Por qué? No se había apurado. Resolvió reposar un momento. Buscó lugar propicio y se sentó sobre un grueso tronco seco arrastrado por las grandes avenidas de las aguas en primavera. Los ojos se le cerraban... ¡Dormir!... No; no hacía frío. ¡Qué tonto había sido al temer enfriarse! ¿Enfriarse? Pero... Las manos le pesaban. Intentó moverlas y no pudo. Las tenía apoyadas sobre ambas rodillas...

Terminar así él, tan gaucho, tan trabajador, tan fuerte. ¡Que lo venciera la muerte, sentado, indefenso, en plena vida! Ya le ascendía como un hormigueo por las piernas... ¡Cuándo le llegaría al corazón!... Reunió todas sus fuerzas y quiso gritar. Nada. Su garganta parecía reseca; su lengua de piedra?... ¿Tendría que resignarse, entonces?... Pronto terminaría... Brazos y piernas le pesaban como si fueran de hierro. ¿Estarían muertos ya; vivo sólo el corazón? En postrer esfuerzo de mortal angustia, casi de agonía, probó a mover la diestra. Una, dos, tres veces... Por fin agitó levemente los dedos y la mano misma. ¡Ahora sí, con calma y serenidad triunfaría! Poco a poco logró refregar la mano contra la pierna y fué acercándola a la otra. Empezó a sudar y entró en calor; era la reacción favorable. La reciedumbre de su cuerpo gigantesco lo salvaba. Púsose de pie y brincó desaforadamente, azotándose el cuerpo con las manos. Tras un cuarto de hora de friegas y saltos caminó otra vez, despojándose del saco, para quedar más liviano, y colgándolo en un arbusto.

Ya a boca de noche los perros de Cañulef ladraron. El ovejero abandonó el mate y muy sorprendido salió a ver qué era lo que tal alboroto causaba. Sus ojos se negaron a creer lo que veían: cayéndose y levantándose, arrastrándose en cuatro pies, se acercaba un hombre. Sus ojos parecían no ver. ¿Hombre? ¿No sería un fantasma?... Instintivamente el indio llevó la mano al cabo del facón. Dominando la primera impresión, se dió cuenta de la tragedia y corrió a auxiliar a aquel semejante que ya se mantenía en pie por puro automaticismo. Casi alzándolo en peso lo acercó al fogón, aunque no mucho para que no se "deshelara de golpe". Avivando el fuego, miró al que acababa de salvar la vida por tan estrecho margen, y en el colmo de la estupefacción borbotó:

— ¡Roberto! ¿Es usted? ¡Pero cristiano e' Dios, si parece un muerto! Tiene la cara color tierra...

Con gran trabajo le quitó las ropas mojadas, lo enjugó con una toalla, lo frotó y le dió a beber un poco de caña que conservaba para casos de emergencia. Reanimado ya, le hizo tomar mate, la gran panacea criolla, comer un churrasco que preparó especialmente, ingurgitar un jarro de té caliente y acostarse bien tapado con ponchos y matras. ¡Ya estaba salvado! Yerbiando y fumando, el indio lo contemplaba con ojos de bondad y piedad infinitas. Mañana podía tocarle lo mismo a él. Ya una vez...

FIN



Dentro de pocos días, el 8 del corriente, tendrá lugar en los Estados Unidos la elección presidencial para el período 1932 - 1936. Figuran como candidatos el actual presidente Herbert Hoover y el gobernador del Estado de Nueva York, Franklin Roosevelt. Difícil es predecir por cuál de los dos se decidirá la suerte de las urnas, pues se tra-

HOOVER ha dicho:

"Deseo hablar tan sencilla y claramente que ninguna mujer ni hombre dejen de entenderme."

"En repetidas ocasiones he recomendado al Congreso la abolición de reparticiones y comisiones absolutas por razones de economía."

"En ninguna parte de los Estados Unidos volverá a aparecer la taberna."

"Solicito y agradezco la ayuda de todo hombre y mujer en la conservación de los Estados Unidos para la felicidad de su pueblo."

HOOVER o ROOSEVELT

POR

LEONARDO J. REID

Destacado periodista londinense

LOS procedimientos tortuosos y complicados por los cuales cada cuatro años el pueblo de los Estados Unidos elige presidente, se hallan en su apogeo en estos días. Dos candidatos han sido elegidos para representar a los dos grandes partidos tradicionales. En realidad existen otros candidatos que nadie sabe a quién representan, pero son de poca importancia comparados con los dos primeros. La lucha es directa entre Herbert Hoover, ocupante republicano de la presidencia, y Franklin Roosevelt, demócrata, gobernador de Nueva York y aspirante a la Casa Blanca. La elección que haga el pueblo norteamericano es cuestión puramente suya, pero el papel potencial de Norte América en los asuntos mundiales es tan vital que las demás naciones no pueden dejar de seguir la lucha con ansiosa expectativa, haciéndose dos preguntas:

¿Cuál de estos dos hombre presidirá los destinos de los Estados Unidos durante el período crítico de 1932 a 1936? ¿Cuánto importa cuál de estos dos hombres resulte elegido?

En el curso de las últimas semanas he tenido el privilegio de hablar con ambos candidatos, con algunos de sus principales partidarios y con muchos norteamericanos astutos y altamente colocados, que siguen el desarrollo de los acontecimientos. En conclusión he podido deducir que será una ruda e implacable batalla. Si las circunstancias fueran más normales, Mr. Hoover sería gran favorito, pues, por lo general, el que desempeña la presidencia y corteja una reelección lleva una gran ventaja. Además, es más fácil que triunfe un republicano que un demócrata. Resulta serio obstáculo para la "chance" de Hoover el hecho de haber ocupado el poder durante el período de la profunda depresión. Aunque la mayoría del electorado yanqui es republicano, no cabe dudar que la creciente impopularidad de la prohibición de expendio de bebidas hará perder muchos sufragios a Hoover, que, sólo por esta elección, reforzarán a los demócratas, que abogan por una política "mojada".

Tan poderosa es la combinación de esas dos fuerzas a favor de los demócratas, que si la elección hubiera tenido lugar hace algunas semanas, no cabe dudar de que Roosevelt hubiera triunfado por gran mayoría, pero antes del 8 de noviembre pueden producirse sorpresas inesperadas. Hasta, a última hora, Hoover puede ceder en la cuestión del prohibicionismo.

Por lo que a prestigio personal respecta, ambos candidatos se complementan. Roosevelt tiene un fuerte capital en su nombre, porque a su pariente lejano que fué presidente de los Estados Unidos se le recuerda con cariño y respeto casi idolátricos. A esta situación, Hoover puede oponer la ventaja de una sólida reputación como organizador de éxito, comenzando en la época lejana en que vigilaba y ordenaba la alimentación en países empobrecidos por la guerra, reputación que fué asiduamente propalada desde entonces.

Si las elecciones tuvieran lugar en un país más pequeño y compacto, Roosevelt podría ganar por pura fuerza de habilidad, de plataforma, atractivo y encanto personal. Por lo que hace al atractivo personal de los candidatos en los Estados Unidos, es sólo la radio lo que importa, y este medio de transmisión

ta de dos personalidades tan vigorosas como de sólido prestigio. Hace meses que luchan enconadamente. El mundo contempla con explicable interés la lucha cívica en la gran república del Norte, pues la gravitación de aquel país es tan grande que del acierto de los votantes puede decirse que dependen la paz y el bienestar universales.

ROOSEVELT ha dicho:

"No toleraré dudas o ambigüedades sobre mi situación y puntos de vista sobre cualquier asunto que se presente en esta campaña."

"He predicado constantemente que el gobierno cuesta demasiado. Debemos abolir las reparticiones inútiles."

"Por justicia y razones de moralidad debemos evitar que reaparezcan las tabernas."

"Prestadme vuestro concurso para triunfar en esta campaña, encaminada a devolver los Estados Unidos a su pueblo."



¿Cuál SERA el próximo PRESIDENTE de los ESTADOS UNIDOS?

nivela el razonamiento frío e implacable de Hoover con el entusiasmo impresionante de su antagonista. En la ecuación personal hay otro factor que puede ser muy importante en aquel país, pero que carecería de trascendencia en cualquier otro: hace algunos años Roosevelt fué atacado por la parálisis infantil. Venció al mal a fuerza de tenacidad y ha sobrellevado con vigor y éxito la pesada carga de la gobernación de Nueva York. Con todo, se sostiene públicamente que la cortapisa que su estado ligeramente morboso entraña puede resultarle pesado a la larga. Se duda de su capacidad física para soportar el tremendo esfuerzo de la Casa Blanca, y si él fallara, los Estados Unidos tendrían que aceptar como presidente al segundo en la campaña, Garner, que es impopular y a quien no se considera con volumen suficiente para desempeñar la presidencia. Creo que la mayoría de los yanquis, aparte de las filas de partidarios incondicionales de cada uno, convendrán conmigo en que la lucha será difícil y que el resultado dependerá de la situación de los negocios para el 8 de noviembre.

Llegamos a la segunda pregunta: ¿Importa el resultado al mundo exterior? Para el que mira desde afuera, ambos partidos yanquis son conservadores. A pesar de la mala época, la cantidad de radicalismo existente en los Estados Unidos no es digna de ser tenida en cuenta y se halla completamente desorganizada. Gane el que gane, la nación será gobernada de acuerdo a las recientes tradiciones en sus asuntos internacionales. Por lo que respecta a la política mundial, en la cual el próximo presidente tendrá que tomar la iniciativa, ambos candidatos tienen mucho más conciencia internacional que la gran mayoría de sus conciudadanos. Ambos conocen a Europa y comprenden sus problemas; ninguno cree que los Estados Unidos puedan prosperar en el aislamiento; ambos consideran la cuestión de las deudas de guerra y las tarifas aduaneras como parte integrante del gran problema mundial que hay que solucionar antes de que América y el resto del mundo puedan volver a la prosperidad. Juzgados por sus programas, Roosevelt respondería mejor que Hoover a una política de tarifas aduaneras liberales, pero los programas sólo mantienen su validez hasta el día de la elección, y es fácil que en este asunto tampoco exista gran diferencia entre ambos hombres.

Es un rasgo curioso de los yanquis, que, orgullosos como se sienten de su país y sus instituciones, se inclinan siempre a empequeñecer las figuras de sus políticos y por eso se repite a cada momento que ambos candidatos son flojos, pero si se tiene la suerte de hablar con ellos se comprueba que eso no es cierto. El resto del mundo puede estar seguro de que el que resulte elegido por el pueblo, estará totalmente capacitado para dirigir y reconocer la responsabilidad ilimitada en asuntos mundiales que pesará sobre sus hombros. Todos, pues, debemos seguir con simpatía esta gran lucha comicial que tendrá lugar en el país más importante de América y del mundo.

¿Qué resultará de ella? Para muchos países resulta particularmente interesante el asunto, porque aunque Roosevelt no haya hecho en términos precisos y categóricos profesión de fe librecambista, sostienen sus partidarios y allegados que su primer acto de política internacional sería derribar las barreras aduaneras actuales. Hoover, en cambio, es probable que se incline a mantenerlas, actitud que imitan todas las naciones del mundo, y a la cual se culpa de la crisis.

EL IDILIO TRAGICO...

(Continuación de la página 43)

De una cosa estaba convencido el "Rey del Trigo": que Carlota se había escapado con Ricardo. Sin duda, el plan del actor era el de mantener a la joven oculta hasta que el padre se viera obligado a consentir el matrimonio para evitar a su hija mayores escándalos. Al casarse, el intrigante Ricardo participaría de la fortuna de la familia.

LA MISTERIOSA DESAPARICION DEL ACTOR

Las sospechas de don Leonardo estaban fundadas, pues tal era exactamente el plan del actor. Sin embargo, continuó apareciendo en el teatro, como de costumbre, desafiando a don Leonardo a que lo acusara abiertamente de rapto. Pero don Leonardo había echado mano a otros medios más discretos y efectivos.

Una noche Ricardo salió del teatro acompañado de tres desconocidos. Sus amigos no volvieron a verlo después de aquella ocasión.

Nadie supo lo que sucedió al apuesto y popular Ricardo. Toda la ciudad estaba perturbada. Los diarios publicaron largos artículos acerca del asunto y resucitaron el incidente del hotel Savoy. La policía hizo pesquisas en la ciudad y en los pueblos vecinos, pero sin resultado. El caso suscitó tanta expectación en el Ecuador como el secuestro del hijo de Lindbergh en los Estados Unidos. La hipótesis general era que Ricardo Guiolfi había sido asesinado por "personas desconocidas".

UN EPISODIO TRAGICO REVELA EL MISTERIO

Lo que en realidad sucedió no se habría sabido durante mucho tiempo, si no hubiera sido por un extraordinario episodio. Parece que don Leonardo, todavía llorando la desaparición de su hija, se mudó a una villa cerca de Quito. Era una villa solitaria, y esto, junto con la gran riqueza de don Leonardo, atrajo la codicia de Pedro Orellana, un famoso bandido al que hacía tiempo perseguía la policía.

Oyendo decir que el "Rey del Trigo" había recibido una gran suma de dinero, Orellana y ocho de sus secuaces atacaron la villa una noche. Iban armados con cuchillos y pistolas. Llegaron a caballo, desmontaron y avanzaron cautelosamente hasta el primer piso de la villa. Lo que ignoraban era que los sirvientes de la casa estaban en el primer piso y habían oído el ruido.

Así es que cuando Orellana y sus hombres entraron en el vestíbulo, los sirvientes abrieron fuego. Hubo una corta, pero terrible lucha, en la cual Orellana dirigió sus hombres contra los sirvientes dirigidos por don Leonardo mismo. Al cabo de unos minutos, Orellana cayó muerto. Los otros malhechores, aterrados, huyeron, dejando tras sí un herido.

Mientras tanto, alguien había llamado por teléfono a la policía. Diez agentes llegaron, pero ya los bandidos habían desaparecido. Cuando la policía entró en la villa para "levantar el campo", uno de los polizontes escuchó lastimeros quejidos que salían de una habitación. Al entrar, vió a un hombre agonizante. Durante la refriega había sido herido mortalmente por una bala perdida.

Era Ricardo Guiolfi, el célebre actor. Parece que la noche de su desaparición había sido conducido a la fuerza desde el teatro por hombres pagados por don Leonardo, y habría sido mantenido prisionero hasta que hubiera garantizado el regreso al hogar paterno de la bella Carlota.

A la mañana siguiente los diarios publicaron los detalles de la tragedia, y Carlota regresó al hogar paterno, triste y llorosa. Explicó que durante su desaparición había estado en la casa de una vieja actriz, esperando en vano su enlace con Ricardo.

Pero ahora el gran actor estaba muerto; la razón para estar fuera de su casa había dejado de existir. Y Carlota lloró por el fin de Ricardo, y Quito lloró por el fin del idilio; pero no había lágrimas en la cara de don Leonardo. Para él, una pesadilla de locura había terminado. Su hija, arrepentida, había regresado a su casa, al castillo ancestral de Quito y de las inflexibles tradiciones que originaron la tragedia.

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LA MODA Y EL AHORRO

Otra vez las mujeres, al someterse a la moda, se ponen de lleno en el ridículo. Se usan unos sombreros pequeñitos, pequeñitos, casi parecen una de esas fuentecillas de barro cocido para hacer al horno comidas al graten... Una especie de caja o de budinera, chata, antiestética, que va mal a la melena, que no armoniza con el traje, que no realza ninguna belleza, así cuente ella quince primaveras o veinte. Pero todas, como si fueran un ejército de obedientes soldados, han salido a la calle con el nuevo sombrero. ¿Por qué no tenemos personalidad? ¿Por qué no tenemos gusto propio? ¿Por qué somos "standard"? La que pasea por Florida, la que va a misa de once en Belgrano, la que vive en Avellaneda, la que está radicada en Córdoba, en Tucumán o en Jujuy todas, en cuanto el último figurín llegó de París, corrieron a la modista y pusieron en ridículo su pobre cabeza.

Si esta obediencia la utilizaran las mujeres en cosas más útiles, el mundo marcharía de otra manera. Por ejemplo, si todas a una dieran en pensar que el 31 de octubre es el día del ahorro, y corriendo como fueron a la modista por el sombrerito chabacano, corriendo fueran de una amiga a otra y les diera por fundar una liga para practicar el ahorro.

Pero el gasto las seduce más que la economía; más de acuerdo con su espíritu está el desorden que el orden, y el desorden donde primero hinca el diente es en el presupuesto del hogar.

Yo no quiero exagerar, pero es del desequilibrio del presupuesto familiar de donde nacen un ciento de males irreparables.

Por dinero, por ambición, por tener más que la amiga, por ser elegante, por atraer la atención, ¿a qué no acude la mujer? ¿Qué recurso no busca, qué locura no le parece lógica y aceptable?... La deuda, el engaño, el deshonor, ¿no nacen, acaso, del gasto desquilibrado y desmedido?

¿No induce él al jefe de familia a los más grandes sacrificios cuando no a las más grandes vergüenzas?...

No uno, cien hombres han pagado con su vida el desastre del presupuesto que en el hogar está en manos de la mujer. Ella puede, con sólo voluntad y cuidado. ser el ángel bueno que vele sobre la vida, nutrición y carrera de los hijos. De ella dependen el progreso, el triunfo y la mayor rendición del jefe de familia. El ahorro de la mujer es, puede decirse, su mejor patriotismo. Todo país cuya mujer sea económica cuenta con una fuerza indiscutible. En eso nos sirve, como en muchas otras cosas, de ejemplo, la mujer francesa, cuyas pequeñas economías sumó miles de millones de francos que salvaron a Francia de la vergüenza, tras el desastre del año 70. Hoy mismo, después de la última guerra, ¿quién fué la primera en ir a cambiar sus ahorros por títulos del empréstito? ¡La mujer francesa!

Allí se veía a la modesta y a la aristócrata, a la mundana y a la criada; todas, todas fueron, todas tenían su fondo de economías, hecho en los días felices y brillantes de la juventud para los días tristes y marchitos de la vejez.

Pero nosotras, ¿qué sabemos de economía? Si tenemos uno, gastamos dos. Si el marido produce ciento, se le exige doscientos. Y así va la rueda, dando vueltas en la equivocación y el error, sin detenerse nunca, hilando siempre sinsabores, tejiendo siempre desventuras.

Un centavo, un peso, diez pesos cada día o cada mes pueden llegar a sumar una fortuna; pueden ser el grano de arena sobre el que se levante una montaña.

Un fondo de economía en un hogar es como el sol que todo lo alegra, que es garantía de abrigo y de luz.

El hombre que cuenta con un fondo de economía goza de una tranquilidad que le permite sacar más provecho a la vida, más beneficio a las empresas, que aquel que lleva sobre sí el fardo de las deudas; la duda del mañana, que aniquila los nervios, que ocupa el cerebro y resta energías.

El ahorro aleja la mala suerte. porque es evidente que quien de continuo piensa en el mal, atrae al mal. Si la madre que no dispone de ninguna economía vive pensando cómo hará si el hijo o el marido enferman, es seguro que ha de caer en la angustia por ese marido o por ese hijo a quienes no puede defender porque le falta el elemento principal: el dinero.

Si la invitación a la fiesta llega y no dispone con qué comprar, así, de improviso, un traje nuevo, es de suponer con la violencia con que la mujer ha de presentarse en desventaja de condiciones sobre sus amigas, que disponiendo de ahorro hacen sin sacrificio una nueva toilette.

¿Es posible, acaso. sin la economía llevar los niños al veraneo de playas y montañas, que garanticen la salud para el próximo invierno?

En fin. los estudios, la carrera, la situación social de todos los que forman una familia ¿pueden acaso cimentarse en las familias desordenadas pecuniariamente?

Hay que ser como la hormiga, hay que guardar para tener, hay que prevenir para no sufrir.

La moda, el vestido, el sombrero, la vanidad femenina es la que está atentando todos los días contra el bienestar de la prole.

No hay que abrir los figurines y correr a la modista; hay que abrir los figurines, sí, pero hay que correr al ropero y arreglar lo del año pasado, componerlo, refrescarlo, que el gasto no hecho es ya la economía establecida.

GRAN CONCURSO...

(Continuación de la página 10)

autóctona en los cantares. Uno de nosotros se entendió con ella muy bien.

Si es indiscutible que tal repertorio no tiene por finalidad el bostezo, aunque lo consigue con amplitud, sobran oyentes (sobre todo en el interior, que debemos cuidar) necesitados de estas amodorrantes evocaciones como paliativos de sus calurosas siestas.

Canta por cifra y no distingue una clave de fa de una de sol; pero como toda cancionista criolla, carece de tiempo para estudiar solfeo y deletrear el p e n t a g r a m a. "Al fin y al cabo como no me voy a dedicar a la ópera, ¿para qué romperme la cabeza con esas macanas?", dice ella misma con graciosa espontaneidad.

Fuera de que tiene una razón yanqui, un bandoneonista amigo "le pasa" las páginas que otro guitarrero le selecciona dentro de los autores de su barra, evitándole el surmenage posible.

Aunque creemos que cualquier chica dedicada a estas aficiones debería recorrer los almacenes de música y buscar a su arbitrio lo que más conviniese a su temperamento en homenaje al paladar del público tan maltratado, forjándose así su propio porvenir sin desastrosas tutelas, nos parece innecesario insistir por tratarse de cuestiones ajenas a este fallo.

Gloria María Labolle está decidida a abandonar su empleo de manicura, si tiene suerte en este concurso.

Votamos, es decir, hacemos votos por que alguna vez se incorpore a estos dos numeritos que al fin y al cabo cuestan muy poco.

c) RECITADORAS Y POETISAS

No ha sido posible hasta la fecha llegar a la antepenúltima rueda por exceso de inscripciones.

El exceso corresponde al número y a la extensión de los "versos" que cada una nos endilga, no obstante los diez minutos señalados por el reloj de arena de la estación.

Agréguese a estos reparos la presencia mosconeante de las respectivas mamás, tías y "cosos", amén de los mil recortes de diarios y revistas con que nos ametrallan.

Finalizaremos nuestra misión la próxima semana, si Dios y la gripe no se oponen.

Presentamos nuestras excusas al señor Director.

d) DUO CRIOLLO

Aunque parezca mentira, la sanción de la ley de vialidad ha determinado la ausencia de interesados en este rubro.

Según nuestros informes, el selecto lote de postulantes, asiduos a las antesalas de la Epsilon, se ha inscripto en las cuadrillas camineras, abandonando el "camino" del arte en espera de una mejor y segura retribución a su trabajo.

Entendemos r a z o n a b l e mantener abierto el concurso de dúos criollos hasta el levantamiento de la próxima cosecha.

O de lo contrario recurrir a los otros noventa y tantos dúos notables que tienen convenios con trasmisoras asociadas.

Dando por finiquitada la tarea con que tan gentil y gratuitamente nos honrara la Epsilon y en paz con nuestra conciencia, ponemos punto, remitiéndonos al acta fundamental.

RESOLUCION DEL DIRECTOR

"Visto el fallo del jury, y por los fundamentos que allí se aducen, el Director resuelve: continuar las transmisiones como hasta ahora, a la de Dios es grande."

Por la infidencia,
LORIBAN PETISEN.

FIN

CARPETA o MANTEL *sobre* TELA *de* LINO

Esta labor, apropiada para carpeta o mantel, se ejecuta sobre tela de lino antigua, bordando en punto liso y utilizando algodón brillante, en los colores: amarillo, azul, rojo, blanco y negro.



EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

No se publicarán las colaboraciones enviadas por:
"Teóphile", de Capital.
"Matías P.", de Venado Tuerto.
"P. O. L.", de Capital.
"Elizabeth", de Marcos Paz.
"R. M.", de Capital.
"A. C. C.", de Chivilcoy.
"J. R. G.", de Lehmann.
"A. L.", de Chacabuco.
"Glicina en flor", de Rosario.
"S. W.", de Paraná.
"Poeta errante", de Colón.

• •

PROCEDIO MAL. Debió saludar a ese joven. Pero lo hecho, hecho está, y ahora debe tratar de remediar su error.

Cuando lo encuentre otra vez, salúdelo amablemente, y cuando hable con él dígale que una distracción involuntaria, que ahora lamenta, la hizo proceder como aquel día.

Contestando a "Arrepentida", de Baradero.

• •

NADIE MEJOR QUE USTED, que ha conseguido hacerse amar entrañablemente, sabrá también poner toda su ternura de mujer para que ese cariño no se aminore.

La felicito por su próximo compromiso, y deseo que siga gozando indefinidamente de la felicidad que hoy disfruta.

Su prosa se publicará.

Contestando a "Pochola", de Córdoba.

LA ALEGRIA, EL DELIRIO, LA EMBRIAGUEZ, LA JOYA, EL TESORO MAS GRANDE E INFINITO QUE PUEDE EXISTIR SOBRE LA TIERRA, ES EL AMOR.

• •

DESPUES DE LEER SU EXTENSA CARTA, sólo me queda decirle: Obedezca a sus padres; ese hombre no le conviene; lo que llama usted amor es sólo un capricho de chicuela. Confíe a los autores de sus días toda la verdad, y que ellos intervengan para que ese hombre le devuelva sus cartas, que solamente su inconsciencia de niña hizo escribir y que pueden ser una constante amenaza para su porvenir.

Contestando a "Morocha triste", de San Juan.

• •

1º **DEBEN AMBOS PARTICIPAR** el enlace a los parientes, aunque no los conozcan.

2º Las participaciones se envían con ocho o diez días de anticipación.

3º Las tarjetas de agradecimiento, veinte días o un mes después de la boda.

4º Debe quitarse el guante para firmar.

5º La novia debe ir a la derecha del padrino y del novio, lo mismo las señoritas que forman el cortejo, a la derecha de sus respectivos compañeros.

Reciba, simpática amiguita, mis sinceras felicitaciones.

Contestando a "Pichichita R."

TU NOMBRE ES UN TATUAJE

(Colaboración)

• •

Escribí en la arena tu nombre santo,
y el viento lo borró;
en un vidrio empañado hice otro tanto,
y el sol me lo secó.
Hice un tatuaje un día
en un pino, muy alto, de mi casa,
y una nueva corteza lo cubrió;
otra vez lo escribí con fiel ternura
en mi diario de amor,
mas la ingrata carilla desprendióse
y luego se perdió.

Pero... en mi corazón,
en donde nunca, nunca lo escribiera,
como salvaje pulpo se ha prendido;
no hay sol ni viento, ni volar de arenas...
es un tatuaje gaucho hecho a cuchillo
que no pueden borrar cortezas nuevas...

Nélida Genovés Villanueva

ENVIE UNA PERSONA de su entera confianza con una esquela reclamándole a su ex novio lo suyo; quizá en esa forma consiga que le devuelva lo que pide.

Contestando a "Cledy", de capital.

SI LE PARECE que la juventud de ambos será un obstáculo para continuar esos amores, no le regale nada. Espere para dejar recuerdos a estar más segura de su querer.

Contestando a "Noviecita joven", de Canals.



Señorita María Esther Marcilese, que acaba de contraer enlace con el señor Juan B. Domínguez. Foto Pérez.

1º **EL ALTAR,** frente al cual se celebrará la ceremonia nupcial, debe colocarse en la sala.

2º Debe servirse sidra y vinos; suprima el chocolate.

Contestando a "Josefa", de 9 de Julio.

• •

MI CONSEJO al problema que usted me plantea en su carta, es que debe usted hacerle comprender a su novio que hace muy mal en intentar amargarle los últimos días del noviazgo, no debiendo usted dar oídos a sus palabras. Hágale comprender que si verdaderamente la ama, la mayor prueba que puede darle de su cariño es cambiar de actitud. Por mi parte, le deseo buena suerte y que su boda se realice lo antes posible.

Contestando a "Novia afligida", de La Plata.

• •

NO HAY PALABRAS reglamentarias para pronunciar el día que se pide de visitar a una chica. Los padres ya deben estar al corriente del motivo de dicha visita, pues la hija misma, con la que usted se habrá puesto de acuerdo, se encargará de anunciarla. Una vez en la casa y durante la conversación, en un momento que crea oportuno, manifestará sus intenciones.

Contestando a "El adolescente de Villa Luro", de capital.

No te ofendas si a mi ánimo abatido
lo envuelve a veces de la duda [el manto.
¡Temo tanto a la sombra de tu [olvido,
que tengo miedo de quererte tanto!

NO ACEPTE esa reconciliación. Deje a la madre y a la hija que sigan con sus sueños de grandeza, y busque para compañera una chica de su categoría y que lo quiera, aunque sea pobre. Piense que ahora que el candidato rico les ha fallado, es que quieren que usted vuelva.

Contestando a "E. T.", de San Juan.

• •

HIZO MAL en ceder a los caprichos de ese hombre, el cual una vez conseguido su propósito busca una excusa para alejarse. Pídale que formalice su situación, así sabrá a qué atenerse.

Contestando a "Prueba de amor del 27 de agosto de 1932", de Tucumán.

• •

EN EL CASO DE SU NOVIA, como está separada de la madre y vive con sus tíos, a éstos debe usted solicitarles su mano.

Contestando a "N. D." y "Fojito", de Villa Cañás (F. C. P.).

• •

YA QUE SE NIEGA a darle una contestación categórica como le ha pedido, no insista. Yo le aconsejaría que se alejara y no volviera a hablarle más del asunto, ya que sabe que esa falta de decisión, por parte de ella, obedece a que en la actualidad la festeja otro hombre que parece no la convence del todo.

Contestando a "Corazón que ama", de Quimilí.

El que ama con pasión sincera tiene, aunque tarde, hermosa recompensa

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



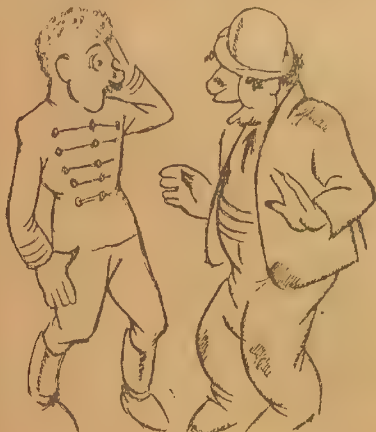
CAMILO (J. J. Fernández).—¡El marido de esa señora murió dejándole veinte millones!...
DELIA (V. Corbani). — ¿Ves?... ¡Aprende a ser un buen marido!...

De "VIUDA ALEGRE 1932", éxito del teatro Maipo.



PELEGRIN (L. Bori). — Chica, tu oficio es santo.
PERPETUA (M. E. Gamas).— Vaya... ¿por qué?
PELEGRIN. — Pues, porque trabajas siempre de rodillas!...

De "PELE Y MELE", éxito del teatro Mayo.



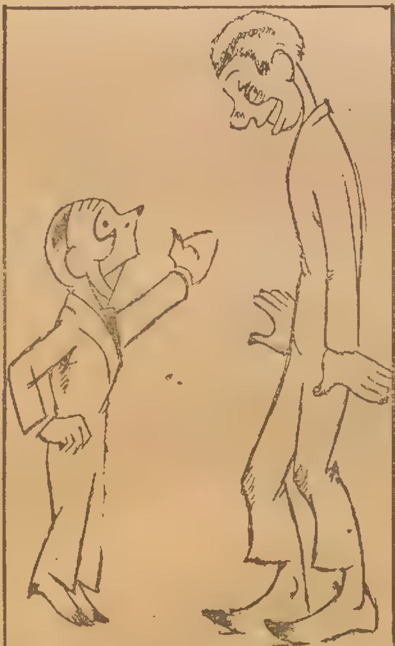
EL MAESTRO DE PISTA (M. Orsi). — ¿Sabe usted hacer algo a caballo?
RAPAÑOTA (M. Ruggero). — ¡La pregunta!... ¡He trabajado seis meses en una lechería cuya especialidad eran los bifes a caballo!...

De "LOS APUROS DE TRES CRIOLLOS EN NUEVA YORK", éxito del teatro Sarmiento.



EL MARQUES (F. Fresno).—Mi mujer me compromete con sus ideas políticas...
SILDA (I. López Heredia). — ¿Teme usted ser deportado?
EL MARQUES. — No me quejaría... ¡si nos deportaran a lugares distintos!...

De "EL RIVAL DE SU MUJER", éxito del teatro Opera.



HECTOR (H. Quintanilla). — ¡Animal! ¿Por qué le has puesto tintura de yodo a la leche?...
CARLOS (C. Enríquez). — ¡Porque se había cortado!...

De "DE PUERTO NUEVO A MONTMARTRE", éxito del teatro Smart.



EDUARDO (I. Evans). — ¿Crees conocer bien a las mujeres?
JAIME (M. Asquerino).—Me han engañado muchas... ¡y esa es la mejor manera de conocerlas!

De "EL RIVAL DE SU MUJER", éxito del teatro Opera.

ANGELICA BALABANOFF UNA...

(Continuación de la página 7)

la guerra. Mussolini publicó un artículo en "¡Avanti!", en oposición a la actitud política del partido Socialista de mantener a Italia al margen de la guerra. Angélica renunció y él fué expulsado. Así terminó la camaradería de muchos años.

LA TRAGEDIA DE ANGELICA

No volvieron a encontrarse. Hasta se la desterró a ella cuando Mussolini escaló el poder. Angélica Balabanoff se encontró sola en un mundo que había utilizado el socialismo, sagrado para ella, para ligar al pueblo y sujetarlo con mayor autocracia que en el pasado. Desde muy niña abandonó el mundo social, la clase a que pertenecía, sus riquezas y su felicidad para viajar por Europa propagando las doctrinas de la infortunada Segunda Internacional, de la cual llegó a ser secretaria.

A su tiempo Angélica regresó a Rusia y tomó parte en la revolución, de la cual esperaban los socialistas que terminaría con la guerra. Poco después se trasladó a Suiza, desde donde fué deportada por sospechársela de ser espía alemana, y de Alemania fué, también, expulsada por creerse que se ocupaba de espionaje a favor de Rusia.

Corrida, perseguida, ninguno de los revolucionarios vivientes tiene una historia tan rica, noble y desinteresadamente vivida como ella, consagrada toda a la propaganda de las ideas libertarias, sin medir jamás el sacrificio.

Extraordinariamente dotada Angélica para el aprendizaje de idiomas, hablaba y daba conferencias en alemán, italiano, francés, sueco, ruso y aun idisch, expresándose con soltura y facilidad maravillosas. Otros revolucionarios, hasta Trotsky mismo, eran conocidos en el mundo por sus libros traducidos; ella los escribía en todos los idiomas europeos. Fué secretaria durante la guerra del partido Socialista Pacifista, y su nombre era conocido cuando nadie fuera de las filas sectarias sabía de la existencia de Lenín o Mussolini mismo.

LENIN, ARTISTA EXIMIO

Según Angélica, Lenín fué un gran hombre. Cuando ella resolvió que sus convicciones no le permitirían prestar apoyo al bolshevismo, el gran caudillo de los soviets le permitió salir de Rusia y le facilitó un pasaporte que decía: "La compañera Balabanoff ha actuado largo tiempo en el partido y es uno de los miembros más destacados de la Internacional Comunista. Yo deseo prestarle todo mi apoyo. Lenín." Ella lo describía como a un artista constantemente creador, que tomaba algo de cada impresión y de cada contacto para su gran obra. Su curiosa costumbre de cerrar un ojo, que le daba una impresión tan astuta, era, en realidad, sólo una tentativa de enfocar a la persona que tenía en frente y comprobar qué era lo que podía extraer de ella.

¡Pobre Angélica! Luchó por libertar a su patria de la tiranía de los zares y contribuyó a reemplazar por otra mucho más cruel e implacable la autocracia de los Romanoff. Luchó por libertar a Alemania de las garras de los Hohenzollern y del militarismo, y han vuelto los junkers con Hitler.

Pasó los mejores años de su vida meciendo la cuna del hombre de quien creía que encerraba en su pecho la llama de un gran socialista, y ha vivido lo bastante para ver a ese hombre convertido en el más grande de los dictadores. ¡Pobre Angélica Balabanoff!... Hace dos años que reside en París, pero hace cinco que la prensa, a raíz de una grave dolencia que la tuvo postrada, notició su fallecimiento y ella tuvo el dudoso placer de leer las notas necrológicas que se le dedicaban, comprobando que después de una existencia dedicada a la más ruda labor por una gran "causa", todo lo que hacían resaltar las publicaciones periodísticas era su habilidad lingüística, comentando especialmente el hecho de que podía traducir de tantos o cuantos idiomas..., el resto, sus luchas, sus sacrificios apenas merecían la más ligera referencia. ¡Pobre Angélica!

FIN

HABLAN LOS VETERANOS

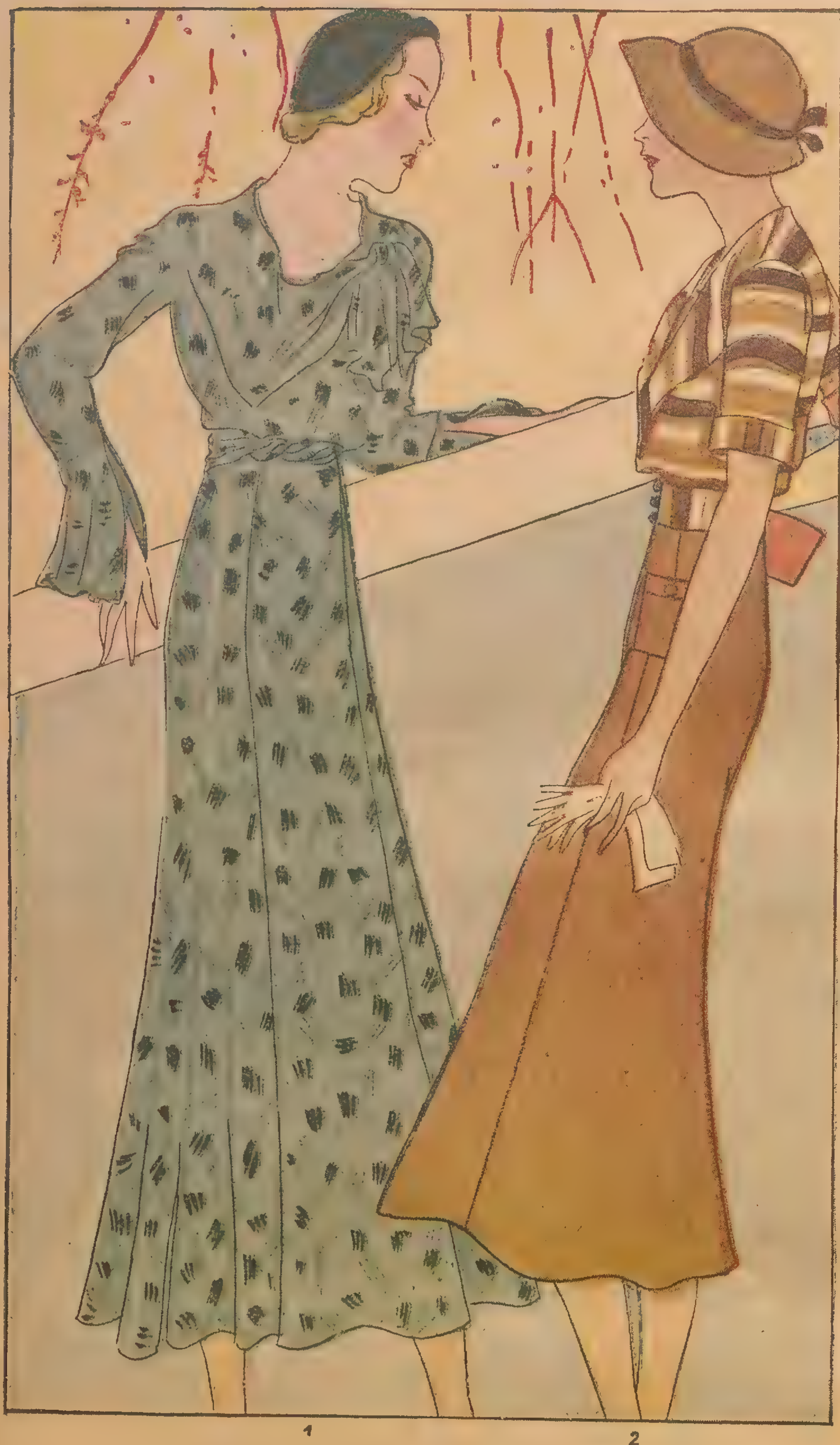
(Continuación de la página 27)

minutos para finalizar el cotejo, cuando se produjo una serie de acciones en montón sobre la valla de Alumni. Percibí un hands, pero aun cuando no había visto claramente qué jugador lo había cometido, me pareció que había sido uno de los de Alumni. Sancioné de inmediato el penaltykick, puesto que la infracción habíase cometido dentro del área peligrosa. Nadie protestó mi decisión. Conté los doce pasos reglamentarios, y cuando coloqué la pelota para que se ejecutara el penal, C. Edgar Dickinson, capitán de Belgrano, se me acercó y me dijo: "Yo voy a tomar la pena, pero no te enojes porque shotearé la pelota enviándola afuera. Yo fuí quien hizo el hands." Instantes después, Alumni hacía un goal y ganaba el partido. Belgrano había sufrido una derrota honrosa, que bien pudo ser empate si entonces hubiera reinado ese espíritu egoísta y antideportivo que hoy domina a todos los footballeres.

Eran otros hombres y tal vez otros tiempos. Pero eran hombres íntegros, sportsmen y caballeros en todas las circunstancias de la vida. Lo eran entonces, lo son ahora y lo serán siempre. ¿Podrá decirse lo mismo de los jugadores de esta época, en que el deporte es un comercio?

FIN

LO QUE LLEVARA ESTE



1 2



3 4

Nº 1. — Es muy moderno el estampado de la seda que se ha usado en la confección de este vestido de tarde. El corte es sumamente sencillo, pero no por eso exento de elegancia; solamente el escote presenta la originalidad de ser de línea irregular y terminar en un gracioso moño.

Nº 2. — Blusa y pollera. La primera confeccionada en jersey a rayas en diversos tonos de beige y marrón, y la segunda en lanilla; es de corte muy sencillo y lleva dos bolsillos.

Nº 3. — Robe manteau, en seda blanca. La blusa cierra al costado con una hilera de botones. Lo sujeta al talle un cinturón drapeado de la misma tela.

*Nº 4. — Sobre un vestido de seda color rosa, armoniza muy bien un tapado de seda, de líneas sencillas y alargadas, para el cual se ha elegido un estampado blanco sobre fondo verde. Este contraste de color con el traje es **lo que** da originalidad al conjunto.*

VERANO LA MUJER CHIC







Nº 5. — Modelo en seda color lila. La blusa está adornada con un volado que da la impresión de ser un gran cuello. Su colocación contribuye a ensanchár los hombros. Las mangas son abullonadas y la pollera ligeramente acampanada. Este vestido ha sido creado especialmente para MUNDO ARGENTINO.

Nº 6. — También este modelo es creación nuestra y es igualmente interesante. Ha sido ejecutado en piqué blanco y va sobre una blusa de seda a rayas blancas y rojas. Una écharpe de la misma seda se anuda al cuello y aparece a los costados debajo del vestido. Lo adornan grandes botones.

Conjunto de trajes de baño y bonitos accesorios. Los trajes continúan para este verano en jersey de lana en colores vivos e ingeniosamente combinados a rayas y presentando cortes que dejan al descubierto gran parte del cuerpo. Las sandalias y cinturón, en cuero o gamuza.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

DOMINGO MINETTI. — El pie ortopédico permite caminar perfectamente. Claro está que nunca se podrá alcanzar la naturalidad, en el andar, que se desarrolla con el pie natural.

● ●

VESPUCIO. LUMBRERA. SALTA. — La índole de esta sección no nos permite recomendar ninguna academia ni casa de estudios particular.

● ●

ARMANDITO. CARMEN. — No hay ninguna escuela "del gobierno" que imparta enseñanza por correspondencia.

● ●

Un grabado antiguo de Don Quijote.

TUCUMANO INTRANSIGENTE. — ¿Cuál es el valor de "Don Quijote", y por qué es una obra inmortal? Sencillamente, su valor radica en su argumento profundamente humano, en que se hace una crítica de costumbres que aún hoy prevalecen en la vida de los pueblos y en la forma en que dicho argumento está desarrollado. Además, tiene valores inestimables como obra de estilo y como fuente de lenguaje. Por eso es inmortal "Don Quijote", y se le considera una de las obras más grandes de todos los tiempos. Usted comprende que en estas breves líneas no caben mayores razonamientos. La bibliografía cervantina es nutridísima y cualquiera de los estudios que se han escrito sobre "Don Quijote" bastará para darle una sensación cabal de su importancia.

● ●

OCURRENTE. LOS CONDORES. — Los billetes de dinero llevan la firma del presidente y secretario de la Caja de Conversión. Muchos de ellos, naturalmente, han fallecido o han dejado de firmar los bonos, al hacer abandono del cargo.

● ●

ITALIANO. — Esos artículos pagan ahora un nuevo gravamen, igual casi al de su precio primitivo de venta. De ahí que hayan encarecido tanto.

● ●

RAQUELA Y BERTA. — En el ejemplo: "Te escucharé mientras me visto". "Mientras me visto" es un adverbio de oración.

● ●

RIOJANO VIEJO. — Tiene usted razón: La Rioja es la provincia argentina donde ha alcanzado su desarrollo más importante, de todo el país, la minería legal, industrial y científica.



Vista de la parte Sur de La Rioja.

AS DE ORO. En el período agrícola 1931-32 se han sembrado 5.850.000 hectáreas de maíz, de las cuales hay cosechadas ya más de la mitad. La producción total que se calcula obtener es de 7.235.000 toneladas de maíz, en toda la república. Los datos son oficiales, de la Dirección General de Economía Rural y Estadística del Ministerio de Agricultura.

● ●

PORTEÑO EN LA PUERTA. — "Juniors" quiere decir cadete, menor. Cuando se pone "junior" después de un nombre propio quiere decir hijo. Así, por ejemplo: Frank Holmes (junior), expresa Frank Holmes (hijo).

● ●

PREOCUPADISIMO. — Sí, señor; los estudiantes pueden hacer solamente tres meses de conscripción si han llenado las condiciones de tiro, en el momento de prestar servicio militar. En cuanto a su segunda pregunta, no está claramente expuesta.

● ●

Dr. ESCALANTE. — No le aconsejamos ese género de negocios.

● ●

ALUMNO DE 2º AÑO. — ¡Ciclos!, entre signos de admiración y como palabra que expresa sorpresa, estupor, etc., es, gramaticalmente, una interjección.

● ●

ROMAN. GALARZA. Pregunta usted, en primer término, "qué lápiz emplean los dibujantes para hacer los retratos". Hay varios procedimientos. Se puede emplear carbonilla, lápiz Faber, común, Nº 1, o lápiz Conté, este último empleado muy escasamente porque deja duro el retrato. Para esfumar lo sombreado se usa el esfumino. Para trabajar sobre fotografía ampliada se usa el esfumino con negro de humo, procedimiento muy bueno, pero que requiere habilidad. Los retratos en colores, sobre fotografía, es decir, en términos más precisos, las fotografías se colorean con anilina, preferentemente, pudiéndose usar también lápices de colores, gouache, oleao, acuarela, etc., tanto para fotos como para hacer retratos del natural o copiando modelos, pero es necesario saber emplearlos técnicamente, requiriendo estos últimos procedimientos mucha labor.

● ●

AFICIONADOS. LA GALLARETA. — Al echar "contraflor" se juega todo el partido, sea cual sea lo que les falte a los jugadores para salir.

● ●

AMANCIO. CHAJARI. — Al escritor Manuel Gálvez puede usted escribirle a la Sociedad de Escritores, calle Santa Fe 1243.

● ●

CUORE D'OR. — Hay varias cremas industriales muy buenas para su caso. En cualquier perfumería las encontrará. Lamentamos no poderle hacer una indicación precisa, pues no citamos ni recomendamos artículos determinados.

● ●

A. B. C. D. H. ESTACION LA PUERTA. — Diríjase al Colegio Militar, San Martín, solicitando plan de estudios e instrucciones completas de ingreso.

● ●

UN LECTOR. V. N. — Si usted tiene 15 años de edad y su estatura es de 1.70, su peso debe estar entre los 70 y los 75 kilos.

VICENTE DITELLOV. — No facilitamos datos de esa naturaleza, por ser de índole privada.

● ●

DOS QUE DISPUTAN 3º. ROSARIO. — La población de Rusia en aquel entonces se calculaba en 300.000.000 de habitantes. No hay datos precisos en cuanto a la última cifra que nos pide.

● ●

UNO QUE COMIENZA. — El Código de Comercio establece que "los libros de comercio para ser admitidos en juicio, deberán hallarse en el idioma del país. Si por pertenecer a negociantes extranjeros estuviesen en diversas lenguas, serán previamente traducidos, en la parte relativa a la cuestión, por un intérprete nombrado de oficio." El artículo 67 a su vez dispone que: "Los comerciantes tienen obligación de conservar sus libros de comercio por espacio de veinte años, contados desde el cese de su giro o comercio." Los herederos del comerciante se presume que tienen los libros de su autor, y están sujetos a exhibirlos en la forma y los términos que estaría la persona a quien heredaron.

● ●

ESTUDIANTE B. VILLE. — Diríjase en consulta a la Inspección General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial, calle Bolívar 65, Buenos Aires.

● ●

UN AVIADOR. — Deberá escribir al Consulado Boliviano o Paraguayo, de acuerdo con la determinación que tome al respecto. El Consulado General de Bolivia está sito en Callao 232, y el del Paraguay en Avenida de Mayo 1370.

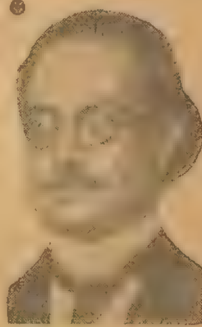
● ●

UN MOROCHO DE SAN GREGORIO (F. C. R. P. B.) — No podemos darle ninguna opinión acerca de su caso. Si hasta ahora todo ha marchado perfectamente, creemos que usted no tiene motivos para alarmarse.

● ●

FERNANDILLO. — El Banco Sirio Libanés del Río de la Plata queda en la calle Reconquista 335.

● ●



Doctor Ricardo Rojas.

ISAAC A. SICASIS. Villa Guillermina, F. C. S. Fe. — En nombre de varios compañeros nos solicita usted para cumplir con un trabajo ordenado en la escuela, las biografías de Juan Cruz Varela, Esteban Echeverría, Justo José de Urquiza, Chaissing, Juan M. Gutiérrez, Ricardo Gutiérrez, Florencio Varela, Manuel Dorrego, Estanislao del Campo, J. Bautista Alberdi, Antonio L. Berutti. Lamentamos que la falta de espacio nos impida complacer ese pedido. En la "Historia de la literatura argentina", de Ricardo Rojas, en la "Historia argentina", de López, y en textos especializados en la materia, encontrarán ustedes las noticias y juicios necesarios para el conocimiento de la vida, hechos, doctrinas y obras de esas personalidades. Pero agrega usted que en Villa Guillermina carecen de biblioteca pública y de medios de información. En la escuela que acaso no tenga tampoco biblioteca, no pueden ignorar ese detalle. Lo que corresponde es, pues, que el propio maestro facilite los datos.

DIVINO TORMENTO. DE BAHIA BLANCA. — 1ª Pregunta: No podemos referirnos a productos industriales de ninguna naturaleza. Es evidente que el abuso de cualquiera de ellos puede producir efectos contrarios a los que uno se propone al usarlos. 2ª Habiendo usted alcanzado la edad de 15 años, no hay manera de corregir ya ese defecto de sus piernas. 3ª En cuanto a su tercera pregunta, sería bueno que consultara usted a un pedicuro, o a un facultativo que le indicase un método seguro. Hay productos industriales, también, muy buenos, dedicados a combatir ese mal.

● ●

VIEJA LECTORA. — Ignoramos el autor de ese libro que usted cita. 2ª El uso ha impuesto al término novecientos en vez de nuevecientos. Se origina en este caso la substitución de un diptongo, el ue de nueve por una vocal, la o; como por ejemplo, en vez de pañueleta, derivado de pañuelo, se dice pañoleta; de nuevo, novísimo, etc.

● ●

LECTOR. — Esos dos pueblos están en un plano más o menos igual en lo que usted se refiere.

● ●

A. P. MARTIN. — La índole de esta sección no nos permite hacer las averiguaciones que usted nos solicita. Coloque un aviso en los diarios.

● ●

AZUL. — Convendría que consultara a un facultativo. Cualquier método podría resultar pernicioso si no se le emplea con el debido conocimiento.

● ●

DOS QUE PORFIAN. — En la actualidad las posesiones españolas son las siguientes: Canarias, cuya superficie es de 7.257 kilómetros cuadrados, con una población de 473.497 habitantes. Río de Oro, llamado también el Sahara español, superficie 285.200 kilómetros cuadrados con una población de 50.000 habitantes. Guinea española, con 26.660 kilómetros cuadrados y 118.000 habitantes. Marruecos, que comprende Melilla (El Riff), Alhucemas, Peñón de Gomera, Chafarinas, con 21.800 kilómetros cuadrados y 550.000 habitantes.

● ●

UN MOROCHO SIMPATICO. — La concurrencia de sus hermanos a esa boda debe ser de luto, si lo llevan actualmente, y si hace seis meses que murió ese miembro de su familia.

● ●

LECTORA AGRADECIDA. JUNIN. — Ese mal sólo puede ser curado ejerciendo una gran influencia moral sobre el que lo padece, alejándolo de las malas compañías, etc., etc.

¡Hola!... ¿Con quién hablo?



Héctor. — ...no, no quiero que corte.
Mary. — *(Se oye una risa ahogada.)*
Héctor. — Tiene usted razón de reírse. Nunca creí que fuera tan difícil hablar con usted.
Mary. — *(Vuelve a reír.)*
Héctor. — ¡Cuánto daría por saber interpretar su risa!
Mary. — Es una risa buena, Héctor; quizá un poco nerviosa... nada más.
Héctor. — Responde a mis palabras entrecortadas, ¿verdad?
Mary. — O solamente a mis nervios.
Héctor. — Cuando la llamé por teléfono, lo hice respondiendo a una necesidad impostergable de decir cosas serias. Después de oírla se me hizo un nudo en la garganta. Estoy entontecido; no sé cómo salir del paso.
Mary. — Cortando la comunicación, dejándola para mañana.
Héctor. — Mañana está lejos en el tiempo. Usted debía ayudarme ahora mismo para salir del paso.
Mary. — No sé lo que quiere decirme.
Héctor. — Quiero decirle que anoche cuando usted estaba cenando en el Hotel Palace con su mamá y su novio...
Mary. — ¡Por favor, Héctor!
Héctor. — ¿Ha visto cómo sabe lo que tengo que decirle?
Mary. — ¡Hasta mañana, Héctor, hasta mañana!
Héctor. — ¡Hasta siempre, Mary, y hasta pronto!

....

Mary. — No tengo la cabeza ni el corazón para escuchar tus consejos.
Clota. — Entonces está de más que los pidas. Tú obras como todas, quieres, al pedir consejos, que sean a gusto de tu conveniencia. Pero debes pensarlo bien. No sé cómo te ha ganado el alma ese sentimiento...
Mary. — No sabría explicarte. Héctor frecuenta nuestra casa, lo veo más o menos seguido, pero nunca pasó de buena amistad nuestro trato. En sus ojos, a veces, una cosa extraña me hizo dudar de sus sentimientos: creí que me miraba con triste insistencia, que me observaba con cariño. Empezó a ganarme un pensamiento: el amor de Héctor. Quise huir, me asustaba la certeza, y en esa lucha, sin querer, su recuerdo iba siendo importante en mi vida. Sabes la serenidad, la despreocupación de Juan Carlos, la confianza poco celosa de nuestro noviazgo.
Clota. — Eso debía halagarte.
Mary. — Hasta cierto punto. Anoche Héctor, que hacía tiempo no me veía, entró al hotel con un amigo. Fué tal su sorpresa al verme, tal mi nerviosidad al verlo, que sin decirnos nada, con los ojos en los ojos, nos lo dijimos todo, y yo comprendí con claridad cuál es mi estado de alma...
Clota. — ¿Qué piensas hacer?
Mary. — Cualquier cosa, pero no mentir.
Clota. — Habla con tu novio, o con Héctor primero.
Mary. — Ese es el mal. Al oír sus titubeos en el teléfono, sus vacilaciones, sus primeras palabras, me puse tan nerviosa que le obligué a colgar el tubo.
Clota. — ¡Bonito modo de definir posiciones!
Mary. — Tuve miedo.
Clota. — Y ahora ¿qué quieres de mí?
Mary. — Sé mi amiga, habla con él.
Clota. — Difícil el papel, te aseguro. Veremos qué pretexto se me ocurre.
Mary. — Te adoro, Clota. Te autorizo para que le digas lo que quieras
Clota. — ¿Segura ya de tus sentimientos?
Mary. — Segurísima, querida, segurísima.

....

Clota. — ¡Una ocurrencia mía, Héctor! ¡Hace tanto que no hablamos!
Héctor. — Está haciendo conmigo el juego del gato y del ratón, Clota Por favor, dígame de una vez ¿habló con Mary?
Clota. — ¿Y por qué había de hablar con Mary?
Héctor. — Estoy seguro.
Clota (Riendo.) — ¡Ah muchacho, muchacho! ¿Qué han hecho ustedes dos?
Héctor. — ¿Pero es verdad que se lo dijo?
Clota. — ¡Claro que me lo dijo! ¡Quién sabe cuánto tiempo hace que se quieren!
Héctor. — Desde siempre, Clota, desde siempre. Le aseguro que he querido huir del embrujo. Anoche y hoy por teléfono, nuestro ojos primero, nuestra nerviosidad después, lo hablaron todo sin decirnos una palabra.
Clota. — ¿Y qué piensan hacer?
Héctor. — Proceder lealmente con Juan Carlos. Hablaré, ¡por fin!, con Mary, le propondré plantear yo mismo la situación.
Clota. — No se me ocurren palabras, Héctor.
Héctor. — Habrá en mi vida un gran agradecimiento por las que ha dicho. Bastan y sobran para hacer nuestra dicha.
Clota. — No se fijan ni en el posible dolor de un tercero.
Héctor. — Dolor que pasará.
Clota. — ¿Y el amor?
Héctor. — Yo lo retendré hasta con los dientes.
Clota. — Adiós, muchacho... y cuidado con la dentadura.
Héctor. — Le mando un abrazo, Clota, y... ¡Viva la vida!

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

LAURITO. — Bartolomé Mitre fué presidente de la república desde el año 1862 a 1868.

● ●

PADRE CARIÑOSO. — Envíe ese retrato a la Dirección, con el nombre del niño, edad, peso y el alimento con que ha sido criado.

● ●

ANSIOSO. — El caso que usted refiere no deja de ser interesante. Si en la localidad hay un solo despacho de almacén nos parece poco prudente o humanitario que el dueño del mismo prohiba la entrada al mismo, con el fin de adquirir artículos, a determinado vecino. El auxilio de la fuerza pública para hacer efectivo ese deseo puede ser prestado, a nuestro entender, en el caso de que ese vecino no tenga propósito de alterar el orden. No siendo así, salomónicamente, la policía podría arreglar el pleito, permitiendo que el vecino hiciese sus compras en el único sitio donde puede hacerlas. En fin, son cuestiones estas que sólo se arreglan por la buena voluntad de las partes.

● ●

ISABEL B. DE AGUIRRE. —Los hijos naturales, legitimados, tienen los mismos derechos que los llamados legítimos, propiamente dicho.

● ●

RAIZ CUADRADA (Junín, F. C. P.) — Ya hemos contestado a una consulta análoga. Pasteur se pronuncia "Paster", alargando un poco la a.

● ●

JUAN LOPEZ.—Un primo hermano de su padre o madre viene a ser tío segundo suyo.

● ●

OBRERO MECANICO. — La reglamentación del caso establece que en las salas donde haya máquinas movidas por fuerza mecánica y en sus dependencias, se colocarán avisos que señalen los sitios peligrosos. Otra parte de la reglamentación de la ley de accidentes del trabajo dice que: "Todas las partes peligrosas de la maquinaria de trasmisión y las correas, deberán ser protegidas o dispuestas en forma que no ofrezcan peligro a las personas empleadas o que trabajen en las fábricas."

A usted le corresponde, por otra parte, la indemnización correspondiente.

La liquidación que le corresponde es de acuerdo con la siguiente escala:

Pérdida total del brazo o antebrazo derecho o izquierdo el 60 por ciento del salario. Perdida total de la mano derecha o izquierda, el sesenta por ciento del salario.

La misma ley dispone que: "En caso de incapacidad parcial o permanente, la indemnización será igual a mil veces la reducción diaria y que haya sufrido el salario de la víctima a consecuencia del accidente."

● ●

MARINETTA. — Ningún nadador puede permanecer de 15 a 20 minutos, bajo el agua, sin respirar.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

























PASES, BOLETOS Y...

(Continuación de la página 45)

tuviera razón no ofrecería el pase... ¿Y la jerarquía ferroviaria y el principio de autoridad en el tren?... El dilema es bien claro: o continuar este riesgoso lío o aprovechar el ofrecimiento y zafarse del enredo. Y es un dilema que exige rapidísima decisión.

Los segundos vuelan. Hay que definir esta íntima contienda entre la comodidad del hombre y la obligación del empleado... ¿Qué puede importar un boleto más o menos a la empresa?... El inspector se afana por cohonestar ante sí la decisión que tomará. Y con un gesto seco, mezcla de hastío y de desprecio, renuncia a examinar el pase y da por terminada la cuestión:

—¡Váyase!...

FIN

PARA LAS MADRES

(Continuación de la página 16)

LA FIEBRE TIFOIDEA

El enfermo estará completamente aislado y en una habitación espaciosa y ventilada, y los que le asistan deberán evitar la comunicación con el exterior, y, en caso de tener que salir, se cambiarán la ropa y se lavarán cuidadosamente. La ropa del enfermo se meterá en un saco y se desinfectará con solución de sublimado corrosivo, hipoclorito u otra parecida, antes de llevarla al lavadero.

El tifus abdominal puede adquirirse no solamente por contagio, sino (y es lo más frecuente), por medio del agua potable. Así, pues, si el agua no es de toda confianza, habrá que hervirla quince minutos, o pasarla por un filtro de porcelana.

Es también preciso hervir la leche antes de tomarla.

Evítese comer ostras, y, en general, mariscos crudos.

Los encargados de cuidar al enfermo tomarán la temperatura de éste varias veces al día, y a ser posible a las mismas horas, prestando así un gran servicio al médico.

Se lavará frecuentemente la boca del enfermo con una solución antiséptica adecuada.

Para evitar al enfermo las llagas de decúbito, cámbiesele a menudo de posición.

Los encargados de velar al enfermo establecerán un riguroso horario para administrarle lo que el médico ordene.

Los baños sólo se darán por prescripción facultativa.

Aun cuando el tratamiento del tifus corresponde en absoluto al médico, creemos útil transcribir el siguiente método abortivo de la terrible enfermedad, debido a Beldan: alcanfor, 0.15; clohidrato de quinina, 0.15; naftalina purísima, 0.15; ictalbina, 0.55; háganse diez sellos y adminístrese uno cada hora. Al mismo tiempo se prescribe: decocción de salep, 200; salicilato de bismuto, 6 (en caso de diarrea excesiva y hemorragia, acetato de plomo, 0.6); una cucharada cada tres horas. Se administran los dos medicamentos, alternativamente, de modo que las dosis diferentes disten entre sí hora y media y las iguales tres. Dieta y régimen adecuados.

• •

LA CIATICA

Un médico alemán sufría de una ciática en una pierna desde hacía tres años. Después de haber ensayado sin éxito alguno todos los medicamentos y procedimientos de terapéutica habitualmente empleados para combatir esa enfermedad, discurrió el método siguiente, que le produjo inmediatamente una rápida mejoría y que muy pronto debía curarle. Tiene, por lo menos, el mérito de ser muy sencillo, y de facilísima aplicación.

El paciente se pone en un baño de agua caliente a 37 ó 38 grados. Apoya el pie del miembro enfermo en la parte inferior de la pared de la bañadera y, agarrándose con ambas manos a los dos lados del borde superior, apuntalándose sobre la pierna enferma, e inclinando todo lo posible hacia adelante el tronco y la cabeza, hace fuerza como para levantarse.

Durante ese movimiento se esfuerza cuanto puede para enderezar la rodilla. El nervio ciático viene a ser así el centro de un esfuerzo más o menos considerable, según que el cuerpo está más o menos inclinado hacia adelante, y según los músculos de los miembros superiores se contraen con mayor o menor energía.

Importa mucho que el enfermo no haga puntal sino con la pierna enferma, sin exigir a la sana el más mínimo trabajo, para no aumentar los dolores que ocasiona al principio.

El ligero aumento de los dolores, que se experimenta al comenzar los movimientos cesa bien pronto, y conviene aguardar a que desaparezca para volver a la posición recomendada.

Después de unos minutos de reposo, se repite el esfuerzo, y ya esta vez será menos doloroso que la primera. En las ciáticas antiguas puede renovarse la operación hasta cinco veces seguidas, prolongando la extensión hasta ocho o diez minutos.

Entonces se procede a un masaje a lo largo del nervio ciático. Se comienza por la cadera, acostándose sobre el lado sano, y se continúa poco a poco en dirección del tobillo. Se masa cada región hasta desaparecer el dolor.

Cada baño debe durar unos 40 minutos, y se comprende que, para mantener la temperatura, hay que acudir más de una vez a la canilla del agua caliente. Antes de vestirse conviene tomar una ducha fría, cuidando de que no toque a la pierna enferma.

FIN

La sonrisa de la semana

POR JOHN B. KELVINATOR

(Filósofo inglés educado en Pergamino, F. C. C. A.)

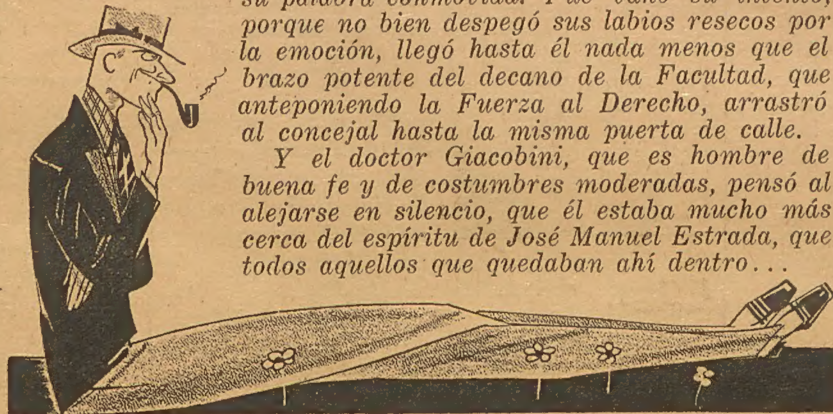
EL DOCTOR GIACOBINI EN LA FACULTAD DE DERECHO

El doctor Jenaro Giacobini que, además de concejal, merecería ser presidente de la república de la Boca — consecuencia candorosa de su nombre y apellido, — quiso adherirse al homenaje que las autoridades universitarias tributaron hace algunas mañanas al doctor José Manuel de Estrada, figura ilustre en la historia de la cultura argentina. El doctor Giacobini se dió por invitado a la ceremonia en que habría de inaugurarse la estatua del doctor Estrada, ya que en el Concejo Deliberante, entre los asuntos entrados, debió recibirse la consabida nota invitación, después de cuya lectura el señor presidente pronunció las palabras de rigor: "Quedan invitados los señores concejales." Y el doctor Giacobini, que es una persona muy atenta, a la que gusta cumplir con estas obligaciones de su cargo, acudió a la Facultad de Derecho en la mañana aciaga del acto preparado a la memoria del doctor Estrada. El doctor Giacobini sabe que él padece de una popularidad asaz incómoda; lo comprueba cada domingo, cuando decide asomarse a las canchas de football, donde el "piberío" le hace víctima de sus expansiones y llega hasta el extremo de robarle el reloj. Pero él no se inmuta; prefiere estas pruebas de amistad a las manifestaciones hostiles, por ejemplo, que ha debido soportar el propio presidente de la república, cuando ha cedido a sus aficiones por el deporte.

A la Facultad de Derecho, el primer magistrado llegó con su breve cortejo y cruzó el hall, entre el respetuoso silencio de la muchachada estudiantil. Era lógico el comportamiento: esa casa de estudios no podía ser un estadio o un hipódromo.

¡Ah! Pero llegó el doctor Giacobini, que admira la obra de Estrada y que se consideraba obligado a tributarle el homenaje de su presencia apacible. Pero no pudo realizar su buen propósito, porque de inmediato la muchachada estudiantil lo saludó con una salva atronadora de aplausos. Claro es que el doctor Giacobini fué el primer sorprendido frente a la ovación que se prolongaba y cuyos ecos alcanzaron extraordinaria resonancia en la sensibilidad de las autoridades nacionales, especialmente en la del general Justo, que estuvo a punto de ponerse de pie, para agradecer la tardía reacción de la juventud estudiosa... Pero se lo impidió muy diplomáticamente el propio doctor Giacobini, que desde un rincón cualquiera se dispuso a pronunciar su palabra conmovida. Fué vano su intento, porque no bien despegó sus labios resecos por la emoción, llegó hasta él nada menos que el brazo potente del decano de la Facultad, que anteponiendo la Fuerza al Derecho, arrastró al concejal hasta la misma puerta de calle.

Y el doctor Giacobini, que es hombre de buena fe y de costumbres moderadas, pensó al alejarse en silencio, que él estaba mucho más cerca del espíritu de José Manuel Estrada, que todos aquellos que quedaban ahí dentro...



En el próximo número:

HADAS HILANDERAS

Novela corta

de CESAR CARRIZO

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA
·LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO·

— Estoy atorado, don Mandinga.

— *Eso me gusta. Desembuche...*

— Me ha hecho mal el almuerzo que ofreció Justo a los gobernadores de Mendoza y de San Luis.

— *¡Hay que agasajar a los amigos políticos, don Giácomo!...*

— Pero no en la Casa de Gobierno. Además, una cosa son dos cubiertos y otra son treinta. A veinte pesos por cabeza, saque usted la cuenta. Claro que el Estado no se va a fundir por una comidita más o menos. Pero, ¿que necesidad hay de chocar con la opinión pública? No están los tiempos para que el presidente invite a treinta comensales que hubieran sido treinta y uno. ¿Usted sabe que el doctor De Tomaso no fué porque estaba enfermo?

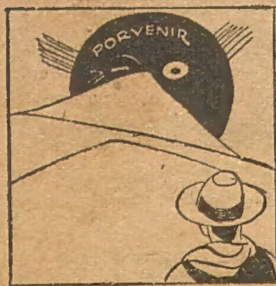


— *Siempre es una economía.*

— No se ría, don Mandinga. Por poco se empieza. Averigüe y verá que hay 123 millones de déficit en el presupuesto de este año.

●●●

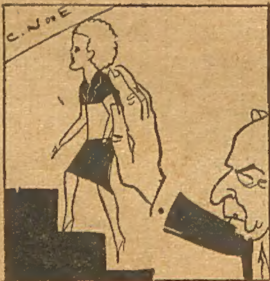
— El examen del presupuesto nacional lleva a este respecto a conclusiones poco tranquilizadoras. Habrá dificultades para seguir pagando la deuda si no se toman medidas inmediatas. Los servicios de interés de la deuda externa e interna importan al cambio actual 209 millones de pesos; el pago de las amortizaciones exige una erogación de cerca de 84 millones de pesos. El déficit del actual presupuesto por una percepción defectuosa de los impuestos, y las perspectivas poco halagadoras del próximo; la imposibilidad de hacer gravitar nuevas cargas sobre los contribuyentes, agotados por una imposición ya excesiva, abren un serio interrogante para el futuro...



— *¡Vamos, don Giácomo!... Usted es muy pesimista.*

— ¿Yo?... Si le estoy repitiendo de memoria lo que acaban de decir los demócratas nacionales en el famoso manifiesto...

— *¿Los demócratas nacionales?... ¡Si eso parece, en todo caso, dicho por don Lisandro de la Torre!*



— Claro que sí. Pero ellos recién lo piensan. Lo estupendo es que no se den cuenta que equivale a escupir al cielo. ¡Si ellos, por ser mayoría en el Congreso, son cómplices de todo este desquicio financiero que denuncian! Si cuando don Lisandro se adelantó a establecer estas conclusiones le dijeron que era "un envenenado"...

●●●

— Le vendo una primicia.

— *A cualquier precio, don Giácomo.*

— ¿Sabe cuál es el hombre de más influencia en el Consejo de Educación, el gran amigo de Cárcano?

— *No me haga pensar.*

— El leader socialista doctor Repetto.

— *Menos mal. Pero, ¿cómo lo sabe?*

— Porque hubo que anular una terna, de la cual por confusión habían nombrado para la dirección de una escuela a una señorita que no era la recomendada del doctor Repetto.

Se non è vero...

Don Benito Villanueva, que estuvo los otros días en la presidencia, parece que fué llamado por el general Justo, a quien le interesaba conocer la opinión del anciano ex senador, sobre la situación política de una provincia andina.



●●●

Al día siguiente del homenaje a Goethe en el Colegio Nacional de Buenos Aires, homenaje solemnizado con la presencia del primer magistrado, del vicepresidente y de los ministros del Interior e Instrucción Pública, el doctor Melo expresó, a propósito del discurso de don Leopoldo Lugones, que fué un discurso político, la necesidad de conocer con la debida anterioridad, el contenido de documentos análogos, para "evitarse sorpresas ingratas a los miembros del Ejecutivo".



— *Globos no, compañero...*

— Como se lo cuento. La recomendada era la señorita Chercoff, y nombraron a una señorita Janowsky. La circunstancia de que este último nombramiento produjera gran revuelo, permitió al Consejo dar máquina atrás y dejarlo sin efecto.

Por

Viejo Mandinga

— *De modo que no andan muy derechas las cosas.*

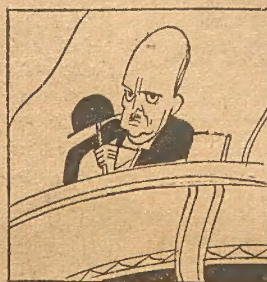
— Derechas andan... Sobre todo para la gente de la Escuela Normal Superior, que dirigía el profesor Herrera, antes de empezar a vocalizar el Consejo. Usted me entiende...

●●●

— Con un terno marrón, una galerita y un bastón de malaca lo vieron a Julito Roca el viernes en un palco del cine Astor.

— *¿Qué daban?*

— El film no hace al caso. Lo que se pudo comprobar es la simpatía con que la gente celebra su presencia en cualquier parte, los comentarios favorables que sugiere. El cliente que me contaba la cosa añadía que sería una lástima que Julito Roca no fuese alguna vez presidente de la república, porque parece que en Córdoba hizo una gran gobernación, una gobernación que hizo época, don Mandinga.



— *No me interesa.*

●●●

— Le va a interesar esto otro: el banquete que le dieron a Zaccheo no cabía en el City. Cuatro mesas de punta a punta en el gran comedor. Se tijereteó de lo lindo. Se habló mal de Enrique Uriburu y de Presbitch, y se convino iniciar un movimiento para que el doctor Zaccheo sea repuesto en la Contaduría de la Nación. Había, entre los comensales, muchos amigos del presidente.

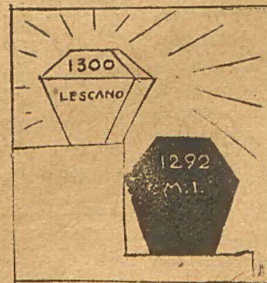


●●●

— ¿Qué me cuenta de la pelada de frente de don Martín Irigoyen? ¡El único de los caudillos peludistas que se quedó de a pie!...

— *¿Cómo fué eso, don Giácomo?*

— Le voy a contar. Resulta que ellos habían calculado que votarían 1300 afiliados, y pensaban ganar por 110 votos más o menos. A mediodía en "petit comité" convinieron en que estaban ganando por 3 contra 1. Y antes de las 9 de la noche despacharon los taxis, persuadidos de que tenían la elección robada. Había gente apalabrada para votar por Martincito, esperando en los cines, en los cafés, etc., que los trajeran al comité, pero no les interesaba mayormente ir a buscarlos. Bueno. Se hizo a medianoche el recuento y salió electo presidente Lescano por 8 votos de diferencia. ¡Hay que embromarse!... Bien dice el refrán, que la confianza pierde al hombre...



— *Así nomás es.*

CONSULTA MEDICA

—Y la cabeza, ¿le duele a usted?—preguntó un doctor al paciente en la primera visita que le hizo aquél.

—Mire usted, doctor: la cabeza me duele y no me duele.

—Bien. ¿Y la garganta?

—La garganta... Pues no y sí. Un si es no es.

—Perfectamente. ¿Y el estómago?

—El estómago, lo mismo; me duele unas veces y otras no me duele.

—¡Vaya, vaya!—dijo el facultativo.

Se sentó a extender una receta y dijo luego al enfermo:

—Con esta receta mande usted, si quiere, a la botica, para ver si traen la medicina, y luego, usted la toma o no la toma, y yo, mañana, vendré o no vendré.



La alpinista aficionada.—Lo que lamento es que ahora tendremos que empezar a subir de nuevo.

(De "Judge", Nueva York)

SALPICON

La justicia del mundo

Si acaso oyes decir "cleptomanía",
ten seguro que es rico el que ha robado;
el gran ladrón es siempre un alocado
y el hurto que comete una manía.

Pero cuando algún pobre desgraciado
roba una torta en la panadería,
nunca se le descubre una insanía
que lo salve de ser encarcelado.

Así es del mundo la justicia varia.
Cuando Tota se fué con el pintor
la gente la trató de "perdularia";

mas cuando la duquesa huyó a América
con el mucamo del embajador:
—¡Pobre mujer!—se dijo.—¡Es una histérica!

TRILUSSA.



El empleado.—¿Un sombrero? En seguida. Pero... en qué sitio desea ponérselo?

(De "Punch", Londres)

El juramento siamés

Los altos dignatarios de Siam juran así fidelidad a su rey:

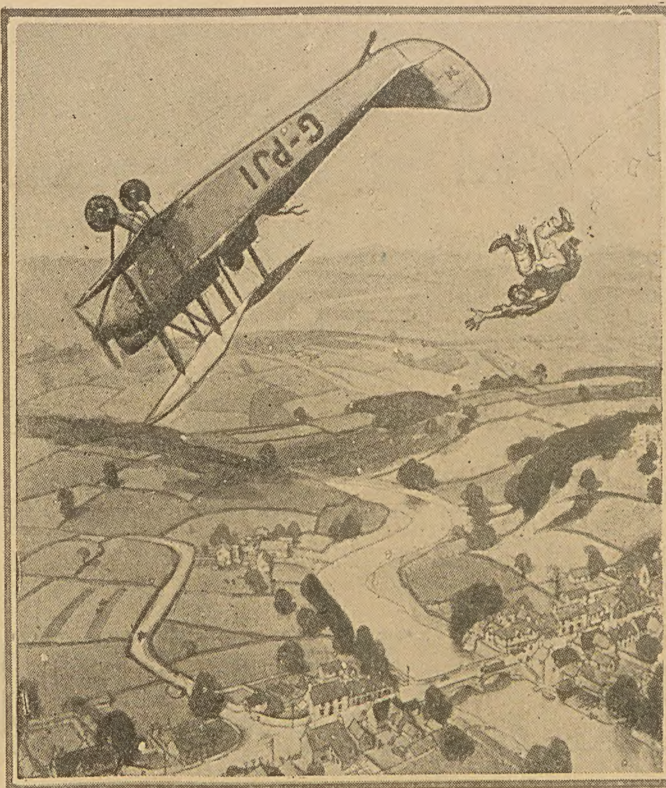
"Que la sangre se escape de cada vena de mi cuerpo; que el rayo me parta en dos pedazos; que los cocodrilos me devoren; que emigre mi alma después de mi muerte al cuerpo de un esclavo; que sufra tantos tormentos como granos de arena tienen los mares; que nazca de nuevo, sordo, ciego, mudo, cubierto de llagas; que me vea precipitado a Narok (el infierno) y torturado atrozmente por Prea-Yom (el diablo), si falto a la fidelidad jurada."

¡Sí que es buen juramento!



Ella.—¿No te parece que es ridículo el aspecto que presenta ese árbol bajito al lado de ese otro tan alto?

(De "Die Lustige Kiste", de Viena)



El piloto (sin darse cuenta de la caída del pasajero y tratando de darle ánimo).—Esto no es nada, amigo. Ya verá lo que viene después.

(De "The Passing Show", Londres)

DEL CELIBATO

El célibe no alcanza a conocer más que la mitad de la vida.

GOMEZ FUNES.

El celibato es la forma más egoísta del individualismo.

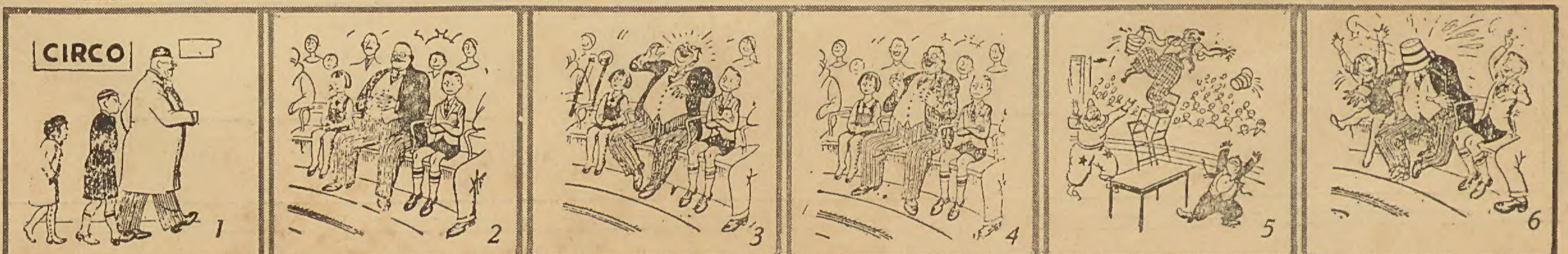
FERNANDEZ OTERO.

Muchos permanecen en estado de celibato por egoísmo, otros por pobreza de espíritu, y algunos por miedo a fracasar en la empresa matrimonial, pero ninguno porque crea sinceramente que en el celibato radique la verdadera felicidad.

GATTI.

LA BROMA ES PARA PAPA.

(De "Le Rire" París)



Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.